

Axxón 210, septiembre de 2010

A canilla regalada no hay que mirarle el cuerito

Saurio

ARGENTINA

No, no es cierto que yo haya tenido mi pene erecto cuando hice mi reverencia frente al emperador Wu Wei. Eso fue un rumor que hizo correr el Metamariscal Napilsja Kon'jaku, un sborniki al que no le caigo simpático desde que le vendí un cargamento de merlugos fraxinógenos que no estaban en el mejor de los estados, basándose en una infortunada conjunción de casualidades, de probabilidad casi nula (pero no igual a cero), y que, vista en retrospectiva, le hacen pensar a uno en el Destino, el Karma y en el Libro de Mnogosmexu, donde, según los nákkere, está escrita toda la historia de cada átomo del Universo.

Lo que pasó, por más increíble que parezca, fue lo siguiente: Hace cuarenta y tres años, dos de los científicos que hicieron posible que yo me convirtiese en el primer astronauta de Santa Gregoria de los Cardales, el Profesor Geschwür am Zwölffingerdarm y el Magister Cursum Perficio Dr. Oscen Artocreas, eran adolescentes y, como adolescentes típicos, tenían ebulliciones sexuales incontrolables y mal focalizadas. O, para decirlo de otra manera, andaban calientes con una compañera del colegio que, oh casualidad, era mi tía Ofelia[1]. Como mi tía no le daba bola a estos dos anteojudos llenos de acné y ortodoncia, ellos decidieron utilizar sus conocimientos científicos y fabricar una especie de Ofelia Virtual, desnuda y dispuesta, con la cual ellos podrían fornicar y, gracias a una antena parabólica modificada, mi tía sentiría lo que ellos le estaban haciendo. Pero, bueno, como podrán imaginar, el invento no funcionó sino que explotó cuando el pene de Artocreas estaba entrando en la vagina virtual y se produjo un desequilibrio cuántico que derivó en una distorsión infrasubortoespacial con la imagen tridimensional de la pija parada que hizo su aparición cuarenta y tres años después, a novecientos años luz de distancia, justo, justo en mi entrepierna.

Lo peor de todo es que, como yo era el primer humano que veían los wu wu erl pu yü wu, el emperador tomó esto como una expresión de cortesía de nuestra especie[2], con lo que condené a nuestros futuros embajadores a andar con la bragueta abierta y el coso en guardia, pero en fin, allá ellos, pobrecitos.

Fuera de este pequeño incidente, me estaba comportando bastante bien en mi papel de enviado de la Confederación Unida de Civilizaciones Galácticas. Mi misión, al igual que la de los otros veintiséis enviados, era la de mediar entre el Imperio Wu Wei y el Otro Imperio Wu Wei para ponerle fin, de una vez por todas, a una guerra fratricida que se prolongaba desde hacía más de trece mil años. El origen de esta guerra se perdía en una confusa mezcla de hechos históricos y elementos legendarios que, resumiendo, nos contaban lo siguiente: Hace muchos, muchos años vivía un emperador muy bondadoso, que era amado por todos sus súbditos. Un buen día, viendo que le quedaban pocos siglos de vida, decidió darle a su pueblo un heredero. Entonces se autofecundó y puso un hermoso huevo esmeralda (los wu wu erl pu yü wu son hermafroditas y ovíparos, y la autofecundación es un privilegio de las castas gobernantes). Tras cinco largos meses de primorosos cuidados, el cascarón se rompió. ¡Oh, nefasto día! ¡Oh, destino aciago! Del huevo no nació un solo príncipe sino dos. Y no hay nada de peor augurio en todo Wu Wu Erl Pu Yü Wu que el nacimiento de gemelos[3]. El Gran Consejo de Nobles se reunió durante más de tres noches con sus días y a la única solución que arribaban era que uno de los niños debía morir. Pero ¿cuál? Porque uno era bello y el otro era sabio, uno era hábil con la espada y el otro era un diestro jinete, uno patrocinaba las artes y el otro apoyaba las ciencias, y así no existía virtud en uno que no fuese equilibrada por el otro.

»Desesperados, una comisión de Nobles partió hacia el monasterio Sheng Jen, ubicado en la cima de la escarpada Montaña de los Nueve Vientos (Han Chao Wei Ch'in Shih Huang), en busca del consejo del anciano monje Nieh Ch'üeh, famoso en todo el planeta por su vastísima sabiduría y su imparcial juicio. Luego de un largo y accidentado viaje, en el que murieron el conde Fu Hsi, el marqués Shang T'ung y el archimamante Ween *K*ho (amén de quinientos nueve sirvientes), los nobles llegaron hasta Nieh Ch'üeh. Ni bien los vio, el anciano monje dijo: "Si un árbol no cae en el bosque, ¿cómo esperas oír el aplauso de una sola mano?", lo que produjo gran admiración entre los presentes. Informado de los servicios que se le requerían, Nieh Ch'üeh levantó sus seis brazos y murmuró una extraña plegaria mágica. Una nube envolvió al monje y a los nobles y los llevó raudamente hasta el interior del palacio. Allí, Nieh Ch'üeh trazó un círculo con su cayado, sentó a los dos príncipes en posiciones enfrentadas sobre la circunferencia y dijo: "Desde tiempos inmemoriales el Uno ha sido símbolo de la Alegría, ya que con el Dos nace la Pena. Por eso, que la Santa Mano de nuestro Ancestro y Creador, el Sagrado Han Shu I Wen Chih, dirima este entuerto". Dicho esto, acostó una botella en el centro del círculo y la

hizo girar. Cuando ésta se detuvo, apuntando con su boca a uno de los príncipes, Nieh Ch'üeh exclamó: "¡He aquí al Emperador Wu Wei!". El otro niño inmediatamente se incorporó y dijo: "¡Si él es el Emperador Wu Wei, yo seré el Otro Emperador Wu Wei!", a lo que algunos nobles contestaron: "¡Así será!" y otros replicaron: "¡Ni soñando!". De esta manera se inició la guerra de más de trece mil años que nosotros, los enviados de la Confederación Unida de Civilizaciones Galácticas, estábamos intentando detener.

Las conversaciones se iniciarían el Cheng K'ai 9 de Ylang Ylang en Oderilka Egon, capital de la neutral República Maikotzurkin. Esto me dejaba con una noche libre para, digamos, confraternizar con la representante de los halsbrünstigpfefferbeilebendigem, mi vieja amiga Maribel Shoshonee[4]. Cosa que hicimos al instante, ni bien pudimos zafar de los compromisos diplomáticos a los que estábamos atados.

No voy a narrar aquí lo ocurrido en el transcurso de esta lujuriosa velada. Podría pensarse que es por pudor o para preservar el honor de una dama, pero no es así, porque, como ustedes bien saben, yo no tengo pudor y Marisela no es ninguna dama sino una inescrupulosa criminal[5]. No, las razones de mi silencio son mucho más complejas y sutiles, tanto que me llevará varios años de intenso psicoanálisis poder siquiera comprenderlas. Así que sólo me queda mencionar que a la mañana siguiente, ojerosos, cansados y felices nos fuimos a Oderilka Egon, a las conversaciones de paz entre el Imperio Wu Wei y el Otro Imperio Wu Wei. Las cuales fueron así:

Emperador Wu Wei: Che, y si dejamos de pelear.

Otro Emperador Wu Wei: Bueno.

Y listo.

—¡Para esto nos hicieron venir! —exclamó el Aristóbulo Prostrator Ah-qixb Zeml-ja-golov, representante de los Ñâfühlhrt"chü""igg.

—Bué, con tal de que paguen… —comenté yo, en medio de un suspiro.

—Psé. Podría ser peor. —terció el enviado de los Gucumatz[6]— Si no, fíjense en lo que le pasó a mi primo, que fue a Trakatcia a vender unos tractores y los senadores trakats, en agradecimiento, se lo culearon.

—Uh, eso debió doler —exclamé.

—Bué, no tanto, porque a mi primo le gusta que le den por el orto. El problema es que ninguno de los setecientos senadores después se hizo cargo del asunto. Qué sé yo, no les cuesta nada una llamadita de vez en cuando, una tarjeta para las fiestas, algo que demuestre un poco de cariño. Pero no, nada, como si nunca hubiera pasado. Por eso, yo siempre digo "A

canilla regalada no hay que mirarle el cuerito". Bueno, a veces digo otras cosas, pero, por lo general y siempre que venga la ocasión, digo eso. Porque no voy a estar diciéndolo cuando quiero pedir un bife con papas fritas o cuando me quiero levantar una mina, no sé si me explico.

—Sí, se explica…

—Ah, ¡qué suerte! Porque un cuñado mío se quedó tuerto por no hablar claro. ¡Y eso que yo le avisé que si iba al médico le convenía llevar anotado dónde le dolía! Pero ahí ve usted, no me hizo caso, y le metieron un enema en el ojo, en vez del ojete. Por eso, qué quiere que le diga, yo a los sándwiches, menos dulce de leche, les pongo de todo.

La conversación es interrumpida por los gritos de los emperadores:

—¡Esta guerra nunca debió comenzar!

—¡Ni debió durar tantos años!

—¡Es que fuimos muy mal aconsejados!

—¡Cierto! ¡El Gran Consejo de Nobles tuvo la culpa!

—¡Y el Otro Gran Consejo de Nobles también!

—¡Son culpables de traición!

—¡Deben morir!

—¡Sí!

Ambos Consejos de Nobles son llevados frente a los emperadores, quienes personalmente los degüellan con certeros golpes de alfanje.

Terminada la masacre, los emperadores se quedan pensativos:

—Pero… nosotros aceptamos sus consejos.

—Podríamos haberlos rechazado.

—Sin embargo, no lo hicimos.

—No, no lo hicimos.

—Y nos embarcamos en una guerra fratricida.

—En una guerra sin sentido.

—Nosotros hemos traicionado a nuestra gente.

—¡Somos culpables de traición!

—¡También deberemos morir!

—¡Sí!

Mutuamente los emperadores se decapitan. Marité me comenta:

—Me parece que se les fue la mano con la autocrítica.

—Más bien lo que se les fue es la cabeza.

—Es un chiste obvio, Ignatz.

—Pero alguien tenía que hacerlo.

—Ah, sí, eso sí.

NOTAS

NOTA 1: Quien, pocos años después, se fue a vivir a un pueblito de pescadores con un tipo que se hacía llamar *Agar el Extraño*, donde fue muy feliz y me dio muchos primos que no conocí. VOLVER

NOTA 2: El Universo, además de ser enorme, está lleno de extrañas costumbres de cortesía que sorprenderán a más de uno. Por ejemplo, los goteunkaros consideran un gran honor defecar en la boca de sus huéspedes. O los dorogu menja, que regalan, como dote nupcial, sus mocos a sus cuñadas. O los Ilustres de Kuie Tan Dsare, que alaban una exquisita cena vomitándola. O los slobodas, que ni bien te ven te zampan un baboso beso en la boca y te pinchan con sus bigotes, inoculándote una sustancia alucinógena que te deja hecho un hippie por una semana y media. O el saludo de despedida de los rozliven, que consiste en ponerse un encendedor en el culo y rajarse un sonoro pedo, produciéndose una llamarada multicolor. Y así, infinidad de costumbres que hacen del Universo uno de los lugares más desagradables que se conocen. VOLVER

NOTA 3: Al contrario de lo que ocurre en casi todo el Universo conocido, los gemelos wu wu erl pu yü wu, además de muy raros (uno en sesenta y cuatro mil trescientos veintisiete millones de casos), son completamente diferentes entre sí y desarrollan, desde su más tierna infancia, una rivalidad sin precedentes. VOLVER

NOTA 4: O Maricler Slupnik, Marisa Sturgeon, Mariana Sinisbidemakurdun, Mariela Schiefe-Scheiden, o como se le haya tocado llamarse ese día. Otra extraña costumbre en este extraño Universo. Igual, para lo que pensaba hacer yo con ella los nombres no eran muy necesarios. Lo que sí eran necesarios, por no decir imprescindibles, eran unos preservativos híper-reforzados. Porque, como todo el Universo sabe, los halsbrünstigpfefferbeilebendigem son idénticos a los humanos salvo en dos cosas: Una, que tienen el pie derecho del lado izquierdo y viceversa (lo que los convierte en unos pésimos bailarines) y dos, que sus células sexuales poseen 74 cromosomas, en vez de los 23 humanos. Esto, que en teoría haría imposible que Marina y yo tuviésemos un hijo, en la práctica no es así y los híbridos de humano y halsbrünstigpfefferbeilebendigem no son sólo

muy viables sino que también son muy diferentes a sus padres, parecen jirafas violetas y verdes y se los considera una delicia culinaria en el asteroide Txwrk. Por eso Marisol y yo, que también en teoría seríamos capaces de procrear cientos de jirafitas con tal de sacar rédito vendiéndoselas a los gourmets txwrkianos, tratamos de cuidarnos al extremo cuando tenemos, como diría el Emérito Laico Donatien-Alphonse-François Valcour D'Auvertais-sur-terre, "un tiroteo amistoso". VOLVER

NOTA 5: Más extrañas costumbres: los halsbrünstigpfefferbeilebendigem no encarcelan a quienes infringen la ley sino que los premian con una embajada o algún cargo diplomático en el espacio exterior, con dos condiciones ineludibles: Una, que no vuelvan jamás a su planeta natal; y Dos, que instalen cadenas de heladerías dondequiera que vayan. VOLVER

NOTA 6: Otra extraña costumbre y van: Los Gucumatz no tienen nombre. "Total, somos pocos y nos conocemos todos" dicen. Lo que sí tienen es una compleja estructura de parentesco, que incluye grados inimaginables para otras especies (por ejemplo, "epifoptrio", que es el sobrino del amante de la cuñada de un compañero de trabajo del tercer padrastro de quien habla). VOLVER

Animal curioso este Saurio. Nació en 1965 en Buenos Aires. Dice estar preocupado por su futura muerte, lo que estimula en él la necesidad de aprovechar el poco tiempo que le queda dedicándose a cuanta arte, ciencia o religián se le cruza en el camino. Dos novelas escritas, *El vacío del bostezo* y *La indiferencia de los peces*, dos libros de poemas y uno de humor, *Un libro al pedo* son el resultado de llenar esos huecos que le deja la vida mientras espera su último suspiro. Mientras sostiene varios sitios de Internet, entre ellos: La Idea Fija (donde entre otras muchas cosas desarrolla su historieta *Los cartoneros del espacio*) y El Maravilloso Mundo de Saurio.

Hoy es uno de los autores que más aparece en estas páginas. Hemos publicado en Axxón sus ficciones: NO ME PIDAS UN MILAGRO (147), 149), BACH HA MUERTO (151), ¿QUÉ ES EL "SECRETARIADO CUÁNTICO"? (152), ¿QUÉ ES EL DOLFISMO ORTODOXO? (155), EL CAMINO DE WEESCOSA (155), LA PSICOSTASIA ENTRE LOS GRIEGOS (155), ¿DÓNDE QUEDARON LOS BUENOS MODALES? (157), ¿QUÉ ES LO QUE ESTÁ CONSTRUYENDO? (157), SER DE LUCES (158), (NO ALIMENTEN A LA) OSTRA, en co-autoría con Inmaculada Rumbau (162), PULPIFIXIÓN (168), NO ES PALABRAS (171), PELIGROS DE LOS REFRANES II (174), PELIGROS DE LOS REFRANES I (180), VAMOS AL BOSQUE, NENA (181) PIG BANG, LA CADENA DE LA FELICIDAD, DESDE ESTAS HERMOSAS PLAYAS TE RECORDAMOS CON CARIÑO Y DESEAMOS QUE ESTUVIESES AQUÍ CON NOSOTROS, VUELVO EN SIETE MINUTOS, EL FIN, LOS MEDIOS Y LA PROPIEDAD TRANSITIVA, ESA MALDITA MARIPOSA

Hemos publicado en Axxón sus artículos: ¿DÓNDE NADIE HA IDO ANTES? (157), NO ES LO MISMO SER OSCURO QUE ESTAR PINTADO DE NEGRO (159)

Hemos publicado en Axxón sus traducciones: LA INTELECTUALIDAD LIBERAL, de Luke Jackson (Estados Unidos) (168)

Axxón 210 - septiembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Ciencia Ficción : Viaje espacial : Contacto con extraterrestres : Humor : Argentina : Argentino).

Versión 'n'

Pedro Félix Novoa Castillo

**PERÚ**

"Tengamos fe en nuestra doctrina:

Terminaremos nuestras vidas con un buen comienzo."

Los textos circulares - Le Olucric

Absortos e indignados, asistimos a la vigésimo cuarta edición de la infame obra de *Le Olucric*. Recientemente traducida a más de catorce lenguas, el libro resucita el estilo predecible y descabellado al que nos tuvo acostumbrados el autor más reprobado de la tercera década después del gran colapso ideológico. Armado con su clásica ambigüedad temática, la trama circular, el desdoblamiento de personajes y su manida mezcla de política y religión, el autor pretende volver a inquietarnos con más de lo mismo, y absolutamente nada nuevo. *Le Olucric,* que en vida fue un hediondo beodo, escritor fracasado, heresiarca confeso, y que terminaría sus días reventándose literalmente la cabeza en un sanatorio, ahora resulta ser la "feliz" mezcla de pastor político y éxito editorial. ¿Acaso la descabellada doctrina circular vuelve a cobrar vigencia?

Elevado a una especie de gurú póstumo, *Le Olucric* ha regentado más adeptos estando muerto que vivo: hasta la fecha cuenta con cinco billones de fervientes correligionarios diseminados por todo el mundo. Ha logrado que sus logias nigromantes sean elevadas al rango de cultos político-religiosos en quince de los veinte estados federados de nuestro planeta. Ha conseguido que las prácticas de fanatismo más bizarras y sórdidas sean consideradas ejercicios libres de ciudadanía. Nos preguntamos: ¿Este ilustre difunto es tan poderoso para lograr semejantes cosas en tan poco tiempo? ¿O sólo se trata de inescrupulosos oportunistas que lo han resucitado simplemente para aprovecharse del poder hipnótico,

manipulador y efectivo que tiene su nefasta doctrina?La humanidad tiene que desbaratar el mutismo permisivo que actualmente evidencia; no puede seguir tan suelta de huesos teniendo a una bestia hambrienta debajo del tapete.

"¡Oh divino!, tú eres el círculo;

nosotros, los fieles partidarios

que dejamos el corazón en tu centro."

Los textos circulares - Le Olucric

Como es conocido, la doctrina circular establecía un plan de adoctrinamiento progresivo a cargo de expertos ideólogos con cierta vocación de publicistas. Éstos, a través de una incansable prédica de lemas simples, pegajosos y repetitivos como "gira, hermano, gira", "gira, porque tú eres *Le Olucric* y nosotros también lo somos", tenían, en teoría, la misión de adoctrinar en por lo menos un mes a todo un estado. Hoy, en la práctica, se ha llegado al escandaloso récord de ¡cinco estados sometidos a la doctrina circular en sólo una semana! Este vertiginoso éxito cuenta además con el retorno a un primitivismo de subsistencia (siembra / recolección / pastoreo / pesca), poligamia y ritos (que incluyen los sacrificios humanos).

Finalmente, en los estados ya consolidados se establecía un texto único que rigiera tanto la moral como las leyes de todos los habitantes. El libro, como era obvio, sería *Los textos circulares*. Hoy se sabe que además de su lectura inflamada, convencida y casi posesa es cada vez más común observar a los prosélitos aprendérselo de memoria en un estado que llamaremos extático o simplemente demente. Y es que cuando el poder político y el sagrado se juntan para convivir como dos cabezas en un solo cuerpo, se consolida un ser monstruoso que termina devorando toda forma de pensamiento divergente. Se logra el ejercicio impune y obsceno de una ideología dura, rígida e inflexible que a la larga deviene en un fanatismo casi omnipotente. *Le Olucric* habla de esto en su obra nefanda, de un poder político-religioso absoluto a través de la propagación de su doctrina circular. Esa clase de fanatismo recalcitrante que en vez de acólitos crea cancerberos; en vez de jueces, asesinos; esclavos, en vez de fieles, imbéciles con muy pocas cosas que decir y muchísimas que defender y repetir. Y esto, señores, ¡ya es una realidad! En efecto, el cáncer ideológico se ha propagado a escalas de pesadilla, y lo inaudito, intolerable y escandaloso es que el GCI (Gran Consejo Ideológico) no ha hecho absolutamente nada para contrarrestarlo.

A veces, pensamos —en un arrebato de desesperación e indignación— que quizá el GCI piense que es hora de mudar de sistema político; del demorepresentativo a otro. A un terrible otro en todo caso; ya que ese “otro” es el que precisamente propone *Le Olucric* en *Los textos circulares*. Quizá se hayan desnudado todas las contradicciones y deficiencias del sistema vigente, quizá se haya comprobado que es necesario un cambio. ¿Pero un cambio a través del adoctrinamiento político circular? ¿Una doctrina que estipula el regreso a la barbarie para recomenzar todo de nuevo? ¿A quién quieren engañar con esa filosofía barata y estúpida? ¿Llegar al grado cero de la civilización? ¿Para qué? ¿No será el pretexto perfecto para retornar a los regímenes totalitarios? ¿Acaso somos tan imbécilescomo para no ver que estamos volviendo a crear aquello que provocó el gran colapso ideológico? ¿Cuántas veces tenemos que reventar nuestras mentes para resanarlas? Tememos que estas especulaciones sean en parte, o peor, en su totalidad,ciertas. Y si esto es así, recomendamos a los lectores tener especial cuidado con los tentáculos del adoctrinamiento político circular que incluso podrían haber infectado el presente escrito.

Así es, hay que estar en guardia con cualquier clase de texto que podría, de golpe, volver su trama circular. Si bien es cierto que a través de los multimedios la gran población cae fanatizada fácilmente,el pequeño grupo de intelectuales que todavía usa el vínculo textual para comunicarse —y que son los más difíciles de convencer—, tiene que evitar leer escritos infectados con esta especie de virus circular. Es decir, no es necesario leer directamente *Los textos circulares* para infectarse, también uno lo puede hacer leyendo un texto contaminado con una cantidad determinada de referencias a dicha obra (hasta la fecha,la cantidad de menciones son diez,con tendencia a ser menor conforme se agrave la propagación de esta peste ideológica).

Si todavía continúas leyendo este escrito es porque has asumido conscientemente todos los riesgos que este ejercicio puede acarrear. Aunque esto de consciente es muy difícil saberlo, porque uno siempre pensará que el texto que se está leyendo es inane e inclusive está de nuestro lado en la lucha. Pero nada más falso, señores, bastará que se mencione el nefasto título una decena de veces para que las últimas palabras del escrito se distorsionen y pretendan acabar corrigiendo suciamente el inicio del texto.

Comprobaremos que estos escritos infectados al inicio nos recomendarán sincera y lógicamente muchas estrategias de precaución. Al leerlos nos sentiremos dominados por un arrebato de súbita confianza y libertad para con el autor, a quien consideraremos un amigo, un camarada, casi un

cómplice en la resistencia contra el adoctrinamiento político circular. Nos sentiremos libres, pensaremos que todo lo que hacemos estuvo, está y estará marcado por una autonomía total. Pero no sólo se pensará que uno es libre, estaremos totalmente seguros de que también el resto de los hombres lo es. Reiremos, diremos que el autor es uno de los nuestros, no nos cabrá la menor duda. Estaremos identificados con el complaciente uso de la primera persona del plural para dar una idea subliminal de unidad colectiva.

Un impulso irrefrenable nos arrebatará y desearemos furiosamente expresar nuestras ideas. De golpe, escribiremos, inflamados, casi volcánicos, en contra de la doctrina circular. Diremos todo lo que se remueve con furia en nuestras entrañas, escupiremos a *Le Olucric* y a toda su caterva de fanáticos, nos cuidaremos a medio camino de no mencionar el título de la obra, pero con horror comprobaremos que ya se ha hecho en diez malditas oportunidades, si deseas, puedes contarlas ahora que ya es algo ocioso e irreversible. Desearemos retroceder, pero será en vano, estaremos como dentro de la línea única de una figura circular. No podremos salir. ¿Cómo saber dónde comienza y termina un círculo? Nuestro lenguaje finalmente cambiará sin explicación alguna, la inicial furia será ahora servil aplauso, el indómito león será el manso cordero que acepta con la cabeza gacha ir a cualquier parte que se le mande. No se podrá escribir sino como un esclavo; pero un esclavo feliz y orgulloso de serlo. El poder de la doctrina circular nos ordenará recomenzar y reconfigurar nuestra mente rebelde y lúcida de la manera contraria. Seremos sumisos y estúpidos.

“Los nombres quedan igual,

lo que cambia es la percepción que tenemos de ellos en el devenir cíclico.

Algo así como el juego de intercambiar adjetivos por sus contrarios.”

Los textos circulares - Le Olucric

Se pensará que *Los textos circulares* tienen enemigos. Estaremos totalmente convencidos de que existen ramificaciones de un poder adverso, casi invisible, que busca la censura o veto total de su lectura. Se creerá que quienes defienden esta prohibición son unos malvados, unos subnormales. Desearemos saber quiénes son estos sujetos y de inmediato, esta información será proporcionada. Veremos nombres conocidos, nombres que estarán antecedidos por adjetivos de acuerdo a la gravedad de los casos: “superpeligroso”, “peligroso”, “recuperable”, “inane”, “prosélito”, “apologético”, “gurú.” Veremos nuestros nombres acompañados

secuencialmente por cada adjetivo. Sonreiremos porque a estas alturas tendremos el calificativo de “apologético”, desearemos llegar al punto máximo: ser “gurú”. Pero como todos sabemos, gurú hay uno solo. Es por eso que nos transformaremos en el creador de la doctrina circular. Sí, en el mismísimo autor de *Los textos circulares.* Seremos la versión repetida de *Le Olucric*. No nos interesará saber que existen, al igual que nosotros, miles de sujetos que creen exactamente lo mismo. Se pensará que *Le Olucric* se ha multiplicado en todo el mundo. Que al decir “soy” se dice “somos”. Seremos felices sabiendo que todos los hombres son *Le Olucric* y que cada uno de nosotros también lo es. Nos parecerá insólito e inclusive patético, que alguien en su sano juicio piense después de sentir y comprender la doctrina circular no ser la versión “n” de *Le Olucric*. Al final terminaremos nuestro escrito con cierta sensación de vacío, con una ligera certidumbre de estar recomenzando algo ya vivido y mal corregido. Es por ello que: Absortos y maravillados, asistiremos a la vigésimo quinta edición de la formidable obra de *Le Olucric*. Recientemente traducida a más de catorce lenguas, la obra resucita el estilo sublime y aleccionador al que nos tuvo acostumbrados el autor más celebrado de la tercera década después de la gran revolución ideológica…

Pedro Félix Novoa nació el 19 de noviembre de 1974 en Lima, Perú. Ha publicado en su país, Chile, Argentina y España. Fue finalista con dos relatos en el Concurso Internacional de Cuentos de Ciencia Ficción del Fanzine Fobos y ambos cuentos aparecieron en Púlsares 2004. Ha obtenido premios y menciones en varios concursos, lo que lo ubica entre las figuras más promisorias de la literatura fantástica de su país.

Hemos publicado en Axxón sus ficciones: LÁPICES LACRIMALES y LA BALA QUE FALTA.

Axxón 210 - septiembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Metaliteratura : Libro esotérico : Absolutismo : Perú : Peruano).

¿Cuándo voy a morir, doctor?

Carlos Daminsky

ESPAÑA

—¿Cuándo voy a morir, doctor? —preguntó Carlos Dykowski.

El MPRCOG le clavó una mirada inquisitiva, observándolo de arriba abajo con sus ojos blancos. Después, el paciente extrajo de una abertura redonda que se había formado en el E-tejido de sus pantalones un paquete de Celtas sin boquilla que había sido fielmente imitado.

—Fumar no es bueno para la salud —dijo el MPRCOG.

—Ya, ya… ¿Sabe que estos cigarrillos han salido de las Industrias Teufel? Son de lo mejor y me han costado un buen puñado de créditos. —Y a continuación Dykowski prendió un pitillo con un pequeño encendedor láser que tenía integrado en la manga de su camiseta de flores, luego fumó inspirando una profunda bocanada y expulsó el humo hacia el rostro del médico.

La neblina blanquecina se quedó estática y parada ante el MPRCOG, y después se disipó.

—Vaya, ¿cómo ha hecho eso?

Los Médicos Precognitivos (MPRCOG) eran una institución que se había asentado con gran fuerza en los Estados Independientes de Iberia después de la guerra global que había comenzado contra las Amebas de Júpiter y que desembocó en una anarquía mundial en manos de señores de la guerra que terminaron por combatirse unos a otros indiscriminadamente. Al final, cuando el desastre amenazaba la supervivencia de la raza humana, se pudo pactar una paz total; aunque aquel tratado era frágil, por el momento era suficiente para mantener la balanza de la tranquilidad.

Y todo esto provocó una paranoia desmedida en la gente, que había visto cómo la Tierra había sido arrasada y en muchas zonas era inhabitable por culpa de la radiación y las cenizas. Conocer el futuro era una obsesión y había surgido toda una oleada de interés desmedido hacia, por ejemplo, el Tarot, el I Ching o las Cartas Gitanas. El porvenir era angustia y desesperación. Luego llegaron los precognitivos, no se sabe muy bien de dónde. En algunos hebdomadarios oficiales aparecieron noticias acerca de sus supuestos poderes. Se barajó la posibilidad de que ciertos agentes

bacteriológicos usados por las Amebas al principio de la guerra fueran los causantes de las alteraciones. Fuera como fuera, pronto empezaron a surgir franquicias de gabinetes de MPRECOGs por todo el mundo superviviente, y la gente acudía en masa a ellos en busca de consuelo y de respuestas para sus dudas.

Los gobiernos de los países, muchos de ellos mandados por auténticos tiranos bárbaros, al principio tuvieron celos y pusieron objeciones. ¿Hasta dónde podrían alcanzar aquellas visiones futuristas? Y, por supuesto, hallaron un potencial con el que podían manipular a las masas. Pero los precognitvos no ansiaban ningún poder, y además, sus predicciones sólo eran válidas para el ámbito de un día.

O eso parecía…

Después, sobrevino una extraña plaga. Un misterioso virus acabó con la mayoría de los visionarios y empezaron a fallar en las predicciones, provocando lentamente incredulidad en el público. Así, los que sobrevivieron a la extraña enfermedad fueron puestos en tela de juicio. Muchos de ellos fueron expulsados y tuvieron que vivir como nómadas en recónditas zonas, pero hubo algunos estados, como los de Iberia, que sí permitieron que continuasen sus actividades adivinatorias. Aunque ya eran más de carácter marginal todavía había muchas personas que acudían a ellos e incluso gozaban de un alto grado de aceptación dentro de la sociedad íbera.

Aquellos precognitivos, llamados de segunda generación, eran un tanto diferentes a los primeros. Sus ojos se habían tornado blancos y saltones, y todos ellos habían perdido las piernas; así que usaban sistemas de impulsión para desplazarse, generalmente un chasis articulado con ruedas de orugas que podían modificar a voluntad para, por ejemplo, flotar. También se les habían atrofiado la boca y las cuerdas vocales, por lo que solían comunicarse con unos pequeños aparatos que traducían sus mensajes directamente de sus cerebros.

Y aquellos eran algunos de los cambios visibles, porque había gente que decía que podían hacer otras cosas extrañas…

—Bueno, doctor, ¿me lo va a decir o no?

El visionario ni se inmutó. Continuó mirando fríamente a Carlos Dykowski , tras la mesa metálica de su despacho, que estaba vacío a excepción de dicha mesa y un par de sillas. Las paredes de la sala estaban acolchadas.

—Ya entiendo, quiere más dinero, ¿verdad? No tiene suficiente… Qué me va a decir, los de su calaña van de monjes pero en realidad lo que quieren es más y más, la codicia está fácil, ¿eh? —el consultante se removió en su asiento.

Después, la voz del traductor que colgaba del endeble cuello del precognitivo habló con voz neutra:

—Por favor, no me ofenda. Si no viene dispuesto, señor, le aconsejo que se marche de aquí con su dinero. Vuelva por donde vino.

—Oh, no, discúlpeme. Por favor, no quería molestarle —Dykowski intentó arreglarlo—. Eh… Lo que quería decir es que si no tiene suficiente dinero, estoy dispuesto a darle una cantidad más grande.

—No quiero más.

—Entiendo, entiendo. ¿Entonces? ¿Qué?

—No morirá.

—¡Bien!

—Le recuerdo que esto tan sólo es vinculante en el ámbito de las próximas veinticuatro horas.

—De acuerdo, quiero el recibo.

Antes de subir a su perfecta réplica, convenientemente modificada, del SIMCA 1000, leyó otra vez con atención el pergamino que había sido expedido por el equipo automático del gabinete del precognitivo. Todo correcto en lo estipulado por las leyes. Aquella gente todavía trabajaba, extrañamente, con papel del auténtico, desestimando cualquier aparato de almacenamiento de memoria.

A continuación, abrió un bolsillo en su E-tejido del pantalón y allí lo guardó. Sonrió y subió al vehículo. Éste se elevó unos cuantos palmos del suelo y se puso en marcha. Activó el piloto automático, se recostó en el asiento de cuero y puso las manos en el respaldo para la cabeza. El tráfico era fluido, así que no tardaría en llegar a su destino, el palacio de conferencias en el que hoy Torcuato Panero, excelentísimo y noble mandatario por la gracia de Diox de los Estados Independientes de Iberia, iba a dar una conferencia sobre las nuevas plantas de reciclaje de cenizas nucleares que al parecer iban a cambiar el futuro…

Carlos Dykowski miró la caja de cartón que había en el asiento de al lado e hizo una mueca. Dentro de ella estaba guardado el Xenolobite que había

traído de Marte.

Aprovechando un viaje que había efectuado personalmente para fortalecer contactos con los poderosos clientes que compraban sus E-tejidos en el planeta rojo, sus factorías entraron en una huelga general radical que acabó con la expropiación estatal bajo la excusa de que él no podía mantener en orden sus actividades… Después, se le ocurrió lo de la criatura marciana… Ella le ayudaría en su venganza.

Entonces, la pequeña pantalla del salpicadero del vehículo se iluminó mostrando un inquietante mensaje:

TOME LA PRIMERA SALIDA INMEDIATAMENTE. LE HAN MENTIDO, SU VIDA CORRE PELIGRO.

Las palabras se borraron y a continuación apareció otro mensaje:

CONFÍE EN NOSOTROS. QUEREMOS AYUDARLE CON SU PLAN.

Dykowski reaccionó por instinto. Desactivó el piloto automático y tomó la palanca de mando. Una señal luminosa de color verde anunciaba la próxima salida. Número 13, Calle Barbacana.

Tomó la intersección.

Nada más avanzar por la calle, vio un camión con un enorme trailer ovalado de color negro. La puerta trasera empezó a descender y unas personas surgieron de los lados de la acera y le indicaron que subiera.

Cuando estaba esperando para ascender, una detonación seguida de una enorme llamarada hizo que su SIMCA 1000 se tambaleara y él, impulsado hacia delante, se golpeó contra el salpicadero.

Y de repente la puerta de al lado de su vehículo se abrió y una mujer se introdujo a toda prisa.

—¿A qué espera? ¡Vayámonos!

—¿Pero quién es usted?

—¡A qué espera!

Dykowski accionó la palanca a tope hacia delante y el coche salió disparado a toda velocidad.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Nos han descubierto, señor Dykowski.

—¿Sabe mi nombre?

—Pues claro. También sé para qué sirve lo que hay dentro —dijo la mujer, mostrándole la caja en la que estaba guardado el Xenolobite.

Carlos vio cómo le sonreía perfectamente. El color de sus ojos era violáceo y una larga cabellera negra le pendía hasta los hombros. Su cuello estaba oculto por un collar de cristal irisado.

—Y también sé que le han engañado… Va a morir… ¡¡AHORA!!

—¿El qué?

Y en ese instante, un rayo de color anaranjado atravesó el parabrisas produciendo una cascada de pequeños cristales. Y justo cuando iba a impactar certeramente en la mitad de la frente del sorprendido Carlos, se detuvo, y también lo hicieron los cristalitos.

—¡Por Diox! ¿Qué ha ocurrido?

—El tiempo se ha detenido. Bueno… lo he tenido que hacer, como verá…

Dykowski se hizo para atrás alejándose del rayo mortal y de la neblina de cristales, después miró por la ventanilla lateral y contempló una escena en la que todo se había paralizado: los demás vehículos, las gentes y los robots que había en la acera del bulevar. Un mundo de estatuas.

—Tenía que salvarle a toda costa.

—¿Quiere explicarme esto?

—Verá, el precog al que acudió a visitar era un farsante. Un espía del gobierno que le leyó la mente.

Carlos también pudo contemplar una paloma sintética detenida en el aire (las de verdad se habían extinguido hacía mucho tiempo y habían sido sustituidas por simulacros a petición popular, ya que a la gente le encantaba ver a estos pájaros que alegraban el paisaje urbano).

—El presidente —continuó la mujer— había sido puesto en aviso. Iba a sufrir un atentado inminente. Al parecer, el gobierno tiene a su disposición varios Superordenadores que fueron encontrados flotando en el espacio. Esas máquinas tienen una arquitectura tecnológica muy avanzada que les permite tener lo que podíamos denominar *visiones sobre el futuro.* A continuación, las redes de espionaje entraron en alerta roja activando todo su poder. Y finalmente dieron con usted. Era cuestión de probabilidades.

—¿Sí? Y tú estás en el bando contrario y has venido a ayudarme, ¿verdad?

—Correcto. Pertenezco al Clan Yelmo de precognitivos, pero como puedes observar también hay militantes de otros tipos.

Y entonces, ocurrió algo extraño. Dykowski estaba mirando a Dykowski. Y el tiempo congelado reanudó su marcha. En un instante el rayo pasó por su

lado rozándole e impactó en el Dykowski del asiento trasero. Su cuerpo se reventó soltando humo con olor a chamuscado y el SIMCA 1000 perdió el control dando bandazos hasta que derrapó y volcó.

En el interior de la caja del coche, Carlos dio varias vueltas hasta que salió impulsado de golpe al exterior y chocó contra el duro hormigón; luego rodó por el pavimento hasta quedar boca arriba mirando el cielo azulado. Un cohete de pasajeros, con sus luces de posición parpadeantes, volaba en las alturas.

Desde la zanja a la que se había arrastrado miró, oculto, cómo los vehículos policiales rodeaban su coche. Luego pensó en el Xenolobite. Buscó la caja en su E-tejido, que había vuelto a recomponer los tejidos y desgarros sufridos en el accidente. No estaba. Lo que sí halló fue el contrato de la consulta del precognitivo. Lo rompió en trozos.

¿Se había quedado la caja en el coche?… ¿O no? Una punzada en la sien le dio la confirmación. El microchip injertado le avisaba de que el *animalito* se había activado y puesto en marcha. Todo estaba pasando demasiado deprisa, era mejor así. Su plan continuaba.

Transformó su camiseta de flores en una chaqueta con capucha y después, disimulando, se puso ésta en la cabeza alejándose de la escena del accidente.

Tan sólo había andado unos cuantos pasos cuando escuchó una voz que le llamaba. Miró de reojo a ambos lados pero no vio a nadie. La voz continuó llamándolo, pero extrañamente no la e*scuchaba.* Se dio la vuelta.

—¡Señor, señor! —un niño cruzaba la carretera agitando las manos—. ¡Señor, por favor, espere!

Carlos, tenso, se puso en guardia.

—Oh, no. No tenga miedo, tan sólo quiero ayudarle.

Entonces se dio cuenta de que no era un niño, en realidad era una especie de enano con facciones aniñadas.

—Tenemos que hablar… Es importante. Vayamos a ese restaurante de paellas rápidas, por favor —indicó con el dedo el lugar. Un cartel en 3-D mostraba una paella, que daba vueltas, con mariscos que hacían guiños y sonreían.

En aquel momento Dykowski observó cómo un vehículo policial, con su llamativo color rosa, se aproximaba despacio, haciendo rastreo de la zona.

—De acuerdo.

Y los dos entraron en el restaurante, apresuradamente, por la puerta de hoja espiral que se abrió automáticamente, replegándose.

«Diox… Hoy todo el mundo me quiere ayudar… Y yo me estoy perdiendo en una extraña confabulación. El bichejo marciano ya está en marcha y yo ya no sé si quiero vengarme… Estoy liando una gorda», pensó Carlos, mientras miraba al enano.

—Mi nombre es Esteban Rey. Pertenezco al Clan Roca de precognitivos.

—Y es rival del clan Yelmo. ¿Me equivoco?

—No exactamente. Ellos están equivocados.

—Explíquese, por favor.

—Verá… Tanto ellos como nosotros luchamos contra el gobierno. Torcuato Panero es un farsante. Un títere colaborador de las Amebas.

—¿Qué?

—Es una guerra sucia, nadie se da cuenta de ello. Digamos que no luchamos en un terreno material.

—¿Pero no derrotamos a las Amebas de Júpiter? —en aquel momento Carlos recordó algunas imágenes repugnantes de los rocambolescos seres, que al parecer eran superinteligentes.

—En un principio fue así. Pero cuando se vieron cerca de la derrota, hicieron uso de un arma secreta que permitía manipular las mentes; y así, algunos gobiernos cayeron en su poder, aquellos que eran objetivos especialmente fáciles por no contar con buenos gabinetes de precogs. Luego vino la anarquía mundial en la que todos atacaban a todos y entonces, las Amebas, viendo que la Tierra iba a quedar estéril incluso para ellas, detuvieron las acciones bélicas de los países que dominaban. A continuación sobrevino la plaga que diezmó a los precog; pero después de todo aquel holocausto ocurrió algo extraordinario: surgieron otras personas con nuevos poderes capaces de liberar a la Tierra del yugo de las Amebas. Una nueva raza que transformaría los antiguos clanes.

«¿Y yo qué soy? Otro títere. Me he convertido en el muñequito involuntario de unas extrañas disputas. ¡Por Diox!». Y mientras estaba pensando, el enano le apuntó con una extraña arma; era un plátano.

—En realidad, señor Dykowski, le tenía que haber matado hace ya unos cuantos minutos, pero bueno… No me gusta hacer las cosas así, ya sabe,

tan frías. Por eso he preferido contarle algo de esta historia… Y como le decía, los Yelmo estaban equivocados, usted sí que tenía que morir —el enano le señaló la ventana—. ¡Mire!

Y Carlos se giró y contempló una ciudad en ruinas y de color plomizo. Edificios desmoronados, calles quebradas. A continuación vio pasar a un hombre harapiento y barbudo corriendo con una mochila a cuestas; tras él, una horda de individuos desgarbados y que rugían guturalmente, le pisaba los talones.

—Es así —y algo negro salió del plátano (en realidad, un arma camuflada) e impactó en el cuerpo de Carlos Dykowski. Una extraña sensación de hielo y de fuego le recorrió y a continuación, dando espasmos, cayó al suelo con la boca llena de espumarajos.

Lo último que pensó, absurdamente, es que no había ni tan siquiera llegado a pedir una paella rápida.

Teóricamente, el Xenolobite había de morir. Estaba ligado al cuerpo de Dykowski por medio de neurotransmisores y éste al de la criatura. Por lo tanto si uno moría el otro también, ya que las células de ambos quedaban colapsadas al bloquearse las funciones vitales. Pero la criatura no murió. Tampoco lo había hecho Carlos Dykowski. El legado de su mente fue encriptado y enviado a un satélite artificial llamado Portalada.

La criatura marciana, que en aquel momento trepaba a un edifico próximo donde el presidente iba a dar la charla, se desactivó y sus garras se soltaron de la pared. Luego cayó y dio contra el suelo, donde rebotó un par de veces.

Pepito, un niño de diez años, vio al Xenolobite en el suelo y, curioso, lo tanteó con el pie varias veces. Estaba aparentemente inerte. Después, se agachó. Observó detenidamente al bicho, no le interesaba su extraña forma externa, una mezcla de escorpión y ciempiés, sino su interior. A él le encantaba ver las cosas por dentro. Y lo mejor de todo es que lo podía hacer sin abrirlas.

Su estructura interna era un amasijo de carne y metal entrecruzado. Todo ello estaba interconectado con lo que al parecer era una especie de cerebro. Éste no era de carne ni de metal. Entonces leyó en él las órdenes que en aquel momento parecían detenidas… Al parecer el bichejo debía, no sabía bien por qué extraña razón, llegar hasta el presidente. Entonces Pepito pensó que sería divertido llevárselo él mismo. Sonrió.

Inmediatamente después de que el legado-memoria de Dykowski llegara al satélite clandestino Portalada, emitió una orden a la Tierra que fue directamente al centro de control de las Empresas Criogénicas Lee-Price. Allí, procesadas automáticamente, fueron reenviadas al nicho 35, en el cual descansaba la señora Kika Romero. Entonces, el ordenador que se encargaba de gestionar todos los sistemas vitales de la mujer activó el proceso para devolver su cuerpo a la consciencia.

—¡Me cago en la puta intergaláctica! —exclamó furiosa la mujer—. ¡Por qué me han despertado de mi sueño!

—Lo siento, señora, pero han llegado unas órdenes prioritarias —respondió la voz indefinida del ordenador.

—¿Y qué pasa con ellas?

—Son de un ex marido, Carlos Dykowski.

—¿De ese maldito bastardo? Ese cruce de Insecto Palo de Marte y de Mona Venusiana. ¡Y por qué interrumpen mi sueño!

—Señora, le interesará saber que le ha dejado su legado. Al parecer una suma cuantiosa de créditos.

—Ummm… ¿Sí, eh?… ¿Y adónde tengo que ir?

Kika Romero tomó el primer taxi que vio. Al entrar en la cabina el conductor automático le saludó:

—Buenos días, señora, ¿dónde le llevo?

—A la Calle Caracol, número 39.

—Discúlpeme, pero esa dirección no existe.

—¿Cómo que no?

—En mis directorios computarizados no sale.

—Si me han enviado un aviso urgente de un despacho de abogados, Martínez & Martínez. Su sede está allí.

El conductor automático se quedó en silencio unos segundos y después dijo:

—Martínez & Martínez, despacho de abogados, efectivamente. Pero se encuentran en la Calle Destino, número 100, según mi banco de datos.

—Pues llévame hasta allí.

—Como quiera. Por cierto, señora, viste usted muy bien.

Kika Romero sonrió y cruzó las piernas. Llevaba puesto un vestido irisado que le transparentaba sus voluptuosos senos y en cada punta de sus erectos pezones había un aro travesado.

Era la prenda que tenía lista, para cuando algún día despertara de su hibernación voluntaria, a la que había recurrido después de sus crisis y de un intento de suicidio. Unos sueños tranquilos y relajados perdurables eran una terapia de solución. Aunque hubiese preferido no despertar nunca… Sí, pillaría el dinero de ese maldito hijo de mona venusiana y después otra vez a dormir. Y a todo esto, ¿cuánto llevaba dormida? Ni se le había ocurrido preguntar.

—¿Dónde compró ese vestido, señora?

«Este conductor automático está haciendo demasiadas preguntas extrañas…»

Cuando descendió del vehículo se preguntó si no le habían tomado del pelo. Se quedó contemplando un momento en la acera cuarteada cómo el taxi pintado a cuadros rojos y verdes se alejaba flotando hacia la lejanía en la que brillaba una luz dorada; a continuación, echó un vistazo a la zona ruinosa que se abría ante ella. Bloques de casas viejos y decrépitos se alzaban grisáceos en aquel barrio silencioso. Una planta pasó rodando, arrastrada por el aire, junto a su lado.

Escuchó unos crujidos. Provenían de un cartel oxidado que colgaba medio torcido en la esquina de un edificio polvoriento. Sus letras descoloridas todavía se podían leer: Martínez & Martínez.

Fue hasta la puerta de entrada e intentó mirar a través del cristal de la hoja, pero la mugre que tenía se lo impidió. Cuando iba a golpear para llamar, la puerta se abrió y una persona con ojos blancos apareció.

Ella gritó.

—Oh, no. No se asuste, por favor —dijo el extraño tipo con voz neutra. Y ella se dio cuenta de que aquella voz provenía de una especie de aparato que le colgaba de su escuálido cuello. Después, salió del interior. Su cuerpo estaba acoplado a un chasis con ruedas oruga.

Pepito estaba a punto de llegar a la entrada del edificio barroco, donde el presidente iba a dar su conferencia, cuando una pequeña niña rubia con coletas que estaba apoyada en la pared le salió al paso.

—Hola, ¿cómo te llamas?

El niño la miró unos instantes y dijo:

—Pepito.

—¿Adónde vas?

—Yo… Pues quería entrar ahí dentro.

—¿De verdad? ¿Sabes que hoy el presidente del país va a dar una conferencia?

—¿Ah, sí? Oye, ¿y tú cómo te llamas?

—¿Yo? Pepito.

—¿Pepito?

—Sí.

—No puede ser.

Y en aquel instante, Pepito miró a Pepito. Su doble se acercó y le dio unas palmaditas.

—Ya se lo he dicho, hacía mucho tiempo que estaba separada de él —dijo Kika Romero.

La mujer estaba esposada y sentada en un butacón, de frente al hombre de los ojos blancos cuyo cuerpo estaba integrado en un chasis que se desplazaba con unas ruedas oruga.

—Ya… ¿Y tiene la menor idea de por qué la citó?

—No lo sé… Yo estaba dormida en un sueño criogénico para superar mis crisis cuando me despertaron… La verdad es que yo pensaba que… Bueno… Podría haber algo de pasta de por medio, ¿sabe?

En aquel momento entraron dos personas por una puerta lateral. Vestían sendos trajes de cuero negro ajustados.

—Vigilen a la mujer.

Y el hombre del chasis desapareció por la misma puerta.

En la otra habitación le esperaba otro tipo, se volvió cuando entró.

—Señor presidente —dijo —, le he estado sondeando la mente y al parecer no miente.

—Bien, acabo de ser informado que el Xenolobite ha sido interceptado. Un agente ha dado con un niño que al parecer lo portaba a mi conferencia… Bueno, ya sabes, a la conferencia de mi doble.

—¿Y Dykowski?

—Su mente fue trasladada a un satélite ilegal llamado Portalada. Está fuera de nuestra jurisdicción de momento, pero he ordenado que sea rastreado por un escuadrón de naves hasta su eliminación.

A continuación, algo que hasta entonces había permanecido oculto en una esquina se movió. Era un agente de las Amebas.

—¿Y qué hay de los clanes precog? —preguntó el ser, emitiendo un órgano de su membrana gelatinosa para poder hablar.

—¿Los clanes? Están más que controlados. Los topos que hemos infiltrado paulatinamente han hecho su trabajo a la perfección; incluso el clan Yelmo y el Roca no han hecho más que ayudarnos, eso sí, involuntariamente, desde que los Superordenadores detectaran la posible amenaza hace ya un siglo. Y al parecer, creo que todo ha salido casi a la perfección…

Torcuato Panero pensó en los enormes computadores que se encontraban en un búnker bajo aquella casa, que no era más que una tapadera. Los Superordenadores, dos colosales ordenadores unidos entre sí, podían considerarse casi como una de aquellas antiguas deidades a las que la gente adoraba hacía miles de años.

Aquellas máquinas podían analizar y dar futuros válidos para que su perpetuidad en el gobierno, apoyada por el elixir inmortal de las Amebas, fuera eterna. La única variable que todavía no habían resuelto era la de su asesinato. Evitado cientos de veces, pero no resuelto por entero; lo cual impedía su ascenso a gobernante único de la Tierra y, después, del Universo entero.

Siempre había algún subterfugio, esta vez un satélite ilegal. Otras veces había sido una nave que había desaparecido en órbita o una trasnsmigración de cuerpos.

—Señor, ¿qué hacemos con la mujer?

—Intégrenla en el Superordenador, a modo de tributo, ya sabes…

—Me parece perfecto —respondió el hombre del chasis y después salió de la habitación.

Y en aquel instante le llegó un mensaje de las todopoderosas máquinas. Era un holograma con forma de cubo. Torcuato lo tocó y se desplegó; una imagen triangular con un ojo hecho a base de iconos parpadeantes se mostró.

—*Señor Presidente de Iberia, una nueva confabulación se está extendiendo. Esta vez, según los cálculos, la amenaza proviene de una zona de levante. Alguien, no contento por la cesión para el negocio de una fábrica de chupa-chups, planeará su muerte* —anunció una potente voz que parecía el eco de miles.

—Está bien, está bien, activen el protocolo de rutina —dijo, aburrido, Panero.

Kika Romero fue llevada ante el Superordenador, una enorme estructura de más de cinco pisos de altura repleta de enormes pantallas con circuitos fosforescentes. Pero lo más sorprendente era que a ella su forma le recordaba a una catedral gótica con la que había soñado en su suspensión criogénica, cuya imagen había visto anteriormente en un holoanuncio de no sabía muy bien qué. ¿Era de una empresa de reconstrucciones históricas?

Los dos tipos que la sujetaban la empujaron hacia delante y ella contempló los pináculos, de los que parecía brotar un magma rojo, que coronaban la estructura; y después, en el centro, el enorme rosetón compuesto por una especie de cristal líquido. Debajo había una especie de repisa en la que unas extrañas estatuas parecían seguir una secuencia. ¿Eran santos? ¿Deidades? No pudo averiguarlo; una maraña de cables viscosos la enredó y la atrapó. No tuvo tiempo de decir nada. Fue arrastrada e introducida dentro de la monstruosa máquina a través de una membrana porosa.

Nada más ser integrada Kika Romero dentro de los engranajes del Superordenador, la mente encriptada de Dykowski, que estaba en el satélite Portalada, entró en acción conectándose con su ex-esposa.

Kika… Kika…

¡Oxtias! ¿Eres tú, Carlos?

Afirmativo.

¿Qué me ha pasado?

Estás dentro del Superordenador.

¿Qué?

¡Que te ha comido! Su descomunal estructura necesita carbono para mantenerse en pie.

Pero, ¿y ahora qué?

Ahora me ayudarás, para eso te desperté…

¡Serás hijo de Sawalkayar!

Kika, hay que enviar a tomar por culo este sistema. Todo es una farsa, todo es un engaño; y nosotros vamos a acabar con toda la mierda.

¡Ah, bueno! Oye, Carlos, estoy cachonda… Esas estatuas de la fachada del ordenador, por lo poco que vi, me parecieron estar en una orgía. ¿Por qué no lo hacemos? Hace tanto tiempo que no follo…

¡Quieres callar! Escucha… Mientras estabas en suspensión criogénica, pagué a ciertos médicos cirujanos para que te implantaran y camuflaran por todo tu cuerpo unos microexplosivos muy potentes.

¿Pero qué dices?

Lo siento, nena.

¡Carlosssss! ¡Porque no puedo moverme, que si no…!

La enorme explosión reventó media estructura del Superordenador, que se desmoronó con estrépito dentro del búnker.

—Ahora viene lo mejor —dijo Torcuato Panero desde la mampara en la cual observaba la escena.

—Sí —respondió el tipo del chasis de ruedas oruga.

Y entonces, la descomunal máquina que se había desquebrajado justo por la mitad a consecuencia de la explosión, se selló manando un extraño líquido ambarino en el que habían disueltos componentes electrónicos. A continuación, la cara sellada empezó palpitar y lentamente fueron saliendo los apéndices de la nueva estructura. La regeneración estaba en marcha de nuevo… Una vez más, como siempre…

Carlos Daminsky nació en 1973 y es residente de Alcoi (España). Ha publicados varios relatos en Portal CIFI y en NGC 3660, para agosto se publicará un cuento en la revista digital argentina NM. Se reconoce influenciado por escritores como Poe o Philip K. Dick, y otros como Joyce. También por el surrealismo y Dalí, por poetas como Panero o Gonzalo Rojas. Y las películas de terror góticas y “casposas”.

Hemos publicado en Axxón: MATRIMONIO y OBITUARIO

Cuento de autor europeo (Cuento : Fantástico : Ciencia Ficción : Dominio extraterrestre : Precognición : España : Español).

El principio de incertidumbre

Ricardo Gabriel Zanelli

**ARGENTINA**

“The more precisely the position is determined, the less precisely the momentum is known”

Werner Heisenberg

Lo encontré al fin en un *pub*de Manhattan de la peor calaña. Su aspecto podría describirse como de desvarío. Vestía ropa fina, pero sin orden ni concierto. Igual desidia presidía su cabello. Como besándola, bebía de una botella de whisky. Gesticulaba, hablaba solo y, de tanto en tanto, sonreía de modo nervioso. Cuando notó que yo lo miraba estúpidamente, se puso serio, como si lo hubiesen sorprendido en falta. Luego, tomó su botella, a medias vacía, y se acercó a mi mesa. Tal actitud me ahorró trabajo, porque me intimidaba abordar al otrora célebre biólogo con el fin de lograr una nota para mi diario, alguna información que echara algo de luz al misterio de su repentina decadencia. Se sentó a mi lado. Hedía de manera insoportable a alcohol y a transpiración. Bebió un largo sorbo, una parte del cual se desperdició a través de la comisura de sus labios. Eructó sonoramente pero con satisfacción, al liberar su estómago de la presión. Seguidamente se pasó la manga roñosa de su abrigo por la boca. Sin siquiera presentarnos o saludarnos, disparó la siguiente historia, como si tuviera necesidad de hablar con alguien:

—Todo es idiota y sin sentido ¿no cree? Si no, oiga lo que voy a contarle. Yo era un genio de la ingeniería genética, ¿sabe? Y hablo en pasado porque he renegado de todo eso. Mandé al cuerno mi magnífico empleo en el Gobierno Federal y tiré mis diplomas y medallas al Hudson.

Bebió un nuevo sorbo de whisky, ofreciéndome otro a mí, que rehusé. Él se encogió de hombros y continuó hablando:

—Tal vez no lo crea, pero mi equipo de colaboradores y yo estábamos a punto de lograr *clones*. Incluso antes de la oveja Dolly. ¿La conoce? Yo

estaba al tanto de sus avances y tal vez por despecho yo la llamaba *kilt sheep.* Porque es escocesa ¿entiende? Y yo la ofendía como si el pobre animal tuviera la culpa de algo…

Volvió a eructar pero, esta vez, por la mueca de su cara y por la forma en que se encorvó, tuve la impresión de que no había sido placentero.

—Le decía que estábamos por adelantarnos a Dolly. Íbamos ser los Víctor Frankensteins de la modernidad. O postmodernidad, como más le guste. Porque nosotros experimentábamos directamente con seres humanos. No éramos tan remilgados como los borrachines escoceses.

Hizo un gesto de desprecio y escupió al piso.

—Sólo nos faltaban unos pocos detalles. Si lográbamos la hazaña primero nosotros, íbamos a pasar a la Historia en lugar de una tonta oveja de las *highland* ¿no cree? Pero ocurrió que justo por esa época murió sir Craig Bergson, el gran físico teórico inglés. ¿Lo conoce? Era el que había dejado a la altura de un frijol a Einstein, a Bohr y a Stephen Hawking. Era también pariente lejano de aquel filósofo francés que decía que la inteligencia es la capacidad de salir de situaciones complicadas, ¿cómo se llamaba? —se golpeó repetidas veces la sien con la base de la palma de su mano—. Ah, sí, Henri Bergson. Muy bien, éste del que le hablo también era ilustre. Estaba por lograr su *opus magnum*, la gran teoría de la física unificada, que estaba destinada, si funcionaba, a conciliar la teoría de la relatividad con la física cuántica.

»Pero ocurrió que la fatalidad, que desde tiempos remotos se empecina en cruzarse en el camino de los hombres, hizo que Bergson falleciera. Según la Policía, en un accidente automovilístico. Su cuerpo quedó destrozado, no así su cerebro, que se mantuvo indemne. Recibí entonces una llamada telefónica del Gobierno Federal. Usted dirá: la puerta hacia la gloria, el ascenso al Olimpo. Yo también lo hubiera dicho. El Gobierno Federal nos encomendaba una misión *top secret*: terminar cuanto antes nuestro trabajo. Para ello, el Congreso había autorizado una partida extra del Presupuesto. ¿Adivina la intención? Si no, se la digo: en sociedad con el Gobierno de Su Majestad la reina británica, nos encomendaban que lográsemos, lo más rápidamente posible, *clones*de Bergson a partir de las células de su cerebro que pudieron preservarse. Esos *clones*debían completar el trabajo de Bergson. Se ve que era muy celoso de su trabajo (o muy egocéntrico) porque sus ayudantes no tenían los medios para continuar sin él.

»A pesar del secreto, la noticia trascendió en la comunidad científica y todos pusieron el grito en el cielo, *en nombre de la ética*, óigame bien, y en particular los que competían con Bergson en el mismo campo de

investigación, que eran de nacionalidad rusa.

»Fuimos amenazados y acusados de traidores a los sacrosantos principios de la investigación científica. *To be honest*, no les faltaba razón, pero los hombres de ciencia somos más frívolos que lo que se pueda suponer: la partida especial del Congreso no era para despreciar… De modo que resistimos a las presiones y pusimos manos a la obra.

»Pero la fatalidad… ¿Recuerda lo que le dije de ella? ¿Conoce usted el mito de Prometeo?

Asentí a ambas cosas.

—Bien, mejor así —dijo, como si me estuviera amenazando—. En conclusión: el ascenso al Olimpo fue en realidad un descenso al Hades. Culminamos nuestro trabajo. Con indecible esfuerzo, logramos tres *clones*de Bergson.

La ansiedad me carcomía, pero él evidentemente no tenía ningún apuro. Vació finalmente la botella de whisky, lanzó una exclamación de satisfacción luego de eructar cálidamente mientras se golpeaba repetidamente el estómago y comenzaba a descerrajar tétricas carcajadas.

—¿Quiere saber el final? ¿Realmente lo quiere conocer? Usted no imagina lo que ocurrió a continuación. No. No puede ni soñarlo. Resulta que los tres émulos de Adán se abocaron a la teoría inconclusa de su "padre". La expectativa era enorme, pero ellos se tomaron su tiempo y, al parecer, no congeniaban mucho entre sí. Tardaron un año en ofrecer los primeros resultados. Hasta hubo que reforzar la partida del Congreso, mientras arreciaba la campaña "de conciencia" de la comunidad científica de todo el mundo. Yo me hice adicto a los calmantes y mi mujer me dejó por un plomero. "No anda, como tú, metido en semejantes herejías y, además, me escucha cuando hablo", me dijo. Al fin, presentaron al Congreso tres informes, cada uno por separado (eran tan ególatras como el "padre"), todos muy distintos entre sí, pero con *una*coincidencia fundamental.

Hizo un silencio. Lo conminé a que continuara. Me miró fijamente, como divertido. Miró luego al mozo y pidió una nueva botella de whisky. Cuando la dejaron sobre la mesa, de un saque bebió la mitad. Quiso eructar pero no pudo, mientras su abdomen subía y bajaba violentamente. Al fin, dijo:

—Estoy esperando sus carcajadas.

Le pregunté a santo de qué.

—Pero, hombre de Dios, si esto parece un chiste. ¿No lo ve? Ustedes, los periodistas, ¿no tienen imaginación?

Creo que negué vagamente con la cabeza.

—¿Es que no se da cuenta? Los tres, Moe, Larry y Curly, como llamábamos a los *clones*en la intimidad, habían logrado otras tantas extensas, abstrusas, concienzudas pero asimismo *inconclusas*teorías de la física unificada. Aparentemente no podían avanzar más allá. Moe, obviamente el clon de peor genio, se excusó diciendo que se les hacía un "gran blanco" en el cerebro, afirmación que fue corroborada por los otros dos. Fue la ruina.

—Me temo que no comprendo del todo bien —confesé con honestidad. Sólo logré que me mirara con compasión. Tomó entonces un gran trago y preguntó:

—¿Ha oído hablar alguna vez del famoso Principio de incertidumbre, o de indeterminación de Werner Heisenberg?

—Creo haber leído algo alguna vez, pero dudo de que haya siquiera vislumbrado su sentido.

—Voy a evitar darle una clase, para no aburrirlo, pero, básicamente, ese principio postula que no puede predecirse con certeza el movimiento de las partículas subatómicas. Interpone un obstáculo insalvable a la posibilidad de un conocimiento último de la realidad. En una palabra: introduce el azar en el universo. ¿Comprende?

—Creo que sí, pero ¿qué relación tienen las partículas subatómicas con las teorías inconclusas de los clones?

—¿Es que no ve la relación? —preguntó, dedicándome nuevamente una mirada compasiva.

Negué con la cabeza tímidamente, casi avergonzado.

—Es muy simple: Todo, absolutamente *todo*lo que existe, incluidos usted, yo, este whisky de mala muerte —hizo un gesto de asco y volvió a escupir — y el universo entero, se componen de partículas subatómicas. ¿Lo ve ahora?

Mi cara de desconcierto debió de haberle parecido patética, porque noté que empezaba a perder la paciencia.

—Pero, ¡animalito del Señor! ¡El maldito principio de incertidumbre rige toda la maldita Creación! Por tanto, las partículas subatómicas de su cerebro, las del mío y las de todos los genios juntos, participan de esa incertidumbre. Por esa razón, el mismísimo Einstein lo odiaba y pasó treinta años hasta el propio día de su muerte buscando argumentos para rebatirlo. Recuerda usted que el viejo decía: "Dios no juega a los dados".

—Sí, lo recuerdo, y creo recordar también que Niels Bohr, su gran amigo y rival, le contestó que Dios no sólo jugaba a los dados, sino que los tiraba

bien lejos. Pero, si me disculpa, mi mente todavía está a oscuras. A mi entender, el problema se reduce a que Moe, Larry y Curly eran copias exactas del cerebro de Bergson *al momento de su muerte*, cuando todavía no había completado la teoría…

—Ésa es la versión oficial. Prefirieron decir que habían malgastado los dineros públicos en un proyecto de clones fracasados, antes que tener que admitir la verdad: que ni Bergson ni nadie va a alcanzar nunca una teoría que explique todo el universo, simplemente porque el cerebro humano, por mucho que evolucione, nunca va a poder superar esa incertidumbre, ese límite último de la realidad
—hizo un gesto como dándome a entender que la última palabra iba entre comillas—. ¿Entiende ahora?

—Pero, ¿se puede estar seguro de ello?

—No, no podemos estarlo, es también parte de la indeterminación.

—¿Entonces? Lo que usted afirma significa que hay esperanzas.

—Verá usted. Cuando ocurrió el escándalo de los clones y de los millones de dólares de los contribuyentes tirados a la basura, se revisaron nuevamente los papeles de Bergson, unos grandes cuadernos anillados. El tipo había llegado realmente mucho más lejos de lo que sus colegas suponían. Lo que se descubrió fue que no había sido la muerte de Bergson la causa de la interrupción de las investigaciones. De hecho, creía estar muy cerca de lograrlo.

—¿Y entonces qué fue lo que pasó?

—Pues que, luego de innumerables páginas con complicadísimas ecuaciones, éstas se interrumpen abruptamente y aparecen varias fojas con una frase enigmática de puño y letra de Bergson: “No puedo avanzar más, se me produce un gran blanco en la mente”…

—Las mismas palabras de los clones.

—Las mismas. Esa frase se repite unas cuantas veces. Luego sigue, simplemente, una gran cantidad de páginas en blanco donde, cada tanto, reaparece la letanía.

—Ha de haber sido una gran frustración para Bergson —comenté.

—Así es —dijo, agregando—: Y lo de su muerte fue la última gran mentira de este asunto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no hubo tal accidente de tránsito: Bergson se suicidó. No iba a soportar la burla y el escarnio de sus colegas.

La revelación me impactó. No obstante, pregunté:

—En ese caso, no alcanzo a ver cuál es su fracaso. Al fin y al cabo, no es su técnica de clonación lo que falló.

Me miró fijamente, levantó las cejas en señal de fastidio, bebió un largo sorbo, y dijo al fin:

—Ocurrió que, uno tras otro, también Moe, Larry y Curly cometieron suicidio. En eso, los muy idiotas emularon al "padre". Es decir, cumplieron en lo accesorio pero fallaron en lo esencial. *Ésa*fue mi ruina. ¿No le parece un buen chiste, una gran ironía? —exclamó por fin, lanzando otra furiosa carcajada, y comenzando a vaciar, definitivamente, la botella de whisky.

Ricardo Gabriel Zanelli nació en la Argentina en 1962.
Es autor de LA RULETA RUSA DEL TIEMPO (Cuentos), 2004, Editorial Argenta (ISBN 950-887-267-5). Ha publicado varios cuentos y ensayos breves en diarios (La Voz del Interior) y revistas (Revista Cuásar) de Argentina.

Hemos publicado en Axxón: VEINTE AÑOS y EL PORTAL DE LAS MANTÍCORAS

Axxón 210 - septiembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Ciencia Ficción : Leyes físicas : Clonación : Argentina : Argentino).

Acerca de la singular intervención de Faretta en la revista Fierro

por Roberto Lépori



Los géneros populares en los años 80 en la Argentina. Acerca de la singular intervención de Faretta en la revista Fierro. Historietas para sobrevivientes (1984-1991)

“¿Y todo esto por un film-popular-de-terror-de-clase-B?”

Ángel Faretta, “John Carpenter: la torre abolida”.

I

En septiembre de 1984 aparece el primer número de *Fierro*. Esta revista *no* convencional de historietas se propone como un espacio para la puesta al día —después de años de dictadura— de campos artísticos lindantes: el cine y la literatura.[1]Ricardo Piglia es el encargado de prologar una sección —”La Argentina en pedazos”— en la que se ofrecen versiones dibujadas de textos *clásicos* de la literatura argentina. A lo largo de esas páginas introductorias Piglia plantea una lectura desde la perspectiva de los géneros. Se refiere a la serie como a “una historia de la violencia argentina a través de la ficción”, una historia que “debe leerse a contraluz de la historia *verdadera* y como su pesadilla.” La ficción se inicia en la Argentina

con “El matadero” —este relato abre la serie de adaptaciones— al narrar “la misma confrontación [entre civilización y barbarie que *Facundo*], pero de un modo paranoico y alucinante” (”Echeverría y el lugar de la ficción”). En ese breve exordio Piglia no habla de *géneros*, pero caracteriza, sin embargo, a la primera ficción argentina, e incluso a la literatura local, según rasgos genéricos propios del fantástico y del terror: violencia, alucinación, pesadilla, paranoia, el Otro. (Ya en las siguientes introducciones asociará al fantástico el relato “Las puertas del cielo”; al terror, “Cabecita negra”; al gótico, “La gallina degollada”, etc.).

Si bien el tema es mucho más complejo, la aparición a comienzos de los 80 de esa propuesta de *lectura* en una revista de historietas es un síntoma de la dispar y problemática relación que el campo literario argentino mantuvo (y mantiene) con los géneros populares.

Por esa misma época había ámbitos donde la siega era diferente

“…el proyecto de hacer literatura y arte ´populares´ [se refiere a *Pubis angelical*] en el seno de una sociedad estratificada configura en el mejor de los casos una bella ilusión y, en el peor, una soberbia *boutade*…” (María Teresa Gramuglio, “El discreto encanto de Manuel Puig”, *Punto de Vista*, No. 8, 1980).

Dos años antes de lanzar “La Argentina en pedazos”, en 1982, Piglia abandonaba las huestes de *Punto de vista*.

II

En ese contexto editorial aparecen en *Fierro* los artículos de Ángel Faretta sobre cine y literatura. *Espíritu de simetría* es el segundo libro de Faretta publicado por Editorial Djaen (de 2005 es *El concepto del cine*) y reúne 81 de los escritos publicados entre septiembre de 1984 y mayo de 1991. En aquel entonces, como ahora, la lectura de esos artículos provoca perplejidad. Algunos comentaristas acuden al encomio[2]. Otros optan por el desprecio. Quintín —quien para reseñar el libro aclara haber leído sólo el prólogo— sugiere una connivencia entre el crítico y la dictadura a causa de su participación en el periódico *Convicción* (”el diario de Massera”) y remarca el gusto por las frases crípticas y la asistematicidad en las categorías (filosóficas, históricas, artísticas,

etc.) de las que se vale.[3]

Hay en Faretta cierta *ilegibilidad*. Algunas de esas razones parten de una retórica cuasi-escolástica junto con un corpus teórico a contrapelo de cualquier corriente académica actual y conformado por una doxa de corte enciclopédico. A esto se le debería sumar la aventura de postular una*teoría del arte propia* a partir de los géneros populares.

El volumen que compila esos escritos se inicia con un “Prólogo para argentinos” en el que da cuenta de la génesis del libro y del pulido de algunos textos para su publicación, al mismo tiempo que —en un gesto de autocomplacencia inestimable— revisa su propia figura para tomar distancia del carácter de “leyenda o mito”. En ese “Prólogo…”, y como respuesta a la acusación de oscuridad, ensaya una pequeña guía exponiendo los postulados teóricos subyacentes. Su línea directriz pasa por sostener que el cine (de horror, western, policial, musical, etc.) y la literatura (policial o “criminal”) conforman “un omniabarcativo panorama de una poética crítica de la así llamada modernidad”. Esa *teoría* se va desarrollando a lo largo de los escritos.

La *poética crítica de la modernidad* nace de los géneros. El concepto de género —en el sentido de un relato fuertemente codificado en el que se establece un pacto de lectura e interpretación entre autor y lector/espectador— aparece inserto en una teoría del arte.

Faretta hace surgir al cine —un concepto cualitativamente diferente de cinematógrafo— de un imaginario establecido por la literatura. El cine es una consecuencia oblicua del *romanticismo* del s. XIX. Con centro en la obra de Poe, Baudelaire y Rimbaud, el romanticismo instaura la “imaginación” para criticar el predominio de la Razón en el Iluminismo. Esa operación crítica estructural se manifiesta en el interés por *el mal*: “el Romanticismo es la historia de algo que ocultamos”. Poe, por caso, descubre “la contracara, el lado nocturno del progreso sin límites…” de los Estados Unidos [“Poe, Lovecraft y el cine”]. Bajo este influjo, el cine desde sus inicios —y como un eje que atraviesa toda su historia— se interroga sobre *cómo representar el mal* [“El cine y el mal”].

El cine es “americano por excelencia”. Griffith lo funda al separar *argumento* de *puesta en escena*. La puesta en escena activa la funcionalidad discursiva del *fuera de campo* y suprime “la

supercheria positivista" del "perímetro rectangular de la pantalla de proyección, tanto en el sentido de marco fotográfico (Lumière) como en el sentido de extensión del escenario teatral (Meliès)". Con esa operación Griffith deja de lado la pretensión de representar "lo real" que los pioneros (Lumière, Meliès) mantuvieron como herencia del siglo XIX y que Faretta asocia a los intereses de la burguesía liberal ["Apuntes para una (otra) historia del cine", "Guía para perplejos" I-II].

Entre Griffith y 1941 —año del film *Citizen Kane* de Orson Welles— se da "la primera articulación del momento clásico" en el cine durante el cual se codifican los géneros tradicionales. A partir de Welles nace la cinefilia: el cine trata sobre cine. Los géneros son ese espacio simbólico en el que se despliega la cinefilia de los nuevos ["Épocas y obras del cine"]. En Estados Unidos los directores cinéfilos vuelven al origen para indagar la obra de *los padres* (Griffith, Keaton, Lang, Murnau, Ford). Por su parte, los directores europeos (Bertolucci, Wenders, Tavernier) se interrogan en sus filmes sobre ese *mito* origen de las todas las mitologías del cine y de los géneros: Hollywood. ["Bertolucci: inventos criollos y estilos italianos", "Wim Wenders: largo regreso a casa", "*El estado de las cosas*: citadas"].

Esta mirada hacia atrás remite a un concepto central en la *poética crítica de la modernidad*: "el mito". Faretta (vía Mircea Eliade y Georges Dumèzil) sostiene que el mito es un relato sobre el origen y que se manifiesta por medio del rito. El rito en el cine es *la puesta en escena*. A través de ésta se actualiza el mito en "un intento de religar a la atomizada comunidad contemporánea con sus orígenes". La sociedad moderna ha perdido toda posibilidad de trascendencia en su hacer y en su expresarse y, de esta manera, el cine reinstauraría "la revelación del aura en la obra" ["El mito y el cine I - II", "Cine y modernidad"].

Por medio de un particular uso de Benjamín, Faretta desliza de qué manera el cine critica la modernidad (vale recordar que si el cine indaga sobre el mal, modernidad y mal se asocian en Faretta). Griffith y sus continuadores (a los ya citados se suman Erich von Stroheim, Joseph von Sternberg, Hawks, Walsh) operan tomando el cinematógrafo, un útil propio de la modernidad técnico-industrial, como medio sin aceptar sus fines. Se valen del invento técnico, pero no producen objetos en serie destinados al consumo. ["William Friedkin: el bosque invertido"].

La puesta en escena, el *rito* permite —a su vez— recuperar otro aspecto de la experiencia vital que la modernidad ocluyó: la iniciación. En el único lugar donde sobrevive la iniciación es en el espacio fílmico [“Ritos de iniciación en el cine”].

Mito - rito - iniciación: cine y épica. Todo film (perteneciente al *cine*) escenifica un héroe que *busca*. Esto implica una defensa acérrima del cine narrativo. Faretta establece genealogías. Por un lado, Stevenson con su “apología de la trama”, su codificación del western, y su influjo sobre Griffith (y continuadores) y sobre Conrad, Chesterton, Borges, Bioy [“Stevenson: inmutable como el mar”]. Por el otro, Borges quien desde el prólogo a *La invención de Morel* defiende la primacía absoluta de la trama [“El derecho de la trama”]. La presencia central de Borges —y de Bioy— en Faretta se explica a partir de la relación que ambos establecieron con los géneros y con el cine. La lista de escritores argentinos mencionados (o analizados) en los 81 artículos culminaría sin problemas con Rodolfo Walsh (acerca de *Cuento para tahúres y otros relatos policiales*) y Ricardo Piglia (sobre *Prisión perpetua*). Lo mismo sucede con los directores. Las referencias son muy escasas: Carlos H. Christensen (con sus adaptaciones en la década del cincuenta de historias de terror) y Hugo Santiago director de *Invasión*, un film que recorre el fantástico y la ciencia ficción [cf] y cuyo argumento corresponde al tandem Borges - Bioy.[4]

Esta operación de Faretta —pensar a partir de (y no sólo sobre) los géneros tradicionales— tiene como contraindicación su heterodoxa manera de abordar los procesos históricos y los conceptos teóricos. Hollywood con su sistema de “grandes estudios” es el origen de los mitos. Esa mitología se manifestó (en el star system y) en la codificación de los géneros tradicionales. Por medio del cine clásico —y de ciertos directores— se estableció una crítica a la sociedad moderna. Hay un dato central. Los emigrados de Europa del este hacia los Estados Unidos marcaron una impronta decisiva en la conformación del sistema de grandes estudios. Su “fundador”, Zanuck, era húngaro. En la perspectiva de Faretta, ese corrimiento de la vieja Europa hacia la joven América se relaciona con la Gran Guerra *inventada* por el mundo liberal anglosajón para destruir al Imperio austrohúngaro —regido por los Habsburgos— que había podido llevar adelante “una modernidad sin liberalismo”. [“Prólogo para argentinos”]

Tal vez el reclamo de Quintín deba ser atendido. No se advierte un

interés en un ajuste de cuentas con marco teórico alguno. Veamos un caso.

Todo el cine clásico hollywoodense en su codificación de la narrativa que sostiene los géneros cinematográficos se basa en una versión pragmática centrada en el mito, el héroe y su iniciación. ¿No habría, al menos, que preguntarse (para finalmente descartarlo en el peor de los casos) si no existió algún elemento común entre los productores, directores y guionistas eslavos que emigraron hacia los Estados Unidos y los avances de Propp —en consonancia con el formalismo ruso— en las tres primeras décadas del siglo XX? En la práctica, la codificación de los géneros implicó la estandarización de una fórmula narrativa que tendría su correlato teórico en la *Morfología del cuento* y la determinación de rasgos fijos pertenecientes al cuento maravilloso.[5]Además, siguiendo esta línea provisoria de razonamiento, es posible analizar un doble movimiento posterior tampoco considerado por Faretta. Al mismo tiempo que se traducía la obra de los formalistas en Francia (años cincuenta-sesenta), se desarrollaba una renovación de la crítica cinematográfica alrededor de los *Cahiers du cinéma* con eje en la obra de André Bazin y basada en lo que se conoció luego como "política de los autores". (El espacio que tuvo Barthes en los *Cahiers* y la inclusión de "La gran sintagmática" de Christian Metz en *El análisis estructural del relato* junto al propio Barthes, Todorov, Greimas, Bremond son ejemplos de esos cruces). De esa renovación crítica emergerá la *nouvelle vague*. Estos nuevos realizadores orientaron su mirada, en búsqueda de una referencia válida de construcción de un relato específicamente cinematográfico, hacia el cine de Hollywood.

Otro de sus planteos (productivo, por cierto) acerca de la relación existente entre cine e indagación del mal recorre senderos semejantes. Al considerarlo una proyección del fantástico del siglo XIX, Faretta hace del cine un género (ligado al gótico, terror, horror). Y, sin embargo, aunque el cine funcione como un género a través del cual evidenciar y criticar las categorías de la modernidad, eso no lo conduce a una postura posmoderna. Faretta no busca romper las oposiciones binarias de la lógica de la modernidad por medio de los géneros sino oponer a aquella un binomio trascendental "bien versus mal" (de raigambre católica) que el cine se encargaría de recuperar. En un movimiento extraño Faretta es anti-moderno y anti-posmoderno.[6]Conceptos como "camp", "parodia", "pastiche" son

utilizados con un sentido negativo [“Sobre *Viaje insólito*: consideraciones intempestivas”, “Frankenstein representado”].

III

Esta extensa exposición de “la teoría” de Faretta está justificada por tratarse de *algo que sucedió* durante una década, pero que no obtuvo descendencia.

Habría que suponer que —tomando como perspectiva los géneros populares— en la base de ese silencio anida la dicotómica separación dentro del campo literario argentino entre alta cultura y cultura de masas. La academia ningunea a la cultura de masas —excepto en los casos de aquellos ungidos, laureados, santificados por distintos mecanismos—, y la cultura de masas (es decir, la producción asociada a esos parámetros) sufre, emula, intenta su independencia, pero no puede romper la estratificación.

Un peculiar caso de ninguneo desde los dos ámbitos es Puig, justamente un narrador que intentó acortar las distancias entre un polo y otro.

Si dejamos a un lado su compleja relación con la academia que finalmente terminó por consagrarlo, en lo que respecta a Faretta se trata de un silencio aún más evidente teniendo en cuenta el interés de Puig por los géneros populares: el melodrama en *La traición de Rita Hayworth* y en *Boquitas pintadas*; el policial en *The Buenos Aires Affair*; el gótico en *El beso de la mujer araña*; la cf en *Pubis angelical*.[7]

Una razón podría encontrarse en un Puig ligado al posmodernismo y un Faretta asociado con una modernidad-no-laica. Esta incómoda distancia se advierte en la contraposición de los proyectos críticos. Faretta está interesado en marcar la necesidad de repensar la decadencia de la modernidad liberal. Puig busca instalar la discusión sobre la diferencia sexual en Argentina —centrado en sus señalamientos acerca del *error argentino*: “error sexual, error político”— y de esa manera desarmar la norma heterosexual y posmodernizar el campo literario borrando la separación alto/bajo. Como arguye Huyssen, al haber sido asociado (desde una perspectiva masculinista) el desprecio por la cultura de masas con lo femenino en tanto inferior, revisar un ámbito conlleva modificar el otro [8].

Sin embargo, y esto hace más extraño el silencio del crítico, existe una evidente coincidencia entre el *proyecto Puig* y su refuncionalización de los géneros populares y la *poética crítica de la modernidad* de Faretta

Puig y Faretta entienden el cine en términos semejantes. El cine es Hollywood. Hollywood produce mitos basándose en el star system (los actores) y en los géneros (los estudios). Por ejemplo, los epígrafes de cada uno de los 16 capítulos de *The Buenos Aires Affair* sólo indican el nombre de la protagonista y el de los estudios. No hay referencias ni al título ni al director.[9]

Pero Faretta y Puig mantienen una afinidad más inquietante aún. Ambos consideran al cine como una herramienta crítica. En *El beso*… Molina utiliza el cine de género (el terror clase B con los films de Jacques Tourneur *Cat People* y *I walked with a zombie*, la película de espías, el melodrama, el musical, la de deportes, el film de *gangsters*, etc.[10]) como un instrumento intelectual para ampliar la concepción del mundo del —al principio— inconmovible revolucionario marxista. Aquello que para Valentín es la causa de la alienación (*la basura yanqui imperialista*) para Molina es el medio para reconfigurar los parámetros sociales y culturales. (Aún hoy en día el intelectual promedio argentino mantiene su atildada desconfianza ante la cultura de masas como si la interpretación de Valentín fuera la correcta. Tal vez sería bueno recordar el esfuerzo de Fredric Jameson —*The Political Unconscious* (1981) [11]— para articular marxismo y géneros populares. La ideología refugiada en la cultura de masas, sostiene Jameson, tiene dos caras como una moneda: de un lado, aparece su efecto paralizante, alienante; del otro, los rasgos utópicos que orientan toda *praxis* social. Es más, a partir de Jameson se podría repensar de qué manera funciona el mito en la construcción de identidades sociales, otro punto de contacto —polémico, esquivo— entre Puig y Faretta.)



Se está todo el tiempo frente a una serie de cruces, de silencios, de superposiciones, de paralelismos que deben ser revisados. La disputa en torno de los géneros populares son el ámbito más adecuado para detectar que la gran división entre alta cultura y cultura de masas propia del modernismo —y eventualmente superada con el posmodernismo— se mantiene en la Argentina post-dictadura. Es difícil saber si tal separación implica una grieta o un abismo. En todo caso, hubo y hay idas y vueltas, transferencias y contrabandos, túneles y pasajes ciegos hacia ambos lados del terreno.

Un último aspecto a tener en cuenta. Entre fines de los 70 y comienzos de los 80, la cf muestra un reverdecer en la literatura argentina. En 1979 Puig publica *Pubis angelical*. Esta novela continúa el proyecto de las novelas precedentes del autor de atacar las estructuras jerárquicas (sociales, sexuales, políticas, etc.) que determinan la vida cotidiana. En 1982, año de su abandono de *Punto de vista*, Piglia comienza a escribir *La ciudad ausente*, editada diez años después. Su traslado a *Fierro*, una publicación para *sobrevivientes* (de la dictadura, se entiende) que buscó su ascendencia en un clásico de la cf argentina, *El eternauta*, no debería ser tomado como casual. Tampoco lo es que en las páginas de esa revista Faretta (Gandolfo en las de *Sinergia*, otro fanzine de cf de la época 12) se aborden filmes como *Alien* de Ridley Scott (1979) y *Aliens* de James Cameron (1986), ambos de cf, desde perspectivas proto-feministas. Una vez más, cuando aún la academia ni soñaba por estos lados con ponerse al día con discusiones teóricas ancladas en el feminismo, Puig y Faretta coincidían en la disidencia.

Modernismo y posmodernismo, alta cultura y cultura de masas,

géneros populares y géneros sexuales, diferencia sexual, rol de la mujer, el Otro (y la cf, por ende), toda esta larga serie necesita ser revisada a la luz de todo aquello que sucedía en los bordes de los campos canónicos de lucha.

Roberto Lépori (Prof. en Letras — UNLP / Guionista ENERC)

NOTAS

NOTA 1: Ángel Faretta, *Espíritu de simetría: escritos de Faretta en Fierro 1984 - 1991* - Bs. As, Djaen, 2007. VOLVER

NOTA 2: Pablo De Santis, *La historieta en la edad de la razón*, Bs. As., Paidós, 1997. VOLVER

NOTA 3: Rafael Cippolini, "Ver o perecer. Ángel Faretta y su Espíritu de simetría", Revista Ñ, 03-01-09. VOLVER

NOTA 4: "Preferiría no hacerlo (sobre el nuevo libro de Ángel Faretta)", www.otroscines.com/columnistas. El elegido de Quintín dentro de la crítica cinematográfica es Rodrigo Tarruella -compañero de Faretta en *Convicción* y en *Fierro*. En su prólogo al libro que compila la tarea crítica de Tarruella, Quintín -en un veloz giro- dice de aquel periódico que era "un oasis hoy impensable de libertad, de desparpajo y de confianza en el arte". VOLVER

NOTA 5: Se puede agregar a Edgardo Cozarinsky en una reseña sobre su libro *Borges en/ y/sobre el cine*. VOLVER

NOTA 6: El interés de los formalistas rusos por el cine es evidente y no sólo a nivel teórico (*Poetica Kino* es de 1927): Tynyanov aparece como guionista de *Shinel* (1926), film basado en *El capote* de Gogol. VOLVER

NOTA 7: Piglia, quien como narrador comparte un proyecto en consonancia en ciertos aspectos con el de Puig, incluyó en la "La Argentina en pedazos" la adaptación de un fragmento de *Boquitas pintadas*: el asesinato de Pancho en el jardín de los Sáenz. Como puede advertirse, Piglia *lee* a Puig mediante el policial. VOLVER

NOTA 8: Huyssen, Andreas (2006) [1986] *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Adriana Hidalgo, BsAs. VOLVER

NOTA 9: En esa misma novela sólo uno de los 16 epígrafes remite al un director argentino: Christensen. En los 81 artículos compilados, Faretta nombra a dos directores locales, Santiago y el de la cita de Puig. VOLVER

NOTA 10: Otros elementos, para dar una idea de la funcionalidad en Puig de los géneros populares, son el *beso* como una explícita referencia a la vampírica relación entre Valentín y Molina, el espacio claustrofóbico, la cárcel como escenario, Valentín abusador de menores (un antecedente paradigmático del tópico pederasta / monstruo es el film de 1931 de Fritz Lang, *M, el vampiro de Dusseldorf*). VOLVER

NOTA 11: En castellano, Jameson, Fredric (1989) *Documentos de cultura. Documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid, Visor.VOLVER

NOTA 12: Por esa época, una publicación de cf —*El Péndulo* (revista-libro que luego publicaría un adelanto de La ciudad ausente)— resultaba un contexto amigable para una narradora como Úrsula Le Guin. VOLVER

Frankenstein y su novia: El engolosinamiento con el horror

Adam Gai

Frankenstein y su novia: El engolosinamiento con el horror

AxxónCINE

Sección de Silvia Angiola

FRANKENSTEIN

Dirección:
James Whale

País:
EEUU

Año: 1931

Duración: 71 minutos

Género:
Ciencia ficción, Horror

Intérpretes:
Colin Clive, Boris Karloff, Mae Clarke, Edward Van Sloan

Guión:
John Balderston, Edward Farago, Garret Fort, et al

Producción:
Carl Laemmle Jr.

LA NOVIA DE

FRANKENSTEIN

Dirección:
James Whale

País:
EEUU

Año: 1935

Duración: 75 minutos

Género:
Ciencia ficción, Horror

Intérpretes:
Colin Clive, Boris Karloff, Ernest Thesiger, Valerie Hobson, Elsa Manchester

Guión:
William Hurlbut

Producción:
Carl Laemmle Jr.





Frankenstein, del director James Whale, es un modelo perdurable de película de horror que ha engendrado un sinfín de variaciones, imitaciones y parodias desde la fecha de su estreno en Estados Unidos, en noviembre del año 1931[1]. Este tipo de películas tuvo una difusión enorme, pero hoy la situación ha cambiado dada la menor concurrencia del público a las salas de cine y dada la competencia de otros medios de producción del horror, como ciertos juegos electrónicos o las exhibiciones diarias, en la televisión y en sitios digitales, de noticieros sobre actos de violencia masiva, atentados terroristas, etc., que pueden penetrar, junto con los cataclismos naturales, en el hogar de los espectadores más protegidos. Versión de una de las adaptaciones teatrales libres de la novela homónima de Mary Shelley (1818), el film no pretende ser fiel a la fuente pero,

en cambio, es un fiel reflejo del espíritu de la época en la que fue concebido. Una de las razones de su éxito fue su capacidad de provocar catarsis y embeleco, simultáneamente.

En los primeros años de la década del treinta la mayoría de los países del mundo estaba sufriendo, juntamente con los Estados Unidos, las consecuencias de la caída de la Bolsa en Wall Street, con su secuela de paralización económica, desempleo, odio al extranjero y reforzamiento del totalitarismo, que llega al cenit con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. En aquellos años la visita al cinematógrafo se había convertido en una de las distracciones baratas de la población norteamericana que encontraba, en la oscuridad de la sala, una escapatoria a su impotencia frente a la crisis mediante su ficcionalización y la proyección de las desgracias sobre chivos emisarios. Las películas de horror abundaban y estudios como *Universal Pictures*se especializaron en el género, que atraía profundamente a un público ávido de emociones ficticias y sin riesgos.

Frankenstein, Drácula y otros engendros eran fáciles de asimilar porque se los caracterizaba como criaturas extrañas, provenientes de los sitios supuestamente tenebrosos de una Europa imaginariamente lejana. Las encarnaciones del mal correspondían a personajes de extracción foránea, como lo eran, significativamente, los numerosos inmigrantes con los que se compartían el yugo de la desocupación y las butacas del cine.

Era común en los *thrillers*de la época que el villano proviniese de un país considerado exótico (el chino Fu Manchú es un ejemplo), pero este cliché tiene una tradición de siglos en obras de distintos géneros, verbigracia, el Polifemo de la Odisea, el judío de Malta o el Tamerlán de las piezas teatrales de Marlowe, y en la dramaturgia española, el salvaje Segismundo de *La vida es sueño*, heredero del trono de Polonia. La monstruosidad y satanismo de la "extranjeridad" se manifiestan también en el orangután de *Los crímenes de la RueMorgue* de Poe, cuyas exclamaciones guturales son consideradas por los personajes que ofician de testigos en el cuento como pertenecientes a alguien, supuestamente un ser humano, que no habla el idioma de cada uno de ellos.[2]

Los rasgos de extranjeridad no dejan de ser considerados como negativos, aun si sus portadores poseen un título de nobleza (conde Drácula, barón Frankenstein). Los que no han visto la película y los que sí lo hicieron acostumbran a designar al "monstruo" (Boris Karloff) con el nombre Frankenstein, cuando rigurosamente, el nombre correspondería a su "creador", el científico insensato Henry Frankenstein. Pero esta supuesta confusión oculta una verdad

porque el monstruo no es sino un doble del que le dio la vida. Carece aparentemente de nombre, pero en la secuela *La novia de Frankenstein* ya el doctor Pretorius le adjudica explícitamente el nombre de su creador. A la criatura se le va a hacer asumir físicamente la monstruosidad moral de su creador, quien, por el contrario tiene la figura de un hombre "normal".

Según las investigaciones de Henry, el científico, se podía crear un ser humano a partir de la galvanización de un cuerpo compuesto por partes extraídas de distintos cadáveres, al que se le insertaba un cerebro de otro. Gracias al bien equipado laboratorio del protagonista y a un rayo poderoso, el cuerpo construido como un collage cobra vida. Resulta irónico que sea la electrocución el procedimiento utilizado cuando en la realidad circundante del espectador de la época, especialmente el de Estados Unidos, se usaba la silla eléctrica para ejecutar a los condenados a la pena capital. El espectador estadounidense de los años 30, y no sólo él, no podía haberse olvidado de que los anarquistas Sacco y Vanzetti fueron electrocutados en 1927[3], pero parecía hacerlo en la oscuridad de las salas de cine.[4]

El ser al que se ha dado vida en plena tormenta mediante una descarga voltaica enorme y un rayo poderoso ha sido provisto de un cerebro anormal, el de un delincuente. El doctor Waldman (Edward Van Sloan), en la escena de la lección académica, expone sin nombrarla una hipótesis semejante a la del investigador italiano Lombroso[5] según la cual el estudio de la configuración del cerebro de un ser humano permite dar cuenta de su personalidad y conducta. Se puede distinguir a un criminal del que no lo es por el tipo de constitución craneana. La creación de Henry ha recibido, por imperio de las circunstancias, el cerebro de un asesino que Fritz, el ayudante jorobado del creador, ha robado de la escuela universitaria de Medicina después de haber dejado caer accidentalmente el frasco que contenía un cerebro "normal". Resulta así que la maldad (o la bondad) de un ser humano depende de la estructura de su cerebro y es innata. Sin embargo, la monstruosidad se presenta, algunas veces, como menos unívoca y más compartida. Henry no vacila en robar cuerpos de los cementerios y en la secuela de 1935, en aceptar, sin mayores remordimientos, el asesinato de una mujer inocente para que se use el cerebro como parte de la confección de la novia de su criatura. El científico ha asumido la idea de que la vida se puede construir a través de la manipulación de cadáveres, lo que, implícitamente, parece justificar la práctica de la violencia y del asesinato.

Los procedimientos "científicos" empleados en la fabricación del

monstruo no tienen ninguna base racional pero su carácter fantástico no es cuestionado en la película: sólo se critica su carácter sacrílego, obedeciéndose así a un imperativo moral ancestral. Henry se ha atrevido a asumir una labor que sólo la divinidad está autorizada a ejercer. Un ser humano que pretende competir con Dios comete un delito.[6] El saber, que en esta historia no es más que un saber enloquecido, es considerado fuente del mal. La empresa asumida por Henry y su soberbia lo igualan al demonio pero las muestras de arrepentimiento serán suficientes para reintegrarlo a la sociedad y a su normalidad. Su perversión parece sólo encarnada en su doble, la criatura que ha producido.

Este doble, sin embargo, revela en algunos momentos ciertos rasgos de sensibilidad que parecen desvirtuar la proclamada distinción tajante entre normal y anormal, monstruo y no monstruo. Huyendo de sus perseguidores se topa con María, la niña a la que el padre ha dejado sola mientras va a revisar unas trampas. La niña parece asustarse pero inmediatamente, sosteniendo un ramo de margaritas, invita al desconocido a jugar con ella. Le da la mano como una novia con su ramillete lo haría con su prometido y la pareja, enfocada de atrás por la cámara, se acerca al borde del agua, como si estuviera marchando hacia el altar. La niña da parte de las flores al desconocido y arroja las suyas, una a una, al lago. El monstruo, que simpatiza con la niña, acepta el juego, pero cuando ya no quedan flores, viendo sus manos vacías, alza a la niña y la arroja al agua como si fuera una flor, pese a los gritos de la víctima. Cuando comprueba que la ha ahogado parece horrorizado.[7] Aparentemente, es su ignorancia la que lo lleva al delito.

En varias escenas se ilustran comportamientos análogos del monstruo y su doble, por ejemplo cuando Elizabeth (Mae Clarke), vestida de novia para la boda inminente, ha sido encerrada por Henry en una habitación, con el dudoso propósito de protegerla, separándola así de los invitados que podrían haber sido sus defensores en caso de peligro. El monstruo entra por la ventana mientras que la muchacha angustiada se pasea por la habitación arrastrando la larga cola de su vestido y portando un tocado también de exagerado tamaño (el traje de novia ocupa en algunas de las tomas todo el ancho del cuadro, transmitiendo al espectador una impresión de una figura siniestra, ataviada con un telaraña blanca).[8] Elizabeth coge el ramillete nupcial poco antes de ser atacada. Su gesto recuerda a la niña del lago con su ramo de margaritas. Sus gritos, que atraen finalmente al novio, la salvan de la muerte. Henry y su doble han actuado, ambos, violentamente, el primero encerrándola, el segundo, agrediéndola. Inconscientemente,

uno ha preparado la maniobra del otro. Nupcialidad y crimen parecen complementarse.

Henry y su doble comparten también algunos gestos muy significativos. Un movimiento de la mano es señal de que el muerto cobra vida (es el caso de Frankenstein, el monstruo). Por otra parte, en *La novia de Frankenstein*la primera señal de que Henry no ha muerto, después de haber sido arrojado del molino, es también un movimiento similar de su mano, después de que lo han trasladado inerte a su casa. En la primera película, Henry es el que grita "It's alive, it´s alive" al ver que el monstruo da señales de vida moviendo la mano. En la segunda película Elizabeth (interpretada por Valerie Hobson) grita: "He is alive, he is alive" cuando, moviendo la mano, Henry da señales de vida.

El monstruo parece adoptar la ideología de los "normales" cuando en *La novia de Frankenstein* ve reflejado su rostro en el agua y, encolerizado, trata de borrar la imagen revolviendo el agua con las manos. No puede soportar su mala imagen, como tampoco lo hará su compañera prefabricada que, al verlo, lo rechazará horrorizada, sin tener conciencia de su propia fealdad. Los dos engendros adoptan los prejuicios de sus opresores.

El aspecto físico se corresponde fatalmente con la conducta moral. Fealdad y maldad van juntas. El aspecto del monstruo se subordina a la hipótesis de Lombroso. En el rostro se resaltan las cicatrices de la operación que le dio vida y en el cuello se observan los electrodos que permiten conectarlo a lo que se denomina "difusor cósmico" (en forma análoga es caracterizada la novia prefabricada). El monstruo posee una cabeza rectangular y chata, sus ojos están hundidos, sus párpados hinchados.[9] La dimensión monstruosa se intensifica con la proyección sobre las paredes de su sombra agigantada, por su andar de autómata y por sus gruñidos. En la primera película no habla y sólo en la secuela pronuncia algunas frases.

El clima de horror es experimentado por el público gracias, también, a los recursos escenográficos y los movimientos de la cámara. La atmósfera de pesadilla, especialmente en las escenas del castillo y dentro del laboratorio, se consigue mediante los enfoques oblicuos y la profusión de decorados de cartón piedra que no ocultan su artificialidad y que parecen estar a punto de venirse abajo. Los juegos de luz y sombra que dificultan a veces la visión nítida de lo que ocurre y los movimientos nerviosos de la cámara en una misma escena, coadyuvan a crear un ámbito que despierta inquietud y desconfianza.

La visita frecuente a las oscuras salas de espectáculos en que se

exhiben películas de este género le permite a su público embarcarse en un renovado pero inconsciente viaje por las tinieblas que no quiere reconocer a la luz del día. En la oscuridad el espectador se acerca, sin dejar de estar protegido, a los peligros que acechan a los personajes de la pantalla. La identificación con la ficción, el voluntario entrecerrar de los ojos ante una escena de horror, se acaban obviamente con el encendido de las luces. El público quema así a sus propios monstruos como la gente del pueblo cree hacerlo con el monstruo al incendiar el molino en que éste se ha refugiado, arrastrando a su doble. La multitud usa los procedimientos de linchamiento característicos de organizaciones como el Ku Klux Klan (las aspas del molino incendiado toman la figura de una gran cruz ardiente, uno de los símbolos de dicha organización xenófoba, muy activa en los Estados Unidos en la época de la presentación de la película). Pretenden vengarse del "monstruo" porque creen que ha matado intencionalmente a la niña, a pesar de que no habido ningún testigo del incidente fuera del involuntario victimario, y van a obrar como si poseyeran el conocimiento que sí tiene el espectador, que ha seguido desde la sala toda la intriga. No es casual que el punto de vista de los personajes de la película sea, básicamente, el de los espectadores de ella. La ruptura del sentido común en la configuración del punto de vista posee un efectivo valor emocional. La multitud en la película refleja los prejuicios y raptos de violencia de sus virtuales espectadores, creándose así una fuerte complicidad entre las partes.

La serie de películas sobre Frankenstein y familia están sujetas a la ideología del poder reinante y sus espectadores, a la exigencia de docilidad. Las convenciones de Hollywood *arealive, are alive* en este tipo de películas y la prolífica sucesión de secuelas, más que proveer nuevos sentidos, va a contribuir a prolongar los recursos de la mistificación. El proceso de "galvanización" del laboratorio parece ser trasladado a la sala de cine, donde muchos espectadores acaban por sentirse como electrocutados por la "difusión cósmica" de un mensaje que se reitera. Es conocida la anécdota sobre la reacción de los radio escuchas ante una emisión especial, sin aviso previo, de un episodio de la versión radiofónica que hizo Orson Welles en 1938 de *La guerra de los mundos*, de otro Wells. No había sido intención del director producir pánico e incitar a los oyentes a tirarse por la ventana, como ocurrió realmente por el vívido temor a una invasión. Es que el público había sido ya preparado para la paranoia, no por Orson Welles, sino por la política vigente en el entorno y un acto inesperado era percibido como manifestación clara de desastres vaticinados. Para el público, el horror proviene de afuera y no de sí mismo. Por tal razón puede temerlo y gozarlo.

NOTAS:

NOTA 1: Del mismo año y un poco anteriores, son Drácula de Tod Browning y, en Alemania, M (el Vampiro) de Fritz Lang.VOLVER

NOTA 2: n el cuento de Poe, el testigo holandés dice que la voz áspera corresponde a un francés, el inglés sostiene que es la voz de un alemán, el español cree que es un inglés, el italiano, cree que es la voz de un ruso… Por otra parte, y tal vez no sea una casualidad, en las películas que analizamos, Frankenstein, el científico, fue interpretado por Colin Clive, un inglés nacido en Francia, y el monstruo por el inglés William Henry Pratt, que adoptó como seudónimo artístico el exótico nombre de Boris Karloff, muy apropiado para un actor que, desde esta película en adelante, no podrá desembarazarse de las características del personaje que representó en ella.VOLVER

NOTA 3: El uso de la silla eléctrica que se inició en 1890 siguió vigente hasta 2004.VOLVER

NOTA 4: En la oscuridad seductora del cine hasta el inmigrante espectador está dispuesto a rendirse a los mensajes de la xenofobia.VOLVER

NOTA 5: Cesare Lombroso (1835-1909), criminalista, antropólogo y cirujano del ejército, sostenía que se podía reconocer a un criminal por su fisonomía.VOLVER

NOTA 6: La parte en que Henry se atribuye una cualidad divina, exclamando “¡Now I know what it feels like to be God!” fue suprimida por la censura y durante años la versión completa de la película no pudo ser exhibida.VOLVER

NOTA 7: Mayor sensibilidad demuestra en La novia de Frankenstein cuando salva a una pastora, o cuando traba amistad con el ermitaño ciego y sobre todo cuando, en el desenlace, ordena a Henry y a Elizabeth que escapen antes de que él se destruya juntamente con su novia prefabricada y el satánico doctor Pretorius.VOLVER

NOTA 8: El atuendo parecería adecuado para quien va a casarse con Frankenstein.VOLVER

NOTA 9: El maquillaje de Karloff fue realizado por el especialista Jack Pierce y sirvió de modelo para la creación de monstruos de cine posteriores.VOLVER

Adam Gai nació en Argentina y vive en Israel. Es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Letras por la Universidad Hebrea de Jerusalén. Fue catedrático de literatura española y latinoamericana en la Universidad de Tel Aviv y en la de Jerusalén. Ha publicado, entre otros, artículos sobre la narrativa de Anderson Imbert, Bianco, Bioy Casares, Borges, Carpentier, Cervantes Cortázar y Piñera.

Cuentos suyos han aparecido en diversas revistas digitales y en las antologías *Grageas* (Ediciones Desde la Gente, Buenos Aires, 2007), *La monstrua: Narraciones de lonnombrable* (Vavelia, México, 2008) y *Otras miradas* (Ediciones Desde la Gente, Buenos Aires 2008). Sus comentarios y artículos sobre cine pueden leerse en las revistas electrónicas filmsdefrance.com, y cinecritic.biz.

Cartas axxónicas

Septiembre de 2010

 **INTERNACIONAL**

Carta a una muchacha de 21 años

Querida mía, tienes la edad exacta para lanzarte a las aventuras más descabelladas. La libertad implica peligro, vértigo, riesgo, responsabilidad y por sobre todo lo demás soledad. Ya nadie vendrá a arroparte durante la noche, porque sería inadecuado a tu nuevo estado de adultez. Tú comenzarás a sentir que los pasos que das no tienen el eco anterior, porque las paredes que te cercaban ya no existen.

No tengas temor, porque el temor atenaza las piernas; no tengas rencor, porque nadie tiene la culpa del paso del tiempo.

Párate en el mejor escalón de tu historia y reflexiona, como una atleta condensa su potencia antes de dar el gran salto. Porque yo seguiré mirándote para ver hasta dónde llegas; es el comienzo de tu nueva vida y deseo ver que sea mejor que la que has vivido.

Feliz cumpleaños, querida Axxón.

Te besa con cariño, Gra

Gracias, Gra. Muy linda la carta. Espero que despíerte muchos comentarios para esta sección

Eduardo J. Carletti

Historieta Perla Líquida, Capítulo I

María José Mejía Echeverría

Presentamos "Perla Líquida, Capítulo I", de María José Mejía Echeverría.

En 1977 un grupo de personas decide sumergirse en el agua para vivir allí. En principio, deben utilizar aparatosos e incómodos trajes, pues su piel aún no se adapta al permanente contacto con el agua.

Diversos experimentos los conducen a reducir estos aparatosos trajes a sencillos cascos. Posteriormente, descubren que pueden, incluso, prescindir de estos cascos y se adaptan a respirar bajo el agua.

A pesar de las demostraciones, no todos logran hacerlo. Quienes no, deben ir a unos tanques para llenar los cascos de oxígeno cuando la señal lo indica.

Maria José Mejía Echeverría es colombiana, vive en Medellín y es Directora de la Fundación Manuel Mejía Vallejo (su padre, un reconocidísimo poeta colombiano).

Perla Líquida en Facebook: [image]

Amplíe cada imagen con un clic sobre la figura












After Eight

PIELROJA













3
4






13










Ulalume

Jorge Villarruel

**MÉXICO**

The skies they were ashen and sober; / The leaves they were crisped and sere

The leaves they were withering and sere; / It was night in the lonesome October

Of my most immemorial year:

It was hard by the dim lake of Auber , / In the misty mid region of Weir:

It was down by the dank tarn of Auber, / In the ghoul-haunted woodland of Weir

—Edgar Poe; Ulalume

Después de abandonar Francia, México era el único lugar para el doctor LeDantec, pero no el México ruidoso, atestado de personas, corrupto e indiferente. Si eso hubiera buscado, se habría quedado en París. LeDantec quería naturaleza, calor, aislamiento, por ello pronto abandonó la Capital y se instaló en Chiapas. Construyó una casa en alguna región selvática, lo más lejos posible del bullicio de los zapatistas y de los antropólogos y sociólogos que juegan a la ciencia.

Era una casa sencilla, de un solo nivel, adecuada para continuar con su trabajo. LeDantec era lo que llamaríamos un profesional *Psi*, especializado

en los sueños y sus trastornos, pero siempre había coqueteado con la psicología experimental y el *behavorismo* norteamericanos, sectores en los que profundizó de tal modo que ello le bastó para ser expulsado del Círculo Internacional de Psicoanálisis.

Alrededor de su trabajo se habló de maltrato a los internos de una pensión de psicopatologías y del mal uso de las instalaciones del Círculo. Aunque no se le comprobó ninguna de las acusaciones que pesaban sobre él, sus colegas aseguraban a viva voz que las manos de LeDantec estaban teñidas de sangre imaginaria, simbólica y, aunque sólo se susurraba por los corredores a media luz, de sangre real. Y LeDantec, pese a su experiencia, no consiguió evitar volverse algo paranoico, "saludablemente paranoico", según su propia expresión, y comenzó a rehuir el contacto con sus colegas primero, y pronto de la mayoría de las personas. Empezaba a creer que todos representaban una posible amenaza, esperando a arrebatarle lo que tenía, como lo hicieron primeramente con su trabajo. Pero en la selva estaría a salvo.

Al principio, salía muy poco, y no se alejaba de su casa, excepto para conseguir víveres, pero cuando se habituó a su aislamiento, comenzó a explorar los alrededores, y sus incursiones lo llevaban más lejos cada vez.

En aquella ocasión en especial, ya era tarde para volver a su casa, y decidió acampar ahí, pero antes caminaría una hora más, y así lo habría hecho sin duda, de no ser por su descubrimiento.

Entre la maleza observó unos surcos, como un camino viejo y poco utilizado, camino que recorrió para llegar poco después a una ciudad a todas luces antiquísima, y no del todo derruida. "Una ciudad azteca", pensó él, no muy docto en el tema de las civilizaciones prehispánicas. Para LeDantec, no había diferencia entre incas, mayas y aztecas.

Había un templo y una pirámide pequeña, probablemente una tumba, y varias casas, todas ellas talladas directamente en la cantera. Parecía un buen lugar para acampar, y, por supuesto, para explorar. Comenzó los preparativos para pasar la noche allí, y cuando la luz del día se extinguió, ya tenía un buen lecho y un agradable fuego.

El fuego producía sombras gigantescas y nebulosas sobre las paredes blancas de las casas, y sobre los escalones de la pirámide. El crepitar de la llama se mezclaba con el ulular del viento entre las hojas, mismo que hacia la medianoche arreció de tal modo que el fuego de LeDantec palideció y por poco se apaga.

Algo como un lamento estremeció al doctor; parecía el llanto de una mujer, que provenía de sus espaldas, del templo mismo. Atemorizado, tomó una de

las maderas encendidas y se encaminó hacia él. Temblando de frío, se apresuró, sin pasar por alto ni el horrible color amarillo que adquirían las paredes al pasar cerca de ellas con la antorcha, ni el aroma a hierba putrefacta que despedían las casas. El lamento no se volvió a escuchar durante el recorrido del doctor, pero cuando llegó al templo, junto a una gran ráfaga de viento helado, se dejó escuchar nuevamente, mucho más elevado y violento que antes, sólo que esta vez el doctor no se estremeció, al menos no tanto, al darse cuenta de que era sólo el viento que penetraba los recovecos del lugar, haciendo eco en las añejas estructuras. Ya se alejaba, sin darse vuelta, sin poder apartar su mirada del pórtico, como si temiera que el templo cobrara vida y lo atacara por la espalda como una fiera, una bestia salvaje. Fue entonces cuando vio algo moverse dentro. Era una sombra, alta y oscura, y se acercaba; pudo ver un par de ojos luminosos observándolo. Se quedó inmóvil, y aguardó a que la aparición se consumara: esperaba encontrarse frente al espectro de algún sacerdote mexicano antiguo, con su cuchillo de obsidiana, dispuesto a sacarle el corazón y ofrecerlo como sacrificio para que la noche terminara, idea con toda probabilidad adquirida de alguna de las revistas baratas que acostumbraba leer cuando residía en París, revistas cuyas historias le parecían vergonzosas y ridículas, incluso en su ignorancia, pero estando de pie ante una aparición del pasado antiguo estaba dispuesto a darles todo el crédito que les había negado.

Bajó la antorcha y la acercó a su rostro por un momento, antes de que siguiera su camino hacia el suelo, donde reposó sin apagarse. No necesitaba la antorcha para ver, la luna acababa de asomar de entre las nubes, que habían sido arrancadas de su sueño ominoso por una corriente de viento que se dejaba sentir incluso allí abajo. Se preparó mentalmente para recibir la visita espectral, pero no estaba preparado en absoluto para lo que apareció en el portal del templo: una mujer de rasgos típicamente mexicanos, los bellos, admirables rasgos de antes de la Conquista: morena, alta, esbelta, de ojos y cabellera negros; era indudablemente hermosa.

—Disculpe si no soy amable —le dijo ella, con una voz que era como un arroyo de aguas diáfanas—, no es común ver a alguien por estos lugares, y mucho menos a tan altas horas de la noche. Si no le molesta, me gustaría que me dijera quién es usted y qué hace en mis tierras.

LeDantec no estaba seguro de qué hacer; se debatía entre responder, presentarse o salir huyendo, y su desconcierto no le permitió tomar decisión alguna al respecto, y sólo se quedó de pie en silencio, contemplando la maravilla que se levantaba orgullosa ante él.

—Señor, le estoy hablando, ¿no me entiende? ¿No habla usted español?

Al fin reaccionó:

—¡Oh! Lo siento, no sabía que éstas eran sus tierras. Yo sólo… yo estaba explorando, encontré un camino y lo seguí hasta aquí; creí que todo este lugar estaba deshabitado.

—Lo estaba —respondió ella—. Antes. Pero ya no es así.

Salió del portal por completo, y se acercó a LeDantec; vestía las mismas ropas que cualquier persona de la ciudad, lo cual de cierto conservador modo lo tranquilizó. Llevaba un cuaderno en la mano, con un bolígrafo atorado en su espiral. Al estar frente a él, se dieron la mano en saludo.

—Mi nombre es Ulalume, y perdóneme por mi brusquedad, pero no es muy común que la gente de la ciudad venga aquí.

LeDantec se presentó, y le explicó que tenía una casa en la selva, y que había abandonado la vida de la ciudad, en busca de un lugar para sí mismo, donde no fuera molestado.

—Entonces ambos nos parecemos mucho; los dos somos refugiados.

—¿Disculpe? No la comprendo.

—Yo también vine a este lugar para estar sola, alejada del mundo actual, y poder escribir sin interrupciones —y le ofreció una sonrisa.

Siguieron conversando un tiempo, y LeDantec supo que Ulalume era novelista y que había conocido esa vieja ciudad en la infancia, cuando fue llevada allí por sus padres, oriundos de Chiapas, al educarla en la historia de su país y en las raíces de su propia cultura. Ya llevaba allí cerca de dos años y estaba por terminar su tercer libro desde que se mudara a su nueva casa, el templo.

Cuando el amanecer estaba próximo, apenas en las orillas del mundo, Ulalume le ofreció un agradable desayuno de frutas exóticas y sabores coloridos. No se parecía a nada que hubiera probado en ninguna parte. Eso realmente era lo más parecido al paraíso en la Tierra.

Después de intercambiar algunas observaciones sobre la belleza del lugar, y un par de comentarios sobre sus respectivos trabajos, se despidieron, y LeDantec volvió a su casa.

Durante varios días le rondó por la cabeza la idea de volver a encontrarse con Ulalume. Había quedado impresionado por la rara belleza y la aguda inteligencia de la mujer; tan diferente de las ignorantes indias de los pasquines que compraba en el viejo París. Al fin, al sexto día, se decidió a regresar.

Preparó lo necesario y se adentró en la selva, siguiendo el camino

memorizado y tantas veces ensayado en sus pensamientos. El día era brillante, con mucho sol y humedad, pero la tierra parecía enferma y estéril, las flores que hacía unos días resplandecían en colores magníficos, estaban marchitas; por primera vez notó que muchos de los árboles estaban secos y retorcidos, y que las alimañas invadían las plantas, matándolas rápidamente. Por un instante, tuvo la descabellada idea de comprar insecticida, pero se burló de sí mismo ante tal pensamiento. Únicamente era el ingreso de otoño, nada más.

Tras dar algunas vueltas por aquí y por allá, dio con el viejo camino de surcos que lo llevaría a la ciudad de Ulalume, y se apresuró, no sin quitarse una o dos garrapatas que se le habían prendido a la camisa, que llevaba desabotonada y arremangada, empapada de sudor y humedad. Por más silvestre que tratara de ser, no podía desprenderse de los viejos hábitos citadinos, y sólo usaba camisas de botones y bolsillo al pecho; no sería extraño verlo con una corbata, no se pueden arrancar así de fácil las raíces de un viejo roble.

Cuando llegó, encontró a Ulalume colgando la ropa recién lavada en unas ramas.

—Buen día, Ulalume —saludó, y ella, al verlo, le sonrió en respuesta.

Ulalume le pidió que esperara a que terminara con su ropa y que le invitaría la comida, que se calentaba en un horno de cal. LeDantec miró el horno con desconfianza, pero Ulalume, al advertir su mirada, lo tranquilizó asegurándole entre risitas que no se trataba de un horno para sacrificios humanos ni nada parecido, sino donde se quemaban los inciensos en los rituales para el dios de la región.

Después de comer, Ulalume lo llevó al interior del templo y le mostró la estatua del dios mencionado, que aunque carecía de cabeza, mostraba un aspecto digno. Lo que más llamó la atención del doctor fueron las extrañas membranas entre los dedos del ídolo, membranas que no se podía saber si habían sido esculpidas a propósito o por descuido.

—Es un dios de los ríos, o incluso podría ser de los mares, de acuerdo a las algas talladas en sus ropajes, lo que quizá explique las membranas. Es un dios viejo y moribundo, pero su nombre ha sido olvidado. Las inscripciones que puedes ver a sus pies están escritas en una lengua desconocida. No son códices mayas, aunque se parecen en algunos aspectos.

LeDantec estaba fascinado por lo que Ulalume le contaba, pero más aún por escuchar la voz de esa increíble mujer. Y cuando más tarde leyó para él algunos de sus poemas y de sus relatos, el doctor quedó totalmente hechizado: la imaginación de la mujer era sin duda de una agudeza tan

grande como su hermosura, los paisajes que describía, los mundos imaginarios que poblaban sus relatos, las imágenes fabulosas en sus poemas y los giros de los acontecimientos que relataban, eran algo totalmente nuevo para él. En las narraciones aparecían con mucha frecuencia referencias a espacios infinitos, inconmensurables, donde las leyes de la realidad eran diferentes, desconocidos mundos poblados de seres lumínicos, selvas carentes de fronteras, océanos insondables y habitados, músicas extrañas. Otros de sus textos, de poética belleza, carecían de línea argumental, y se consagraban exclusivamente a la confección de atmósferas. Cuando le dijo que recibía inspiración de sus sueños, LeDantec trató de convencerla de que se los relatara, pero ella se negaba a hacerlo, asegurándole que sería más fácil dibujarlos que ponerlos en palabras, y que si lo que quería era un relato, era mejor alguno de sus cuentos.

Aunque LeDantec ya no insistió en ello, no pudo apartar de sus pensamientos la certeza de haber tropezado con un ser cuyos sueños trascendían el común de los sueños de todos sus pacientes durante su época de terapeuta y de experimentador.

Al salir del templo, LeDantec no pudo evitar echar una mirada hacia el lado opuesto, donde se alcanzaba a ver, oculto entre la maleza, el cauce de un río, tan tranquilo que no producía ningún sonido al arrastrar sus aguas, salvo que uno prestara completa atención a él. Ulalume le señaló entre la maleza una especie de arcada de piedra y un puente que cruzaba el río; si la mujer no lo hubiera hecho evidente, LeDantec no lo habría descubierto.

—No hay que cruzar ese puente, del otro lado es malo —dijo ella, pero se negó a pronunciar otra palabra sobre el tema.

En el camino de regreso a su casa, el doctor LeDantec no pudo evitar echar una mirada furtiva hacia el oculto río y sus todavía más ocultos puente y arco. Una ligera niebla, quizá producida por el agua y la espuma, cubría casi la totalidad de la estructura, ocultándola al simple observador.

Faltaba mucho para anochecer, pero la tarde era fresca, así que LeDantec se dio prisa en volver, para evitar cualquier sorpresa, como esa lluvia que se dejaba vislumbrar en los oscuros nubarrones que poco a poco iban asentándose en el cielo chiapaneco.

Pasado algún tiempo, las visitas del doctor a casa de Ulalume se hicieron más frecuentes, y en ocasiones no volvía a su propia casa, comenzando a compartir no sólo la casa, y los alimentos, sino también el lecho de la novelista, hasta que al fin decidieron vivir juntos. Pero se enfrentaron a un primer problema: dónde vivirían. Aunque no le resultó sencillo, LeDantec

la convenció de que se mudara con él, pues era “más seguro” habitar en una “casa formal”.

Aunque Ulalume aceptó, desde el principio comenzó a extrañar su templo, y el estrecho contacto con la selva que había logrado en sus dos años de aislamiento. Y de ser alegre y vivaracha, pasó a un estado crónico de entristecida calma que se fue convirtiendo gradualmente en melancolía. No podía superar lo que ella sentía como un encierro, y unas semanas más tarde, tampoco fue capaz de salir de la casa.

LeDantec resultó ser bastante más posesivo de lo que Ulalume suponía, y frases como “no salgas sola de la casa”, “ten cuidado con los extraños” y otras se volvieron moneda común en la vida de aquella mujer. ¿Cuáles extraños? ¿Salir con quién? Sólo la paranoia del doctor LeDantec podría entenderlo.

Ulalume se consumía cada vez más en su propio dolor. No era capaz de enfrentarse a LeDantec y exigirle su liberación, y cuando cayó enferma con fiebre y delirios, ya no le quedó ninguna duda de que su esposo la mantenía cautiva, encerrada bajo llave, prisionera en su casa. “Sólo soy uno de sus experimentos”, se dijo, y quebró en llanto.

LeDantec trajo un médico, al que todos en el poblado donde lo encontró llamaban sencillamente Gutiérrez, pero él poco podía hacer, salvo tratar de disminuir la fiebre, y sin embargo, no dejó de ir ante el lecho de la enferma cada dos o tres días. Le administraba algunos medicamentos para tranquilizarla y ayudarla a dormir, pero Ulalume se negaba a tomarlos. “Ya sé lo que se proponen” le gritó al galeno, “quieren drogarme para poder tomar el control de mí”.

Una noche, según afirmó la mujer cuando habló con el amable Gutiérrez, escuchó los ruidos de las cadenas que LeDantec arrastraba para mantenerla segura dentro. Y en otra ocasión, escribió en su diario, fue puesta bajo custodia, “…guardada más que cuidada por dos hombres negros corpulentos, armados con lanzas y de siniestras sonrisas”. Pero lo más desconcertante de todo fue el relato que posteriormente se encontró en el mismo diario, en el cual aseguraba que un hombre con rostro de pez la vigilaba desde la selva, observándola a través de la ventana. “… pero ese hombre pez no me vigila al servicio de mi marido”, ponía, “sino que cuida de mi seguridad, y me indica que ya es el momento de regresar a mi hogar, en la ciudad sin nombre, donde una vez moró el guardián de…”. Fue imposible para LeDantec o para Gutiérrez descifrar la palabra que había escrito al final de la frase, el mejor intento les mostraba una palabra parecida a Cthutl, que les resultaba totalmente desconocida, probablemente

una palabra del dialecto regional, "y similar al náhuatl", aseguraba el médico.

Cuando LeDantec regresó a casa después de la larga jornada de compra de víveres y otras cosas, acompañado de Gutiérrez, encontró la ventana de Ulalume abierta, pero ella no estaba por ninguna parte. No se preocupó mucho, incluso recogió el diario de su esposa que estaba sobre la cama, pero cuando se acercó a cerrar la ventana, alcanzó a verla corriendo rumbo a la selva, sin duda hacia la ciudad que había sido su casa. Por un momento, le pareció que no corría sola, sino que iba acompañada por alguien de apariencia imprecisa, pero una segunda mirada detenida le mostró que en realidad sí iba sola, que únicamente eran las sombras proyectadas por la luna.

Se apresuró a perseguirla, aún con el diario de Ulalume en su poder. Gutiérrez fue tras él, pero no podía mantener el ritmo de LeDantec, y quedó rezagado, aunque podía seguir el visible rastro dejado tanto por Ulalume como por el doctor.

Cuando LeDantec llegó a la ciudad de Ulalume, la buscó en el templo, en las casas y en la pirámide, pero fue inútil. Desalentado, pensó en regresar un poco y revisar el rastro, pero entonces recordó el río con su puente y arco de piedra, y se apresuró a él. El agua del río corría veloz, lo que era inusitado, y la espuma se elevaba al azotar contra las rocas, produciendo un sonido terrible. Alcanzó el puente, y al mirar el arco, vio que en realidad eran dos, uno a cada lado de la corriente. Lentamente, se encaminó sobre el húmedo suelo de piedra, y con la mayor precaución, la mirada fija en el suelo, inició el cruce. Lanzó una vaga mirada hacia el agua, que parecía calma debajo de él, incluso pudo ver los peces nadando tan tranquilos en el agua cristalina, "y de apariencia gélida", se dijo. Pero no había tiempo para ver a los peces, aunque pertenecían a una clase nunca antes vista por él: eran grandes como salmones, blancos y grises, con manchas negras como las de una vaca. Incluso parecían tener cuernos… "no, eso es imposible".

Cuando alcanzó la otra orilla, hizo un macabro descubrimiento: la arena bajo la arcada estaba cubierta de sangre fresca, probablemente humana, probablemente la sangre de Ulalume. Preocupado de que hubiera sido atacada por algún animal salvaje, y recriminándose por no haber traído su rifle de cacería, observó con detenimiento el suelo, en busca del rastro de Ulalume. No estaba seguro, no había manera de estarlo, en la oscuridad ligeramente resplandeciente de luna, con la preocupación a cuestas y la poca experiencia en tales menesteres, pero tenía que decidir pronto, seguir de frente, a la izquierda o a la derecha. Lleno de patética frustración, arrojó violentamente el diario de Ulalume que fue a dar contra una de las

columnas del arco, para finalmente caer junto a la mancha sangrienta.

El grito fue totalmente inesperado; un grito inhumano, pero indudablemente de terror. Siguió la dirección por la que creyó escucharlo, y se adentró en la selva, más espesa de lo que nunca antes había conocido en la selva cercana a su casa. No importaba, era más importante recuperar a Ulalume, y devolverla a su habitación; quizá aún no fuera tarde.

Pronto, la selva se hizo más densa y la noche más oscura; los sonidos de los animales nocturnos, aves aparentemente, se revolvían creando una cacofonía no libre de atractivo, y el roce de su cuerpo con la maleza lo enervaba cada vez más; era un sonido apenas audible, irritante, que LeDantec podía sentir como arañazos debajo de la piel.

Al llegar ante un árbol cuya altura era imposible de determinar, se detuvo a recuperar el aliento. Escuchaba a los pájaros, que ahora parecían emitir sonidos como voces, como gemidos burlones, y se maldijo al darse cuenta de que podría estar persiguiendo a uno de esos animales en lugar de a su esposa.

Sin saber si seguir adelante o volver, la preocupación se fortalecía, y cuando le pareció ver unos ojos brillantes en la oscuridad, al frente, vigilándolo, su vieja paranoia pareció manifestarse. Se apresuró a salir de allí, en busca del río y de un nuevo rastro de Ulalume, pero tras dos horas de camino sin resultado, el terror lo invadió. Mirando hacia el cielo, le fue imposible distinguir nada, incluso los árboles parecían torres elevadas cuyas cimas eran invisibles de tan altas; y los ojos furtivos, en espera de que su víctima muriera, eran a cada instante más numerosos.

LeDantec corría sin un rumbo fijo, lleno de desesperación y miedo durante lo que le parecieron incontables días, aunque nunca pudo ver un solo rastro de irradiación solar, tan espeso era el follaje. Siguió en su desesperada carrera en esa perpetua selva, tan parecida a los relatos de Ulalume que por momentos creía haber atravesado una ignota barrera que lo habría transportado a ese mundo de ensueños que ella describía en su literatura. Todo en esa selva en que se hallaba perdido parecía no tener fin, incluso el tiempo se le figuraba extrañamente flexible, como si la vida de los seres se extendiera y perdurara en ese cosmos más de lo que humanamente fuera concebible.

Tal estiramiento del tiempo le parecía una blasfemia, y comenzaba a intuir que los ojos que lo rodeaban pertenecían a seres infinitos, espíritus

extraviados, o psiques vagabundas en el universo.

Un día, muchos años después, o así se le parecía, llegó a un claro en la selva; lleno de flores marchitas y tierra estéril. Era tan pequeño que lo ocupaba por completo una oscura estatua de piedra, basalto probablemente, impregnada de enfermizos líquenes verduscos y amarillentos. Era la misma deidad que había visto, largo tiempo atrás, representada en el templo de Ulalume.

Un frío mortuorio surcó su espalda cuando vio las mismas membranas en sus dedos, y se estremeció casi al punto de la locura al ver la cabeza del ídolo: era como un pez, pero casi humano, recordándole al que anunciaba Ulalume en su diario, con la diferencia de que éste tenía unos pequeños cuernos sobre los ojos.

No los oyó a tiempo, y cuando los pasos estaban ya lo bastante cerca, LeDantec supo que era el final. No quiso mirar. Se dejó caer, sabía que era la inevitable víctima de los adoradores de Cthutl, los hombres pez, y sabía que sus escamosas manos lo rodearían de un momento a otro, para arrebatarle la vida, como le arrebataron a su Ulalume; como antes le robaron su trabajo.

Una mano helada se posó sobre su hombro, desnudo ahora por las múltiples heridas de ramas, pero no era una mano húmeda, como esperaba, ni inhumana, sino una mano bien conocida, suave y en otra época, amorosa: la mano de Ulalume. Hincado aún, levantó la vista, algo mojada ya, sin premura.

Allí estaba el reconocible cuerpo de la novelista, con sus ropas citadinas y modernas; se adivinaba su mínima cintura bajo su ajustaba blusa azul, sus pequeños y delicados senos más arriba, su exquisito cuello de piel tostada, dorada como una joya, y sobre el cuello, ¡la cabeza de un monstruoso pez! Lo habían engañado, y se burlaban de él.

El amable Gutiérrez escuchó una carcajada gutural, terrible, no del todo inhumana, y siguió el origen del sonido.

Cruzó el puente lo más rápido que pudo, pasando sobre sus aguas cristalinas y tranquilas, y cuando llegó al otro lado, descubriendo un rastro de jirones de tela de la camisa del doctor, su sorpresa no fue minúscula en absoluto cuando encontró los restos roídos de una osamenta humana, y fue mucho peor cuando, junto a los viejos huesos, halló un reguero de hojas de papel: el diario de Ulalume.

Jorge Villarruel (seudónimo) nació en Ciudad de México en 1980. Ha publicado en las revistas EL UNIVERSO DE EL BÚHO (# 85, 86 y 87) y EMBOGAZINE # 2 de Ciudad de México, en el periódico EXPRESO de

Sonora (donde fue finalista del concurso Rodeo de Palabras 2007), y en la revista electrónica NARRATIVAS # 9. Fue descalificado de un concurso regional de poesía por "conducta inadecuada", en la zona de Ciudad de México donde vive actualmente. Fue ganador de un concurso de poesía en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, en 2005, organizado por Valeria Hernández (EMBOGAZINE), donde fue el único participante. Hasta la fecha sigue esperando la entrega de su premio (una dotación de libros donados por estudiantes de la misma Universidad). Algunos de sus textos son montados en la galería permanente del café "El Scary Witches", de Ciudad de México

Hemos publicado en Axxón: TRAMPA CON CEREZA (186), RUINAS (187), OPHELIA XXI (194)

Axxón 210 - septiembre de 2010

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Terror : Universo de autor clásico : México : Mexicano).

Realidad aumentada

Moisés Cabello Alemán

**ESPAÑA**

Isabel contempló la calle desde la puerta de su casa. La arena parecía más sólida que de costumbre debido a las últimas lluvias y su vecina Francisca, cubo en mano, derramaba escalera abajo el agua que se le había colado en el sótano.

Un típico día de primavera en su barrio.

Salió a dar un paseo como gustaba hacer todas las mañanas, empezando por el parque, aunque aún era muy temprano para encontrar allí a sus amigos. Hierros corroídos era lo que quedaba de lo que una vez fueron juegos infantiles… ¡Con columpios y todo! Por eso los mayores seguían llamándolo parque. A menudo realizaba acrobacias entre los barrotes, eso sí, a escondidas de los demás, quienes como siempre la regañarían por lo peligroso de aquellos jirones de metal oxidado.

El siguiente destino fue el barrio del mercado, donde Lola y los suyos vendían los frutos del huerto familiar. La oferta era abundante, pero Isabel ya había visto una vez cómo el marido de Lola, con su característico traje ajado, colocaba las manzanas más perjudicadas bajo las más sanas.

—¡Don Marcelo, que le sale un gusano de la fruta!

—¡Te he dicho que no grites esas cosas, mocosa! ¡Como te atrape…!

Naturalmente, antes de que acabara la frase, ella ya había echado a correr entre risas hasta el barrio de al lado, también conocido entre los mayores como "el otro barrio". ¿Acaso tenía algún misterio que fuera otro barrio? ¡Era evidente! Se trataba de un hospital de campaña, como decía su madre, donde dejaban a la gente más enferma. Los olores eran en verdad horribles, y del montón de camas que vio al aire libre —apenas cubiertas por lonas sujetas con palos inclinados— sólo uno de los señores que reposaban en ellas permanecía sentado.

Un sitio terrible, pero el simple hecho de que sus padres le prohibieran ir allí fue razón suficiente para el atrevimiento. Aquel hombre, escuálido y lleno de amplias y extrañas heridas, alzó la vista y sus ojos se encontraron. Se aceleró el corazón de Isabel al ver que el hombre gesticulaba rabioso para que se alejara de allí, obligándola a huir a traspiés en cuanto avisó a

uno de los doctores.

Así pues, dio un rodeo para volver a su casa alrededor del lago de la fábrica, así conocido porque antiguamente una fábrica desechaba su agua sucia en el lago, dándole un aspecto extraño, con algo de espuma. Desde que le contaron que su hermano mayor —al que nunca conoció en vida— murió tras bañarse en aquellas aguas, procuraba no acercarse demasiado.

De vuelta en su hogar, observó que en el salón su padre y su madre examinaban un paquete abierto, y conversaban con curiosidad. Adoraba verles así, para variar, en lugar de gritándose por el dinero y la comida.

—Unidades de Realidad Aumentada gratis por seis meses, para mejorar la calidad de vida de los más desfavorecidos —leyó su padre en una hoja sacada de la caja—. Caramba, creo que son esos chismes que salen en las películas, que te los pones en los ojos y aparecen un montón de efectos especiales sobre lo que ves realmente. Y mira, hay una versión para niños, para usar bajo supervisión.

—Ya me extrañaba que el gobierno nos diera algo gratis —replicó su madre—, que nos arreglen la realidad y se dejen de adornarla con colorines, que la obra para vaciar el pantano ése de la fábrica se dio por buena hace cinco años y todavía no se ha extraído ni un quintal. Realidad Aumentada para mejorar la calidad de vida en los barrios marginales… eso se nos tenía que haber ocurrido a nosotros y patentarlo… ¡Ja!

—No te diría que no… Oye, ¿lo probamos?

—Espera a que venga tu hijo César esta tarde, que él entiende de estas cosas. Quién sabe, a lo mejor vemos la casa como una mansión en vez de la choza de mala muerte que es ahora, mejoraría nuestra calidad de vida, al menos hasta abrir la puerta… ¡Ja ja ja! Anda, ven y ayúdame con la ropa de esta semana, que ya debe estar seca.

Caja abierta con artefactos misteriosos encima de la mesa, padres ausentes… Era una provocación en toda regla. Con las orejas pendientes de la cercanía de las voces de sus padres, Isabel extrajo varias cajas del interior hasta encontrar lo que buscaba: Realidad Aumentada para niños. Como los ladrones de las películas, salió de puntillas con el paquete en sus manos, para esconderse tras la casa y abrirlo como si fuera una bolsa de golosinas.

Un momento… ¿Lentillas?

Su hermano Jaime usó una vez unas de oferta, pero las rompió. ¿Así que tanto jaleo por unas lentillas? ¡Qué decepción! Estuvo a punto de regresar y dejar el paquete en su sitio o tirarlo por ahí si se topaba con sus padres, pero finalmente la curiosidad pudo con ella y, siguiendo las instrucciones de los

dibujos, se las colocó en los ojos.

Todo cobró vida. El cielo se tornó azul de azules y más estrellas de las que nunca vio juntas asomaron por encima del horizonte. ¡La Luna la estaba mirando! Sonreía mostrando una gran fila de dientes grises y saludaba con la mano. Tras devolverle el gesto, observó que su casa ya no tenía grietas —de hecho parecía recién pintada—, y los hierbajos del suelo se vieron sustituidos por un césped verdísimo del que brotaban girasoles que se movían de un lado para otro al son de una música que no alcanzaba a escuchar.

¡Qué artefacto tan maravilloso! Acababa de convertir el mundo en un lugar mejor… ¡Y sus padres ya no tendrían que enfadarse con los señores de corbata de los noticiarios! Ella lo arreglaría todo con sus lentillas mágicas.

Acudió rauda al parque, y en lugar de los hierros oxidados se topó con un montón de barras de piruleta, con sus atractivas bandas de color rojo. ¡Podría jugar por allí sin que la regañaran! No dudó un instante en intentar las acrobacias más locas, hasta hacerse sin querer un corte en la mano. Los bordes de las barras eran redondos como globos, ¿con qué podría haberse cortado?

Continuó hacia el mercado corriendo de alegría, como si volviera a verlo por primera vez. Esta vez las manzanas de Lola eran grandes y lustrosas, con un brillo espectacular a la luz del sol.

—¡Le queda bien el traje nuevo, Don Marcelo! —le dijo al pasar frente a su puesto como una estrella fugaz. Alcanzó a verle frunciendo el ceño, mientras se miraba la ropa.

La siguiente parada de su particular trote era el otro barrio, que ya no merecía tal calificación, pues brillaba con luz propia. Una enorme carpa cubría las camas en las que los enfermos dormían plácidamente, bajo edredones llenos de dibujos de animales. El hombre que la había regañado un rato antes permanecía sentado en su cama hablando con quien debía ser el doctor, que en lugar de mascarilla llevaba puesto algún trapo ninja en la cabeza. Para alegría de Isabel, en lugar de heridas el señor tenía tiritas y vendas por todo el cuerpo, que provocaron en ella el impulso de correr a su encuentro, sin dejar de exclamar cuánto se alegraba de verle mejor. El olor se volvió realmente fétido, pero fue desafiado por un montón de mariposas de colores que zumbaban alrededor del paciente, todas sonrientes. Muy a su pesar, el tipo seguía siendo igual de malhumorado, y, compinchado con el médico, la echaron a gritos de allí.

¡Viejo ingrato!

Dispuesta a regresar a su casa para contar a sus padres lo que consiguió

hacer con el barrio, a Isabel se le ocurrió que si se acercaba al lago de la fábrica también lo arreglaría, y así estarían menos enfadados.

Nada más llegar comprobó que sus deseos se cumplieron nuevamente; el agua, de un azul marino plagado de destellos diamantinos, parecía sacada de una postal, y no pudo evitar adentrarse en ella y sentir su frescor sin ignorar el recibimiento de los peces que nadaban a su alrededor. ¡Peces en el lago de la fábrica! ¡Vida! Pero lo mejor llegó tras alzar la mirada, pues lago adentro los delfines saltaban sobre el agua en increíbles piruetas, con tal acierto que ni siquiera escuchaba el chapoteo. Y aún más allá flotaba un enorme barco de vapor, del que alcanzó a distinguir en la cubierta a sus lejanos pasajeros saludando con la mano, apenas siluetas silenciosas a aquella distancia.

¿Y si su difunto hermano en realidad había tomado aquel barco? ¿Seguiría en él? ¡Podría conocerle!

Isabel escuchó a sus padres llamarla a gritos, y pensó en lo contentos que se pondrían al volver a ver a su hermano mayor. Así que optó por ignorarles, a ellos y al creciente escozor que sentía en los ojos y en el pecho al respirar, para seguir adentrándose en aquel océano de maravillas…

Moisés Cabello Alemán nació en la isla canaria de Tenerife en 1981. Vive en La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, España. Su primera novela, *Multiverso Armantia*, vio la luz en la red en 2005 y hoy por hoy prepara la tercera parte de la serie, además de haber publicado varios relatos cortos.

Hemos publicado en Axxón: FAMILIA DEL VEINTIUNO (195)

Axxón 210 - septiembre de 2010
Cuento de autor europeo (Cuento : Fantástico : Ciencia Ficción : Distopía : Realidad virtual : España : Español).

Andiamo!

Tony Báez Milán

**PUERTO RICO**

Tengo un amigo al que se le aparecen apariciones.

Yo antes pensaba que era otra de sus cosas, pues siempre ha sido exagerado y embustero. Hasta el otro día, cuando me llamó a su casa porque tenía un huésped y no sabía qué hacer con él. Lo de las apariciones es algo que viene diciendo desde que éramos jóvenes, pero era la primera vez que me llamaba para ser testigo.

Me dijo por teléfono que no había apuro, pero que fuera lo antes posible. Lo escuché mencionar algo antes de que colgara. No lo oí bien, pero tenía que ver con la aparición y con los idiomas. Aburrido, como le pasa a los desempleados, me fui para allá sin pensarlo mucho. Era una mañana radiante y de cálidas brisas. Me hacía falta el ejercicio y disfruté del caminar, del nuevo aire en los pulmones.

La de Emiliano es la única casa que conozco que tiene timbre en la puerta. Es una puerta grande, con grabados ininteligibles en la oscura madera, que él dice que quieren decir cosas indescifrables para la gente de este mundo pero que los del más allá lo entienden como si fuera castellano. Me abrió, ni siquiera saludó, y regresó, murmurando disparates, a las entrañas de su residencia. Es un lugar enorme y lúgubre, como han de ser algunas mansiones de Europa o del sur de los Estados Unidos. No importa cuánto sol haya, en esa casa las cosas siempre están como en una especie de tiniebla. Yo siempre le dije, relajando, que a lo mejor si abriera las persianas más a menudo no le saldrían tantas apariciones. Me fui detrás de él, adonde la casa se hace más oscura y misteriosa, de paredes que parecen de caverna. Al final del pasillo había una luz prendida, el cuarto de Emiliano, donde entramos. Con tanta casa, no sé por qué se empeña en dormir allí, un cuartucho con muy pocas cosas, con una cama pequeña como de niño o como de monje, y donde había, enmoheciendo con los años y con la humedad de lugar, un gran baúl de caoba oscura, tirado allí desde que la casa era la casa, y sobre el cual reposaba aquella mañana la aparición de Emiliano.

Era un tipo cuarentón, pero que parecía mucho más joven porque llevaba puesta una sonrisa de persona afable e inquieta. Se veía que era alto aunque

estuviera sentado, de silueta saludable y tosca, con un cabello negro y grueso. Junto a él, posado en el baúl, había un sombrero oscuro que debía ser suyo. Se espabiló, como los niños cuando entra el maestro al salón de clase. Me quedé mirándolo fijamente, y él a mí, con unos ojos grandes y avivados, inquisitivos. Por alguna razón, estaba contento de verme. También miraba él a Emiliano, la imagen opuesta de su huésped, que según era aquel señor muy jovial y de buen color, robusto, mi amigo muchas veces tiene mal genio, siempre está pálido, es flaco como una lámpara de piso, y da la impresión de necesitar que lo desempolven. Aún sospecho que Emiliano, en vez de irse a dormir a la cama por las noches, lo que hace es engancharse en una percha.

—A ver si lo entiendes tú —me dijo Emiliano sin mirarme. Dentro de otro momento comprendí a lo que se refería, cuando la aparición extendió los brazos y, con una gran sonrisa de pariente perdido, exclamó:

—Buon giorno!

—¿Ah? —dije yo.

—Ciao, buon giorno, andiamo!

—¿Cómo es?

—Ciao! —insistió, queriendo hacerme entender, y al fin me percaté de que me hablaba en italiano. Miré a Emiliano y le pregunté que si aquella palabra no quería decir adiós.

—Pues —contestó mi amigo—, me lo dice cuando llega y cuando se va, así que parece que quiere decir hola y adiós también.

—¿Y no habla español?

—Qué sé yo. Siempre se empeñan en hablar en su lengua natal.

Por supuesto, yo sólo les seguía la corriente. Era obvio que el tipo era una persona real, aunque irradiara de él una aparatosa simpatía que parecía sobrenatural. El sólo mirarlo me daba una cosa por dentro que me hacía sentir como un chiquillo.

—¿Cómo que cuando llega y cuando se va?

—Es la tercera vez que se me aparece —me explicó Emiliano.

Habré estado más aburrido que lo que creía, porque seguí siguiéndoles el juego.

—¿Y qué haces con él?

La supuesta aparición nos miraba alerta. Parecía un niño esperando permiso para irse a jugar.

—¿Qué voy a hacer con él? Las otras dos veces se quedó ahí todo el santo día. Por las noches desaparece, se esfuma ahí mismo donde lo ves, regresa a la nada. Lo que se queda detrás es como una nubecita de vapor que tarda en disiparse, y una musiquita de circo que dura igual. He tenido que irme del cuarto porque me vuelve loco la vaina esa.

Esos últimos comentarios ya se pasaban de la raya. Seguí mirando al huésped, que seguía mirándonos a nosotros, como esperando el tan anhelado permiso. Su actitud era contagiosa, como una enfermedad en reversa, una contentura muy buena para el aburrimiento, así que no me importó que creyeran que me estaban tomando el pelo. Miré al italiano, vi que de momento se puso serio. Paró la oreja, afinando el oído, y de golpe se puso de pie, hablando estrepitosamente en su voz medio chillona. Recogió el sombrero y nervioso buscaba por dónde irse. Allí vio la puertecita, nos dijo algo muy apurado a manera de instrucciones, que lo único que le entendí fue que creo que dijo Giulietta, y fue a esconderse en el closet. Sólo cuando nos dio la espalda me percaté de que se veían, a través suyo, las cosas que quedaban más allá: el baúl, la pared. Aún estando él enfrente de ella, vi con asombro que todavía se veía la puerta entera. Vi que tomó la perillita con su manota, que se metió y que cupo parado dentro de un espacio en el que no era posible que cupiera un hombre de tal tamaño, y que se encerró. El pasmo me duró bastante. Ni cuenta me di de que Emiliano se había ido y había vuelto con dos palos de pitorro. Me dio el primero.

—Tómatelo. En ocasiones así —me dijo, sin ningún tono de ironía ni de chiste—, no hay otra cosa que ayude. Si necesitas el otro, me avisas.

Me lo tragué de un sopetón. Estaba tan atolondrado que el primero no me surtió efecto y él me dio el otro, que me dijo que era de dosis más fuerte, que debería tener licencia de doctor para tenerlo por allí, que me lo tomara con calma. Haciendo caso omiso del consejo me lo tomé también de sopetón. Me sentí como han de sentirse los que se desmayan cuando vuelven en sí. No todos los días descubre uno que parece que las cosas sobrenaturales son cosas de verdad.

—Quédate aquí un ratito —me dijo Emiliano—, que ya mismo vuelve y te digo que no sé qué hacer con él.

Yo aún pretendía dudar. Me aferraba en vano a la idea de que los asuntos del mundo aún tenían un cierto sentido y orden, cuando vi que la puertecita se abría poco a poco y que la aparición se asomaba.

—La Giulietta? —nos preguntó.

Emiliano y yo nos miramos y nos encogimos de hombros. Él salió de su

guarida, miró por allí, sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente. Volvió a sentarse en el baúl. La sonrisa se le había ido y parecía preocupado.

—Quería que lo vieras, porque es que de todos los que se me han aparecido, es el que más claro se ve. Ya por la noche se disipará, pero ahí va a estar todo el santo día —sentenció Emiliano.

Se me ocurrió que lo que necesitábamos era un traductor.

—Oye, ¿el Mateo no cogió italiano en la universidad? ¿No se las echaba de ser casi italiano?

Emiliano me miró con sus ojos morosos, pretendiendo irritación porque quería dar la impresión de no importarle nada, de que no se emocionaba por nada del mundo, pero vi que medio sonreía.

—Vete y llámalo —me dijo—. La libretita de números está en la sala, al lado del teléfono.

Fui a la sala y conseguí el teléfono sobre un banquito. Al lado había una libretita, la cual ojeé con curiosidad porque había en ella unos nombres famosos del patio. Di con el número de Mateo. Tomé el teléfono que, por supuesto, era una reliquia, marqué, contestó antes de que sonara dos veces, y en cosa de un instante, que parecía que yo acababa de colgar, se escuchó el pretencioso timbre de la puerta. Había venido a galope. Parecía que todos estábamos igual de aburridos.

Mateo era un hombrecito corto y delgado, de un pelo rubio, enroscado. En la cara siempre tenía una sonrisa a manera de mueca y unos ojos diminutos, siempre bien abiertos, que daban la impresión de ser de tamaño normal. Era un tanto orejón, y si se le miraba de cierto ángulo, aparentaba ser uno de esos ratoncitos de las películas animadas de Disney. Me saludó, le dije que me siguiera, fuimos al cuarto de Emiliano. Al vernos, el italiano se puso de pie, miró bien a Mateo, le sonrió ampliamente y le preguntó algo.

—No —le respondió Mateo.

Yo miraba al italiano.

—¿Qué te preguntó?

—Que si yo soy productor.

Emiliano se rascaba la cabeza.

—¿Productor de qué?

El italiano se emocionó al decir lo que dijo:

—Io sono il regista. —Pausó—. Di cinema. —Se señalaba con el índice al pecho—. Regista.

Mateo nos lo tradujo:

—Dice que es director de cine.

Emiliano se sentó en la cama.

—No faltaba más.

Mateo al fin se dio cuenta de para qué lo habíamos llamado.

—¿Para esto es que me necesitan, de traductor?

—Eres el único que conocemos que se las echa de italiano —le dije yo.

—Hace tiempo que no lo hablo.

Una vez, recién salido de la universidad, Mateo se había encontrado con unas turistas italianas en la capital. El incidente había comenzado con ellas pidiendo direcciones, que andaban perdidas, y con él recibiendo sendas bofetadas. Él nunca llegó a explicarnos lo sucedido, pero desde entonces no había vuelto a hablar lo que siempre se había jactado de que fuera su segundo idioma, de que inglés hablaba cualquiera.

Mateo se sobaba la mejilla y el italiano observaba sus movimientos. Le preguntó algo a la aparición y el señor le contestó.

—Dice que busca a alguien para que le ayude con las cosas, que lo que hay es un revolú.

—Pregúntale que cómo se llama —le dije yo a Mateo, y él le preguntó.

El italiano contestó:

—Fellini.

Mateo se quedó mirándolo con cara de escéptico. Al fin le preguntó:

—¿Federico?

—Impossibile, ma logicamente —dijo el italiano.

Mateo nos miró desconcertado.

—Dice que es Federico Fellini.

Yo de películas no sé nada, ni me interesa.

—Afamadísimo director —continuó Mateo—. Nos hicieron ver una de sus películas en la universidad. Me acuerdo que se quejó todo el mundo, que no le encontramos ni pies ni cabeza, pero el profesor, que era cinéfilo además de europeo, estaba muy entusiasmado, que aquello era lo máximo.

—Eso explica unas cosas —dijo Emiliano sentado en la cama.

—Pues bien —dijo Mateo—, si ya terminaron con la broma, me voy, que tengo demasiadas cosas que hacer.

—No, no es broma —le dije—. Se nos pasó decirte que es una de las apariciones de Emiliano.

Mateo miró al italiano y de repente comprendió lo que a mí me había tomado más tiempo entender: que el italiano era una aparición, que verdaderamente podía ser el tal y gran director.

Mateo le dijo:

—Ciao, Fellini.

Dio la media vuelta, se fue volando, y vine a dar con él muy calle abajo, casi llegando a su casa. Como era tan pequeño y blandengue, lo obligué a regresar a la mansión, donde nos esperaban el dueño de la casa y su más reciente aparición, justo adentro de la puerta. A la plena luz del día se veía más transparente el italiano. Yo vi que Mateo abrió los ojos bien grandes y lo agarré con ambas manos por un brazo. Emiliano y hasta el italiano tuvieron que ayudarme, porque Mateo había reservado sus verdaderas fuerzas para lo último, y a empujones lo metimos en la casa.

Estuvimos sentados sin decir una palabra durante media hora, nosotros tres en un sofá de hace dos siglos, el italiano en una butaca de hace tres, directamente frente a nosotros. Al fin, miró a Mateo y le habló.

—Pregunta —nos dijo Mateo—, que qué hacemos ahora.

Emiliano miró a Mateo fijamente. Con la voz carraspeante, que parecía de vitrola, le dijo:

—Pregúntale que cómo son las cosas en el más allá.

Mateo puso ojos de ratón azorado.

—No. Eso sí que no.

El italiano se inclinó hacia su traductor y le susurró unas palabras.

—Dice que si viene la Masina a buscarlo, que le digan que no lo han visto. Dice que quiere salir, que le gustaría mucho andar por ahí a ver si hay algo qué filmar.

Nos miramos las caras. Lo observamos que nos miraba con los ojos de otra dimensión muy abiertos. Qué vivo parecía. Nos ha de haber contagiado con la musiquita que llevaba por dentro, hasta a Emiliano, que casi nunca salía de su casona. Los tres nos pusimos de pie al mismo instante.

Yo dije:

—¿Nos vamos?

Emiliano dijo:

—Tal parece.

Y Mateo le anunció:

—Fellini. Andiamo.

El italiano se puso culeco. Buscó su sombrero, abrió él mismo la puerta, y salió regocijado a la calle. Emiliano se quedó atónito un momento, y entonces nos explicó:

—Les he abierto la puerta a muchos, para que se vayan. Los que se han atrevido salir se disipan al instante.

El tal Fellini nos miraba desde la acera con ojos de niño precoz, irradiando contentura. Su imagen se solidificó de tal modo que parecía de carne y hueso. Mateo, con ostentosos manerismos y tono de profesor universitario, descubriendo en aquel preciso instante una reverencia hacia los directores italianos de cine, nos instruyó:

—Este director tenía una visión muy fuerte y acaparadora. Como espectro, se hace ver con la fuerza con que nos hacía ver sus cosas en la pantalla.

Emiliano le puso el seguro a la gran puerta. Al alejarnos, miré hacia la casa, que se oscurecía en la claridad. En lo oscuro, por las noches y cuando se nublaba, se esclarecía.

El italiano exclamó algo. Apretaba el paso y cruzaba la calle para evitar el cementerio, tan azorado que nos dio gracia. El cuartel de la policía quedaba por allí. Parece que el italiano preguntó qué era aquello y Mateo le contestó con un rebuzno en español. —El cuartel. ¿No los ves ahí durmiendo?

Al fin, dejado atrás el cementerio, Fellini dejó de andar como un loco. Pasábamos por el caserío y por las casas al otro lado de la calle, donde vivían amontonados miembros del primer clan del pueblo. Había una casa con un balconcito enrejado, que contenía a un muchachito trigueño y de pelo lacio, flaco y con cabeza en forma de ajo, guindando de las rejas como chimpancé, preso. Fellini lo miró un instante y dejó al niño perplejo.

Vimos la vega, a la que nadie había visto por muchos años porque allí hicieron unas oficinas, y sólo entonces caí en cuenta de que estábamos viajando por el tiempo.

Nos miramos como si tuviéramos monos en las caras, enajenados por la curva inaudita que habíamos tomado. Miramos al italiano con ojos acusatorios. De alguna manera, hacía él las cosas como eran antes. Miré a Emiliano, pájaro raro fuera de su hábitat, pálido y sorprendido, pidiéndole a gritos en un silencio angustiado algún tipo de explicación.

—¿Qué sé yo? —me contestó—. Esto es terra incognita.

El italiano hablaba solo. Preguntamos que qué había dicho y Mateo nos dijo

que no sabía, que podía ser latín o algo aún más antiguo, y que no se atrevía pedir explicación. Ni nosotros tampoco.

Al fin, llegando a la plaza, nos sacó del estupor una risotada caripelada del italiano. Vimos que pasaban dos monjitas, de las de antes, de hábitos negros y de alas largas. Mateo nos dijo que el otrora director se lamentaba mucho de no haber tenido consigo a su cinematógrafo.

Vimos la iglesia, la casa alcaldía. El italiano lo miraba todo como si viera una iglesia y una casa alcaldía por primera vez. Le vimos una sonrisa maliciosa. Le preguntaba a Mateo que qué pito tocaba aquella otra iglesia al cruzar la calle, y Mateo le dijo que era la protestante. Pasamos por donde construían la concha acústica y preguntó que qué tipo de espectáculos darían, y Mateo se lo explicó.

Las cosas eran lo que habían sido en nuestra niñez. Mirando por allí, empezamos a disfrutar el viaje por el tiempo. El suelo de la plaza era de tierra. La fuente con los leones de piedra aún estaba allí. Me preguntaba si nuestro huésped se daba cuenta de los cambios que hacía. Veíamos a la gente pasar y los únicos atolondrados éramos nosotros. Ellos continuaban en su propio tiempo, acaso en su propio espacio. El italiano se quedó mirando a un muchacho fisiculturista que pasó en una bicicleta aniquelada y unos trincos pantalones cortos, luciendo sus recién afeitadas piernas, que qué bárbaro, que qué bien, nos dijo a través de nuestro traductor el italiano, que entonces vio a un señor cualquiera parado en una esquina y dijo que no servía, que le hacía falta un gran chichón en la frente, pero que la cosa se arreglaba con un poco de maquillaje. Seguimos, por la parada de carros públicos, por la farmacia, que era la de antes, y por la panadería, que era la de siempre. Dondequiera se paraba el italiano y enmarcaba las cosas con las manos, simulando su lente. Le pareció magnífico el ver dos perros sentados a la orilla de la calle, interpretando el tráfico antes de cruzar, y Mateo nos tradujo que dijo que parecían perros que si se les ponían libros enfrente sabrían leerlos. Mateo nos dijo que le dijo que los perros realengos de aquí eran así. Más abajo, la barra estaba como lo era antaño y el italiano quiso ir. Insistió en entrar solo, lo esperamos afuera como turistas varados, y salió a los diez minutos, embriagado y diciéndonos "¡Salud!", y gritando por los patios de las casas y por las puertas de los negocios que dónde estaban las mujeres culonas y tetonas, pero que gracias a Dios nadie lo entendió.

Pasamos por la Defensa Civil, por la escuela elemental, verde como en tiempos pasados, y llegamos al parque viejo. No había juego y entramos como los niños, por una rendija, por donde el italiano casi no cupo. Nos sentamos en los agrietados bleachers de cemento.

—Dice que es buen lugar, que aquí podría aterrizarse un helicóptero —nos dijo Mateo, y el italiano nos miraba entusiasmado, asintiendo. Se paró, lo seguimos, nos fuimos por la rendija. Pasamos por la escuela superior de antes, allí como si nada. Seguimos carretera abajo hasta el puente. Al final del puente, el italiano se detuvo y se quedó mirando el valle que ya no existe, velado por el cerro. Lo vimos que entristecía. Dio la media vuelta.

Regresó cuesta arriba, por todo el pueblo, por donde mismo habíamos venido. Pasamos hasta por el cementerio sin él darse cuenta. A través del camino, las cosas volvían a la normalidad. Nos alegró, porque ninguno quería quedarse en el limbo, aunque nos preocupamos por la extraña congoja del italiano. Nos habíamos encariñado con él.

Llegando nuevamente a la mansión sobrenatural de Emiliano, vimos que Fellini la miraba y que se contentaba. ¿Partiría hacia otro lugar? ¿Se pasaba de aventura en aventura? Le volvió el buen genio y el entusiasmo se le salía otra vez por los ojos. Tomó desde allí unos pasos ligeros. Hablaba consigo mismo y las cosas que decía carecían de mucho sentido, y no sabíamos si por lo del repentino entusiasmo o por lo de la traducción de Mateo, que nos decía que se le hacía más difícil entenderlo según el italiano se arrebataba más, cual bambino, que se reía solo y ya no andaba con nosotros sino que con sus propias ideas descabelladas, que Mateo nos decía que decía que lo que le hacía falta era su cámara, sus actores, que ya no se escondería, por lo menos por el momento, de la Masina, que lo hacía reír y que era muy buena para ciertos roles, que se iba a buscar a Sordi y al Trieste, que el Mastroianni siempre estaba muy ocupado pero que lo necesitaba para volarlo otra vez como chiringa, que la que hacía falta pero que no se explicaba por qué no la conseguía por ninguna parte era la Ekberg, para que se zampara en la fuente con los leones de piedra y que él de alguna manera haría que se convirtieran en leones verdaderos que le arrancaran el vestido, y que entonces se convertirían en gatitos y ella los ayudaría a salir de la fuente y que después por todo el pueblo de día y de noche se escucharían los rugidos de leones saliendo de bocas de gatitos, que qué música le pondría el Nino a este pueblo de buena y de mala muerte, que seguramente la de siempre, que este pueblo era lo mismo que los pueblos de allá, que él pertenecía aquí y también allá, que si no habría por aquí otro Cinecittà. Merodearían por allí, por la noche y por el día, incomprensiblemente, unos samuráis. Dijo que tal vez se los pedía prestados al japonés. Nosotros nos miramos, pensando que si venía un japonés se fastidiaría porque no tendríamos quién demonios traducirle más allá del koní-chiguá.

Llegamos a la puerta de la mansión y él miró los grabados, descifrándolos, leyéndolos. Emiliano, con una llave maestra que parecía muy antigua, le

abrió. Fellini, antes de entrar, se acordó de nosotros.

—Grazie —nos dijo, con ojos de perro azul—. Grazie infinite.

—Prego —le dijo Mateo.

—Sí —dijo Emiliano.

—De nada —le dije yo.

Se hacía de noche a una velocidad vertiginosa. Por las montañas se volcaba el sol, que parecía pintado, y por un valle venía la luna subiendo, como de utilería, tan enorme y radiante que parecía el sol del día.

Fellini, dando pasos contentos, avanzó y se adentró en la casa. Se sentó en el baúl y en seguida empezó a disiparse. Se despedía con el sombrero. Apenas le gritamos las buenas noches, y él, muy apasionado, con una amplia sonrisa, nos decía a través de Mateo que a la próxima venía con minotauros y con payasos y que con un carnaval entero, con indios y vaqueros, con faquires y con milenarios egipcios faraones, con doncellas semidesnudas de Las Vegas, hasta con astronautas, que qué guión ni qué guión, que ahora sí que se volvía loco de remate… Aún hablaba arrematado al desaparecer por completo. Mateo tardaba en traducirnos todo cuanto nos dijo. A medida que seguía y no acababa de acabar, vi a Emiliano que se preocupaba, que la casa no le iba a dar.

Una densa nube de vapor acaparaba el cuarto. Por largo rato se escuchó en toda la casa, y no suave sino retumbando dentro de las paredes, la enardecida musiquita de circo.

Tony Báez Milán, de Peñuelas, Puerto Rico, ha publicado numerosos cuentos en español y en inglés, en revistas que incluyen The Critical Point, Yagrumal, Papyrus, Textshop, RE:AL, Clarín, Bibliophilos, Los Mejores Cuentos, Lynx Eye, y Resonancias. Es autor de los libros CUENTOS DE UN CONTINENTE INVISIBLE, EMBRUJO, y NOEL Y LOS TRES SANTOS REYES MAGOS. Recientemente escribió y dirigió el largometraje RAY BRADBURY'S CHRYSALIS, basado en un cuento del legendario escritor norteamericano.

Báez Milán reside en Greensburg, Pennsylvania, con su esposa e hijos.

Axxón 210 - septiembre de 2010
Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Fantasía : Fantasma : Artes : Cine : Puerto Rico : Puertorriqueño).

La razón de las estatuas

Ariel S. Tenorio

ARGENTINA

Jesucristo parpadeó, sus ojos de yeso pintados con acrílico caoba se movieron en las órbitas y observaron a la concurrencia. Gradualmente, como si les hubieran inyectado un extraño suero, adquirieron un fulgor viscoso y oscuro, y las pupilas se dilataron hasta convertirse en dos espejos negros. El Redentor gesticuló y probó los músculos del rostro, un desfile de muecas que cubrieron todo el espectro de las emociones humanas. Al final, se quedó con una ancha sonrisa que recordaba a la famosa foto de Charles Manson en manos de la justicia. La saliva se descolgó de su labio inferior y descendió en perfecta línea recta hasta la alfombra roja del altar, donde el sacerdote salmodiaba a sus fieles enfrascado en el ritmo de sus propias palabras.

Era la tarde de un viernes de un día perfectamente normal y nadie se percató del Cristo articulado hasta que un monaguillo aburrido decidió investigar que era lo que resoplaba a sus espaldas. Lo que vio no logró traducirlo a ningún lenguaje o protolenguaje conocido. Como si le hubiera dado un aneurisma, se quedó balbuceando y gruñendo hasta que la estatua se acercó y le aplastó el cráneo de un puñetazo. Un segundo antes de que se desatara el caos, en la primera fila, la señora Da Silva había estado rogándole a Jesús que eliminara de la faz de la tierra a su nuera; Carmencita De la Cruz Da Silva, criatura indigna y aborrecible por donde se la mirase y que ostentaba el dudoso tupé de haberse floreado con media ciudad de Río de Janeiro antes de clavar las garras en su único hijo, que por otro lado no era un santo pero que tampoco se merecía a una bruja como aquélla. Por estos motivos y por otros menos convincentes, la señora Da Silva argumentaba hecha una furia y pedía una muerte rápida y eficaz para su nuera sin quitar los ojos del Nazareno. Fue por eso que se convirtió en la primera espectadora del prodigio, cuando el Cristo se descolgó de la cruz y caminó tambaleándose como un zombie por el altar.

Aquella proeza no pasó desapercibida para nadie y enseguida se oyeron voces histéricas aclamando que era un milagro y otras que decían que no, que no lo era en absoluto. A esos gritos, la señora Da Silva tuvo que sumar los propios, retractándose de haber albergado tan pecaminosos pensamientos, pero el Cristo fue indiferente a la cacofonía general y atacó

al monaguillo sin miramientos.

Fue un golpe demoledor, el pobre muchacho salió despedido como un muñeco de prueba y cayó muerto junto a la primera fila de bancos. Precisamente junto a los pies del juez Milton Dos Santos Del Rey. Dicho juez era una eminencia en el lugar pero también era un anciano de más de ochenta años, con problemas cardíacos. Por lo que no pudo evitar que la ofrenda que salpicaba sus finos zapatos de gamuza le provocara un tembleque infantil en el mentón y mucho menos que la vieja pasa de higo se le detuviera en seco a modo de protesta.

El Cristo vociferó un sonido que retumbó en el interior de la nave como el llanto de una ballena herida; su ex rebaño respondió con un griterío aterrado, pero humano.

El sacerdote se llamaba Oscar Nascimento Truncado y hasta ese momento no había atinado a nada que no fuera sobarse su barba de chivo y perder el control de la vejiga. Pero a último momento se interpuso, con pasmosa sorpresa, entre la estatua y la concurrencia. La figura se detuvo ante él y lo miró con ojos inexpresivos.

—¡Vuelve al pozo de azufre, bestia inmunda! ¡No eres digna de mancillar esta imagen! —dijo el sacerdote, insuflándose valor.

Jesucristo acercó su enorme rostro hasta que la nariz aguileña del cura quedó a dos centímetros de la suya y, como si fuera la cosa más natural del mundo, comenzó a olfatearlo.

—Vuelve a tus dominios, en nombre de… Dios —susurró el sacerdote.

Recibió una dentellada en plena cara y fue sacudido como la presa de un animal salvaje hasta que la carne se despegó de sus huesos con un ruido de succión. Se sintió suspendido, flotando en una mezcla de horror y éxtasis, luego su espinazo se quebró en tres partes contra un banco de madera. Sus pocos minutos finales los dedicó a morir miserablemente.

Mientras la señora Da Silva al igual que otros concurrentes avanzaban en tropel hacia la salida, el Cristo arrastró el cuerpo del juez Milton Dos Santos del Rey y comenzó a utilizarlo para aporrear a los más rezagados. Un hombrecito de anteojos y bigote intentó esquivarlo y recibió una tremenda patada en el estómago. Por encima del pandemonium, el Cristo lanzó otro llanto de ballena. Un sonido tan grotesco que paralizó a los más débiles. Era la antítesis perfecta del pastor y sus ovejas, un flautista de Hamelín demencial que hacía que las ratas se llevaran las manos a los oídos y pugnaran contra un terror que volvía la sangre espesa como la brea. Cerca de la puerta, el gentío se había convertido en un desesperado nudo de brazos y piernas. El Cristo se deshizo del cuerpo y de tres zancadas alcanzó

al último grupo, comenzó a morder y a golpear a cuantas personas pudo, entregado a un frenesí salvaje y sin tregua.

Joâo Gabriel Barbosa y María Belifonte practicaban capoeira en la plaza central justo enfrente de la iglesia de San Bautista. A sus pies había un sombrero de raso con unos pocos reales, gentileza de unos turistas alemanes y alguno que otro paisano generoso. En líneas generales, el día había sido bastante malo y Joâo y María habían discutido por una serie de tonterías, aunque eso no era un impedimento para que continuaran demostrando sus habilidades. Además, Joâo tenía en su bolsillo un regalo que ablandaría los caprichos de su novia. De eso estaba seguro. Estaban tan concentrados en su arte que no percibieron a la muchedumbre huyendo del templo, hasta que alguien pasó muy cerca de ellos y lanzó una exclamación para luego caer sobre el césped con la mitad de la cabeza literalmente mordida.

María Belifonte pegó un saltito que en otras condiciones hubiera resultado gracioso y automáticamente comenzó a llorar y a hipar sin entender muy bien qué pasaba. Tampoco entendió el tremendo empujón que le propinó Joâo, aterrizó de cabeza a un par de metros, entre un macizo de flores y un bebedero de piedra. Escupió tierra y se levantó, todavía llorando pero justo a tiempo para ver como un gigante desnudo y cubierto de sangre estrellaba una pila bautismal con tremenda violencia en la cabeza de su novio. Joâo Gabriel Barbosa se convirtió en pulpa de carne y sesos revueltos tan rápido que María registró para siempre su última expresión: una cara de consternación pura.

El monstruo se volvió hacia ella y se frotó los genitales. Un Jesús de tres metros con un pene grande como un martillo hidráulico que se bamboleaba arriba y abajo, con la baba colgando de su mentón y unos ojos vacíos y terribles clavados en ella.

María dejó de llorar, dejó de hipar, dejó de respirar, pero se levantó y corrió como nunca había corrido en su vida. Corrió como una condenada, como si disputara por una medalla olímpica. Siete cuadras después se desplomó y se preguntó con una risita histérica qué mierda escondería Joâo en el bolsillo.

Eran las siete y cuarto de un día normal en la ciudad de Río de Janeiro, y la bestia de yeso comenzó a recorrer las calles aullando como una bestia marina a una luna incipiente y enfermiza. Antes de que oscureciera por completo, ya había asesinado a cuarenta personas, herido a más de noventa y causado destrozos y pánico en toda la zona central de la ciudad. Seguido de cerca por una jauría de perros que no dejaban de ladrarle, dejó un tendal de destrucción como nunca antes se había visto.

Cuando se encendió la lucecita roja de la radio, el teniente Matheus Correia

Souza lanzó un insulto por lo bajo. Era su día franco después de dos semanas de trabajo y se merecía pasar tiempo con su pequeña Lucía. Contestó de mala gana, y escuchó lo que tenían que decirle. Soltó una carcajada, luego cerró la boca y se puso pálido. Cinco minutos después, quemaba las gomas de su Yamaha y se saltaba los semáforos en rojo para llegar al cuartel.

Allí, su equipo ya estaba preparado y esperándolo.

—Parece que a Jesús se le acabaron las otras mejillas, teniente.

—No haga bromas con esto, Figueiras.

Las tanquetas de la policía paramilitar no eran muy cómodas cuando iban atiborradas, pero al menos eran rápidas. El teniente observó que sus hombres se preparaban para el enfrentamiento. El cabo Elizalde Barreiros besó su crucifijo y al instante adoptó una expresión casi cómica, de asco y extrañeza.

Encontraron a la bestia cerca de la playa, en el extremo sur del Boulevard. El Cristo andante de la iglesia San Juan Bautista había colapsado una avenida, provocando el incendio de varios automóviles y matando a todos sus ocupantes.

Cuando el equipo preparó la artillería, el monstruo estaba atacando un bus de larga distancia. Forzó las puertas y entró en el vehículo sin que nadie pudiera detenerlo. La policía formó un rápido cordón a unos treinta metros del ómnibus. Adentro se había iniciado una masacre y los gritos de los turistas eran insoportables.

El teniente Matheus Correia Souza no era un tipo de andarse con rodeos. Pidió permiso a sus superiores y tras recibir el visto bueno, se calzó el lanzagranadas en el hombro y apuntó con el corazón frío. En su mente, la pequeña Lucía le enseñaba a amasar bolinhos de mandioca con la cara cubierta de harina.

Disparó una lanza humeante que se incrustó en el tanque de combustible.

El bus pareció rajarse por la mitad, se elevó un metro del suelo envuelto en una llama anaranjada y aterrizó como en cámara lenta en medio de un estruendo colosal.

Más tarde, cuando los bomberos enfriaron los hierros, encontraron lo que quedaba de la criatura, pero a diferencia de sus víctimas, su cuerpo no estaba carbonizado sino resquebrajado y deshecho en escombros.

Cerca de medianoche, la noticia del Cristo asesino había empezado a prender como pólvora en todas las emisoras de radio y televisión del país. Miles de opiniones saturaron los medios con el afán de explicar lo

inexplicable. Especialistas y testigos hicieron conjeturas cada vez más absurdas y sembraron la semilla del miedo en toda la nación.

A las doce y cuarto, en una de las ciudades más bellas y peligrosas del mundo, todos los perros se pusieron a aullar al unísono. Fue un ulular desgarrador que trepó por los morros y se proyectó hacia las estrellas anunciando lo peor.

De cara al océano, encaramado en el cerro del Corcovado, el Cristo Redentor abrió los ojos y contempló las luces brillantes que se extendían hasta la bahía.

Ariel S. Tenorio, argentino, nació el 2 de agosto de 1975. Se ha dedicado a la creación de relatos cortos de ficción y poesía. Actualmente vive en Gral. Pacheco, provincia de Buenos Aires, Argentina. Es miembro fundador del grupo literario pro-horror "The Wax". Ha recibido una Mención de Honor en el 16° certamen de poesía y narrativa 2007 de la Editorial Zona. Es lector desde hace años de la revista Axxón y como tanto ingreso de datos al final debe generar alguna salida, aquí tenemos el interesante trabajo que nos ha presentado.

Hemos publicado en Axxón: SUNNY ROSE Y EL VENDEDOR DE ESPEJOS (178), CARROÑA (179), LA JUNGLA MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS (181), ¡ZOMBIE, RESPONDE!, ORDENÓ: EL PLASMATRÓN (191), EL NANABOUSH (195)

Axxón 210 - septiembre de 2010
Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Terror fantástico : Religión : Zombies : Argentina : Argentino).

La anomalía

Francisco José Ubau Gutiérrez

**ESPAÑA**

I

El chiringuito donde nos encontrábamos estaba, como era habitual en aquel periodo del año, repleto de lugareños y turistas que saciaban su sed con cerveza, refrescos y creativos cócteles multicolor.

Marcus y yo nos habíamos reunido aquel día en particular, en el que se jugaba un interesante partido de fútbol. Mucha gente acudió a verlo. El sitio en cuestión disponía de un enorme televisor de plasma que proporcionaba una imagen nítida y un sonido espectacular, y conforme se acercaba la hora del inicio, los aficionados se iban acumulando dentro de aquel oasis de madera hasta llenarlo por completo.

Todo transcurría dentro de los márgenes de la normalidad y nada parecía que pudiera enturbiar nuestro único día de descanso, pero a los pocos minutos de iniciarse el partido y cuando la gente parecía estar más animada y distraída en triviales conversaciones, de una forma repentina y sutil la imagen de aquel televisor comenzó a parpadear…

Es posible que este hecho pudiera parecer irrelevante en la vida diaria de nuestra sociedad, sin embargo, aquella inofensiva distorsión en la pantalla iba a tener una repercusión difícil de imaginar en ese momento.

Rápidamente se formó un enorme revuelo, la gente protestaba medio en broma; otros más en serio y en distintos idiomas. Un joven camarero, instigado por el animado público, revisaba el caótico enjambre de cables tras el televisor, pero por su gesto, todo parecía estar correctamente enchufado y conectado. Mientras tanto, el dueño del establecimiento cambiaba de canal con manos nerviosas, alargando el brazo por encima de la barra con su mando a distancia, pero aquella vibración continuaba, aparecía en todos los canales, sin distinción.

En un principio aquello podía haber pasado desapercibido, como ya he dicho, o parecer algo muy normal, si no fuese porque entonces todos los canales de televisión que se emitían eran digitales, y por lo tanto, no podían

existir interferencias. La era analógica había pasado a la historia. Según los entendidos, la imagen debía verse perfecta, o simplemente no verse por falta de señal. De todas formas continuamos viendo el partido de esa manera hasta su terminación, pues aquella sutil vibración no era tan molesta como los gritos del embriagado público, y la imagen se podía ver y escuchar casi con claridad. Tras la terminación del encuentro seguimos disfrutando de aquel día soleado sin más altercado.

Al día siguiente y después de tomar café en el bar de Nick, me dirigí andando a la oficina, que se encuentra a dos manzanas de mi casa, una vez allí saludé a mis compañeros y tomé asiento delante del ordenador.

Dos meses antes había redactado una noticia sobre un posible ataque a las computadoras del aeropuerto de la ciudad, pero como de costumbre en los informativos nacionales simplemente lo habían denominado "problema en el sistema informático". Mi periódico, en cambio, publicó una noticia mucho más comprometedora basándose en ciertas informaciones a las que yo tenía acceso y que merecieron el reconocimiento de todo el periódico, y desde entonces, mi jefe me alentaba a que investigase en esa dirección.

—¡Eh, muchachos! ¿Habéis notado la extraña vibración de la tele? —dijo un joven becario en un tono jovial que contrastaba con la infernal melodía de los teclados.

—Ahora que lo dices, yo creía que sólo me ocurría a mí —respondió otro de ellos a lo lejos.

—Sí, a mí también me ha pasado, y eso que prometían que en la era digital no habría sitio para interferencias. Pero ya sabéis cómo son estas cosas, nos venden la piel del oso antes de cazarlo.

Yo me dediqué a oír los comentarios sin decir nada. Uno a uno afirmaban que ellos también eran víctimas de aquella molesta vibración en sus televisores. Al parecer era algo que les ocurría a todos y no sólo un fallo aislado de la televisión del chiringuito como había creído en un principio. Aún así, no dejaba de ser un hecho curioso.

Al cabo de un rato de risas y comentarios sin sentido y de haberle quitado importancia, me olvidé de ello y continuamos con el trabajo. Pensé que si era un problema que nos atañía a todos, alguien más instruido en el tema que nosotros se ocuparía de solucionarlo. Nunca imaginé ni por un momento que aquella leve interferencia no iba a quedar en una simple anécdota, ni muchísimo menos.

Al llegar a casa, por la tarde, después del trabajo, me di una ducha, preparé algo de comer y me senté en mi cómodo sofá. Encendí la televisión, e instantáneamente me di cuenta de que algo no marchaba bien: ahora se había hecho más notable, abandonando sutilezas, podía percibirse con nitidez; la pantalla vibraba claramente.

Puse las noticias, pero no decían nada relevante, al menos no sobre aquello. Miré en Internet. Me introduje en algunos foros especializados con la esperanza de que en alguno de los infinitos recovecos del ciberespacio hablaran sobre esa cosa, y así era, al parecer era algo general que le sucedía a todo el que tuviera un televisor o un aparato receptor de la señal, aunque nadie sabía exactamente de qué se trataba, cuál era el motivo o su significado. Como solía ocurrir, cada uno de los internautas tenía su propia teoría, pero la mayoría de ellas elaborada sin una base técnica apropiada.

De todas las diversas y atrevidas opiniones que se exponían la que parecía más acertada aunque incompleta, era la que afirmaba que el problema estaba en la señal misma, que por algún motivo que aún se desconocía venía corrupta. Sin embargo aquella suposición era absurda para cualquier mente mínimamente instruida, pues como ya he dicho con anterioridad, en una imagen digital no podían existir interferencias.

Otra cosa que llamó mi atención fue cuando leí en un mensaje que aquello no se limitaba a los canales de televisión del país, sino que estaba ocurriendo a nivel global. Eso me sorprendió muchísimo, y empezó a preocuparme seriamente. Pensé que lo mejor sería llamar a mi amigo Ronie.

Ronie era la persona más informada que yo conocía, estaba al tanto de prácticamente todo lo importante que pasaba, y cuando digo todo no me refiero a lo que decían los periódicos, las noticias o cualquier otro medio de comunicación, sino a lo que realmente ocurría en el mundo y que, según él, era ajeno al noventa y nueve por ciento de la población, que se limitaba a pagar facturas e impuestos sin cuestionarse absolutamente nada. En ocasiones me había ayudado en mi trabajo dándome alguna que otra información exclusiva, como en el caso del aeropuerto. Para ser honesto diré que en mi empresa llegué a ser lo que era y estar donde estaba en parte gracias a él y a sus informaciones tan valiosas a la par que increíbles.

Ronie se movía en algunos ámbitos muy ocultos y de difícil acceso, “underground” como se solía decir en su argot. Y estaba seguro de que él sabría de qué se trataba, o al menos tendría algún tipo de información privilegiada.

Decidí llamarle por teléfono:

—¿Qué tal, Ronie?

—Hola, Paul —respondió con una voz susurrante, casi inaudible.

—Sabes por qué te he llamado ¿no es cierto?

—Sí, cómo no. Ahora mismo tengo el asunto aquí delante.

—¿Y qué opinas? ¿Qué crees que puede s…?

—¿Puedes venir a mi casa? —dijo, sin dejarme terminar la frase.

—¡Cómo! ¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. Creo que he descubierto algo interesante.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo como un relámpago, no por lo que me dijo, sino por el timbre de su voz. Pude sentir cierto temor a través de la línea telefónica. No dudé un segundo y me dirigí hacia su casa con rapidez. Una mezcla de nerviosa intriga se apoderó de mí en ese momento, intuyendo alguna otra noticia exclusiva para mi periódico.

Fui andando a paso ligero. La casa de Ronie está a dos manzanas de la mía, así que no tardé mucho en plantarme en su puerta. Cuando llegué, toqué en el portero y la puerta se abrió. Aunque había un ascensor, subí las escaleras de dos en dos hasta el cuarto, toqué el timbre y Ronie me abrió la puerta. Tenía un aspecto horrible, el pelo alborotado, sin cortar desde hacía unos cuantos meses, y unos ojos venosos que intentaban no cerrarse, expresaban su cansancio. Se podía ver que no había dormido nada o casi nada en toda la noche. O conociéndolo, tal vez en varias noches.

—Tienes mala cara —le dije.

—Entra, vamos, no te quedes ahí —dijo agarrándome de un brazo y empujándome literalmente hacia dentro.

La luz estaba apagada, tan sólo la pantalla de su ordenador iluminaba el pequeño apartamento levemente.

—Ah, sí, perdona. Sabes que me gusta estar a oscuras —dijo esbozando una leve sonrisa y encendiendo una pequeña bombilla que colgaba del techo por dos cables.

Gran parte del apartamento de Ronie lo ocupaban montones de libros de muy diversa temática que estaban diseminados por todas partes. Recortes de periódico con diversas noticias importantes adornaban las paredes. Y rematando aquel cuadro, una mesa sobre la que descansaba la pantalla de su ordenador y en la que se amontonaban cables, placas de circuitos y aparatos electrónicos de difícil clasificación. A muchos de ellos los fabricaba él mismo, a otros los modificaba dándole nuevas y extrañas utilidades que sólo él parecía comprender

—Ven —dijo, indicándome que me acercara al monitor—, observa. He podido descubrir un patrón en la señal de televisión, y aplicando esta función matemática —me enseñó una serie de extrañas letras y números apuntados en un sucio papel, que en algún momento parecía haber sido blanco— he encontrado esto —pulsó la tecla Enter con suavidad.

En ese momento en la pantalla podía verse la imagen de televisión, en la que se mostraba claramente aquella incesante interferencia. Hasta ese instante todo parecía “normal”. Sin embargo, después de haber pulsado aquella tecla, la anomalía fue concentrándose lentamente justo en el centro de la pantalla hasta convertirse en una pequeña pero perceptible imagen en la que podían apreciarse unos minúsculos números que se movían… y lo peor de todo… avanzaban.

Después de un momento en el que permanecimos en silencio, continuó:

—Es una cuenta regresiva.

—¿Una… qué? ¿Qué quieres decir?

—Que es un cronómetro y se mueve hacia atrás, o sea, que es una cuenta atrás y faltan justo seis días para que llegue a su fin.

—¿Y bien? —pregunté, sin saber qué decir.

—Pues que no me gusta —dijo con un gesto como dando a entender la evidencia de aquel asunto.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—No me gusta que una interferencia que oculta un código con una cuenta atrás que no augura nada bueno se me cuele en el televisor de mi casa, sin saber lo que significa, ni quién la ha puesto ahí, pero lo más preocupante no es quién, sino cómo ha llegado esa cosa donde está. Las cadenas de televisión y la policía no saben nada, aunque seguramente pronto dirán alguna chorrada para no alarmar a la población. Está claro que el código está insertado en la señal que se emite, pero aún no han encontrado nada, ninguna fuente. Al parecer la señal sale limpia desde la central de televisión pero llega a las casas con esta interferencia. Ahora mismo las investigaciones de la policía se centran en un posible ataque hacker de nivel avanzado… muy avanzado. Están investigando, pero todo lo que han logrado hasta ahora no son más que conjeturas. Nada está claro. Y sobre todo, lo que me pone la carne de gallina es ese contador, y lo que pueda ocurrir cuando termine su cuenta atrás.

Hacía tiempo que dejé de preguntarle de dónde sacaba toda esa información, pero todo lo que me decía podía darlo por cierto, más que si la información proviniese de cualquier otra fuente.

—¿Qué crees que puede pasar, Ronie?

—¿Qué es lo que creo? Pues que el que haya sido capaz de hacer esto, de insertar ese código en la señal… No voy a explicarte el por qué es difícil por no decir imposible, pero créeme, lo es. ¿Qué piensas que podría hacer? Hoy por hoy todo el maldito mundo está informatizado, interconectado, todo es una enorme red. Estamos rodeados de cables, de ondas que no vemos, por las que circulan millones de bits de información de un lado para otro y que lo controlan todo. Y no digo que cualquiera con unos cuantos conocimientos sobre ordenadores pueda hacerlo. Esto, aunque no lo creas, sobrepasa todos los niveles de pirateo que conozco… A mí me ha sobrepasado.

Lo que Ronie acababa de decir hizo que la sangre se me helara de nuevo. Yo, que con mis propios ojos había visto lo que era capaz de hacer con una simple computadora, lo veía ahora tan perdido en un tema como éste… Era algo inquietante y muy preocupante, que me dejó totalmente desconcertado.

—¿De verdad que no sabes nada de esto?

—Así es.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo mismo que tú y que todos, supongo. Esperaré a ver qué ocurre, pero seguiré indagando por ahí a ver si encuentro algo.

—¿Piensas que debería publicar esto?

—Ni hablar, Paul —respondió súbitamente—. Sabes que soy partidario de divulgar todo tipo de información y que la gente esté lo más informada posible, y desde esa información puedan decidir por sí mismos sobre su vida o su futuro, sin embargo no creo que sea buena idea ahora mismo llevar esto a la luz. Piénsalo, esto podría provocar una alarma de grandes proporciones en toda la población, y seguidamente los gobiernos, al verse sobrepasados, lo más probable es que actuaran de una forma irresponsable.

—Pero la gente debe conocer esto —le dije.

—Creo que no deberías decir nada, Paul. Te lo digo en serio. Más que nada por nuestra seguridad. Si publicas esta imagen y se enteran de la fuente que la ha publicado, irán a por ti y por tu periódico, y lo sabes.

—Tal vez tengas razón. No obstante, tú podrías colgarla en la red sin que te descubran, ¿no es cierto?

—Sí, podría, pero no voy a hacerlo. Aún no. No voy a ser yo el responsable de provocar un caos en la población. Y tampoco dejaré que tú lo seas.

En ese momento Ronie fue al baño dejándome delante de aquella

inquietante cuenta regresiva. Y de pronto, inconscientemente, mi cuerpo actuó por instinto y de una forma de la que no tardaría en arrepentirme. Saqué el teléfono móvil de mi bolsillo y en menos de lo que se tarda en pestañear hice una foto a la pantalla y otra a la especie de servilleta donde tenía escrita la función matemática que había usado para descifrar la interferencia. Sabía que por voluntad propia no me las iba a facilitar. Pudiera ser que se moviese un poco al margen de la ley en algunos aspectos de su vida, pero estaba claro que no era un loco irresponsable.

II

A la mañana siguiente, después de casi no pegar ojo en toda la noche, me levanté a las 7:30, justo media hora antes de que sonara la alarma del despertador. Me giré hacia la cómoda y me quedé mirando por un momento mi teléfono móvil. Sabía lo que había atrapado dentro de ese pequeño aparato y lo importante que era para mí y para toda la sociedad. Pensé que no era una buena idea seguir manteniendo aquel valioso secreto en el interior de mi teléfono como único lugar de almacenaje. No lo veía lo suficientemente seguro, el miedo a que se borrara accidentalmente, o pasara algo que provocara que aquellas complejas operaciones matemáticas tan valiosas se esfumaran, hizo que me decidiera a pasar la imagen al ordenador, para después grabarla en un Cd, el cual guardaría en la cartera que llevaba habitualmente al trabajo.

Estaba bastante impresionado por lo que había visto, y el no saber qué iba a ocurrir me mantuvo desde aquel día en un cierto estado de nerviosismo e inquietud. Movido por la incertidumbre, fui al salón y encendí la televisión con la esperanza de que aquello se hubiese esfumado y todo hubiese vuelto a la normalidad, pero como era de esperar la “anomalía” aún estaba allí; como una temible pesadilla.

En mis pensamientos sólo flotaba una pregunta: ¿Qué significaría todo esto? El asunto se tornaba complejo a la vez que inquietante. No sabía lo que debía hacer, si publicar aquellas ecuaciones junto con la imagen de la cuenta atrás, o tal vez esperar un poco más para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Aunque, por otro lado, no había tanto tiempo, tan sólo seis… ahora cinco días, y mi lado de periodista, que en aquella época parecía ser más fuerte que los otros aspectos de mi persona, instigaba de manera contundente a que aquella noticia viera la luz. Sin embargo debía

ser prudente, no sabía el impacto que aquello podría causar en la población. También barajé la posibilidad de que algún experto hubiese descubierto al igual que Ronie lo que se ocultaba tras aquella vibración. Así que me conecté a Internet, y estuve buscando un buen rato. Los foros de charla sobre el tema habían aumentado considerablemente en colaboradores, y las páginas que hablaban sobre ello habían aumentado en número, sin embargo, no encontré nada parecido a lo que yo tenía en mi teléfono móvil. Si alguien había colgado aquella ecuación en la red, o había descubierto lo que se escondía tras la vibración, como lo había logrado Ronie, yo no conseguía encontrarlo. Eso aumentó mi inquietud, por la valiosa información privilegiada que poseía unida a la responsabilidad que conllevaba el poseerla.

Después de vestirme, bajé al bar de la esquina a tomar café. Casi entrando por la puerta, ya tenía el café puesto en la barra; un cortado doble, con muy poca leche.

No es que fuese un lujo de cafetería, pues tenía un aspecto un tanto descuidado y antiguo. El típico bar de barriada, en el que los rutinarios espíritus que vivían en los alrededores llegaban atraídos por el excelente café que hacía Nick, sin duda, el mejor que había probado. Entre toda la gente que se acumulaba en la barra, había un pequeño hueco, Nick me hizo una señal con la mano y me dirigí hacia allí.

—Buenos días, Nick.

—¿Qué tal, Paul? Ayer no te vi por aquí.

—Se me hizo tarde —respondí.

Después de darle un pequeño sorbo al café y cuando mis ojos se acostumbraron a la intensa humareda de cigarros y algún que otro puro, pude ver que en la televisión del bar, como no podía ser de otra manera, se exhibía amenazante aquella vibración.

—Por casualidad no sabrás nada de eso ¿verdad, Paul? —preguntó, señalando hacia la enorme pantalla—. Tú siempre estás muy bien informado. Estaba hablando con estos dos caballeros —añadió haciendo un gesto con la cabeza señalando a dos hombres de unos cuarenta años, que reconocía por ser clientes asiduos—. Y pensé que tal vez podrías aclararnos algo, ya que en las noticias parece que no dicen o no saben nada.

—Ya te he dicho que no te creas todo lo que dicen en la televisión y piensa en lo que no cuentan, que suele ser más importante, Nick —dije después de darle un segundo sorbo al café—. Pero en este caso, créeme, estoy igual que vosotros —añadí.

Justo a mi lado había otros dos tipos que estaban hablando sobre lo mismo. Agudicé el oído y pude oír algo.

—Mi cuñado que entiende de esto dice que no hay por qué alarmarse, que sólo es un problema técnico, que la señal está corrupta y que tiene algo de ruido, nada más. Así que no hay por qué preocuparse. No entiendo a la gente que por cosas como ésta ya ni duerme.

“¡Qué ilusos!”, pensé. Tuve que contenerme para no decirles todo lo que sabía y verlos temblar como críos. Qué bueno era a veces para la salud no conocer la verdad y permanecer en la ignorancia. Lo tranquilo que puede dormir uno.

Después del café, me dirigí hasta el trabajo. Durante el trayecto continué pensando en lo que iba a hacer. En esos momentos en mis pensamientos se barajaban dos opciones: por un lado, la sociedad tenía derecho a conocer la verdad, aunque, por otro lado, si esa imagen veía la luz junto con las ecuaciones que la descifraban, podría provocar una alarma de grandes proporciones, como Ronie había augurado. También tenía que discurrir sobre el asunto de que, si se enteraban que había sido yo la fuente de la noticia, lo más probable sería que la policía viniera a buscarme, a preguntarme cómo sé las cosas que sé y cómo las había llegado a saber, poniendo a Ronie en un aprieto.

Tras meditar un rato y dejar que mis pensamientos se moviesen en esa dicotomía se me ocurrió un método menos directo para llevar a cabo mi propósito y que hizo que me decidiera finalmente por dar a conocer lo que sabía. Pensé que tal vez había otra manera. Una idea comenzó a germinar en mi cabeza que me haría matar dos pájaros de un tiro, mantener mi anonimato y a la vez publicar la noticia. Podía enviar a mi periódico la información de forma anónima vía e-mail. Así mantendría al emisor en el anonimato, y dejaría en manos de mi jefe el publicarlo o no. Al menos también él estaría informado y me sentiría en cierta forma liberado de esa responsabilidad. Estaba claro que no sabía hacer las cosas que hacía Ronie con una computadora y aún así seguir manteniendo el anonimato; sin embargo, se me había ocurrido una idea genial para llevar a cabo mi labor.

Últimamente habían abierto unos cuantos establecimientos con acceso a Internet no muy lejos de donde vivía, y me dirigí hacia uno de ellos en el que había estado en alguna ocasión. Llegué al sitio en cuestión, estaba totalmente vacío, aún era muy temprano. Estos lugares solían llenarse de estudiantes de instituto que se dedicaban a chatear a la menor ocasión. Decidido a lo que iba a hacer, me senté en un ordenador un poco alejado del recepcionista, e inserté el disco donde llevaba la foto de aquella cosa en

el reproductor de CD. Bien… desde luego no era tan estúpido como para enviarlo desde mi cuenta de correo electrónico, así que en cuestión de segundos me creé una nueva y agregué como archivo adjunto las imágenes que previamente y con el ordenador de mi casa había copiado desde el móvil al CD. Añadí unas cuantas palabras a modo de explicación, diciendo que aquella imagen era una representación estática de otra en movimiento, pues aquellos números eran una cuenta atrás y se movían. Y también agregué la foto con aquellas complejas ecuaciones. En primera instancia sólo pensé en enviarla al correo de mi jefe, pero antes de pulsar el botón de "Enviar", decidí que lo mejor sería mandarla a todos los que trabajaban en el periódico, así la divulgación no dependería de la decisión de una sola persona, y así hice. Puse la dirección de unos veinticinco miembros del periódico (el mío incluido) de los que conocía sus e-mails y sólo entonces pulsé el botón de "Enviar". Un cosquilleo apareció en mi estómago justo el momento antes de pulsar ese botón. Pensé en lo que debía sentir Ronie cuando hacía las cosas que hacía desde su ordenador y se infiltraba en computadoras de grandes empresas y en lugares que se supone no se podía acceder. En cuestión de segundos apareció en la pantalla "mensaje enviado". Luego cerré la ventana del navegador, saqué el disco. Me guardé el CD en la cartera. Me acerqué al mostrador y le pregunté cuánto le debía al muchacho que se encargaba de aquel garito. Después salí disparado hacia el trabajo.

El cosquilleo aún seguía allí. Me peguntaba qué ocurriría cuando abrieran sus correos y vieran lo que se escondía realmente tras aquella interferencia tan molesta e incomprensible.

Cuando llegué a la oficina, con quince minutos de retraso, pude notar que el e-mail ya había comenzado a hacer efecto. Ninguno de mis compañeros estaba en su lugar de trabajo. Entonces una idea comenzó a brotarme de algún lugar de la mente. Pensé que no había sido todo lo precavido que yo creía, y que cabía la posibilidad de que pudieran relacionarme de alguna manera con los e-mails enviados, pues ahora que lo pensaba con más frialdad, si a alguien le daba por relacionar la hora del envío de los e-mails, y cayeran en la cuenta de que yo no me encontraba en la oficina en aquel momento, podrían sospechar de mí. No obstante intenté no pensar en ello y concentrarme en los acontecimientos que tendrían lugar a partir de ahora. Para ello tan sólo tenía que sentarme y esperar a que la mecha que había encendido se fuera quemando hasta estallar por algún sitio.

Mi compañero Marcus, al verme llegar, se dirigió rápidamente hacia mí.

—¿Dónde te habías metido, Paul? ¿Es que no has visto tu correo?

—No, Marcus. Aún no lo he abierto ¿Qué ha ocurrido?

—Mira, abre bien los ojos, amigo —dijo enseñándome la imagen impresa en la pantalla de su ordenador—. ¿Lo estás viendo? —dijo, señalando hacia el centro de la pantalla—. Es un reloj.

—¿Un reloj? —pregunté, haciéndome el sorprendido—. ¿Qué quieres decir? ¿De dónde ha salido esa imagen?

—Pensamos que es un contador. Una cuenta atrás. Ahora está parado, porque esto es una fotografía de una imagen en movimiento; pues en el e-mail que algún anónimo ha enviado al periódico dice que los números claramente muestran el formato de un reloj, y que se mueven hacia atrás. Como una cuenta atrás o algo parecido.

—¿Y no se sabe quién ha sido?

—No lo sabemos. Pero tampoco se le puede dar mucho crédito ¿no crees? Piénsalo. ¿Cómo sabemos que esa imagen es auténtica, y no ha sido la creación de un aficionado usando un programa de edición de imágenes?

La pregunta que Marcus acababa de hacer era bastante lógica, yo en ese momento no podía descubrirme y decir que era total y absolutamente auténtica, así que me contuve y permanecí callado.

—¿Y si no es así? —añadí súbitamente—. También cabría la posibilidad de que fuese auténtica.

—Sí, es posible. El jefe la acaba de enviar junto con las ecuaciones que descifran la interferencia a una empresa de seguridad informática para corroborarlo.

—¿Y qué piensa hacer si se confirma que es real?

—¿Tú qué crees? Publicarlo.

—¿Así sin más? ¿Ni siquiera habéis pensado en el impacto que esto podría ocasionar?

—Pero, Paul —añadió—, tanto tú como yo sabemos que la gente debe estar informada. Es lo que siempre hemos pensado, ése es uno de los motivos por el que elegimos esta profesión, ¿no es cierto? Además, parece mentira que me digas eso precisamente tú, el que ha provocado los escándalos más sonados en nuestro periódico.

—La verdad es que tienes toda la razón, Marcus. Hay que publicarlo.

De pronto el jefe nos llamó a todos. Al parecer había recibido un telefonema confirmando que aquellas ecuaciones eran auténticas y resolvían la interferencia mostrando una cuenta regresiva.

—Bien, muchachos, no sabemos lo que es esto, y sí, yo también estoy

acojonado como vosotros, si bien antes no mostré el más mínimo interés, esta imagen que nos ha llegado ahora cambia las cosas radicalmente, incluso rezo para que no sea cierta y sea tan sólo el montaje de un chaval imberbe jugando con un programa de edición de imágenes. Bien, dicho esto, lo que vamos a hacer ahora es investigar. Tal vez alguien pueda saber algo al respecto. Así que vamos a sacar una edición especial ahora mismo. Jenny, quita la portada del diario de hoy y pon ésta, y los demás escribid un artículo interesante, no hace falta que seáis catastrofistas, pero que impresione. Aunque no hace mucha falta ya que la imagen habla por sí misma.

»Paul, quiero que te luzcas como la última vez, éste es tu campo, así que no te digo nada.

Realmente vi a mi jefe frotarse las manos por aquella noticia, se le veía asustado, como todos, pero también excitado ante la idea de sacar aquello en primera plana en una edición especial.

Finalmente mi artículo fue el elegido y salió en primera plana del periódico. Todos mis compañeros me felicitaron, y a mi jefe se le veía exultante. Ahora sólo quedaba esperar la reacción de la gente.

III

En un solo día desde que publicamos la imagen del contador, la gente había pasado de la incertidumbre al miedo, que había extendido sus largos e incisivos tentáculos por todas las calles de la ciudad. ¿Quién dijo que manejar la verdad era algo sencillo? Ahora todo el mundo hablaba de la cuenta atrás y lo peor de todo, pensaba en ella. Las cadenas de televisión, en la panadería, en el supermercado, en el trabajo, incluso el indigente que pasaba el día echado en el escalón y que saboreaba las últimas gotas del cartón de vino hacían comentarios ininteligibles al respecto. Algunas personas decidieron mantener apagado su televisor con la idea de que si no veían la vibración ésta no les afectaría, craso error. No tardaron en salir organizaciones y sectas que vaticinaban el fin del mundo. La gente comenzó a comprar grandes cantidades de alimentos y en cuestión de varios días, tiendas y supermercados agotaron todas sus existencias. El gobierno al parecer había decidido aumentar notablemente el número de policías que patrullaban las calles por miedo a que se produjera un descontrol, y a que algunas personas presas del pánico o simplemente aprovechado el momento

de miedo e incertidumbre, se dedicaran a asaltar establecimientos y sembrar aún más el caos como posteriormente ocurrió.

En la televisión que aún se podía apreciar algo de imagen se veía como algún rico había comenzado a construirse una especie de bunker a marchas forzadas invirtiendo toda su fortuna, esperando a que ocurriera algo catastrófico… Al parecer en algunas ciudades del mundo empezaron a producirse manifestaciones de todo tipo, grupos antisistema auguraban alegres el fin prematuro de la era tecnológica. Otros simplemente se habían echado a la calle exigiendo desesperados a las autoridades y al gobierno que cesaran como fuese aquella vibración… Algunas personas vendieron todas sus propiedades. En cuestión de pocos días la ciudad se convirtió en un absoluto caos. Y por miedo a que el sistema se desmoronara por completo, el gobierno, a falta de un día para la hora cero, como pasó a llamarse al fin de esa cuenta atrás, declaró el estado de excepción, haciendo que el ejército tomara las calles e impidiendo el libre tránsito por la ciudad con el famoso y restrictivo toque de queda.

Aunque podía haberlo imaginado, nunca creí que se fuese a producir el desplome y descontrol de la sociedad hasta esos niveles, aunque Ronie me lo hubiese augurado. El caso es que el miedo y el pánico también se apoderaron de mi estado de ánimo, y me fue del todo imposible controlarlo. Los últimos dos días me quedé en casa observando por la ventana el caos producido del que en parte me sentía responsable ¿Qué demonios ocurría realmente? ¿Cómo podía una interferencia en los aparatos de televisión en la que alguien había ocultado un contador crear tanto revuelo? En realidad nada hacía sospechar que fuese a ocurrir algo catastrófico. Sin embargo, la gente corría despavorida a ocultarse en sus casas en un intento de protegerse de no se sabía qué. Como si el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina, y claramente definido por los dígitos de un pequeño y siniestro contador.

A falta de unas horas para el final de la cuenta atrás, escuché unos golpes en la puerta de mi casa. Eran dos soldados del ejército que estaban desalojando todos los edificios de la ciudad. Aquellos tipos iban totalmente armados, como si estuvieran en pleno conflicto bélico. Nos llevaron a Ronie y a mí en un camión militar hasta lo que parecía un improvisado campamento dentro de un parking subterráneo repleto de civiles asustados como nosotros. A algunos se les oía rezar. Otros lloraban y se podía incluso oler el miedo que reinaba en aquel oscuro y húmedo lugar. Nos explicaron que eran órdenes del gobierno el evacuar a toda la población. Así que nos quedamos allí a esperar nuestro aciago e incierto destino. Tan sólo quedaban unos minutos que se hicieron eternos para que la cuenta atrás

finalizara. Nadie hablaba ni decía nada. Sentía cómo el miedo se fue acrecentando en mi organismo no dejando lugar para ninguna otra sensación. A modo de despedida, Ronie y yo nos abrazamos sin decir nada. La hora estaba a punto de llegar. Ése fue el minuto más largo, silencioso y terrorífico que hasta entonces había vivido.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno…

La amenazante cuenta atrás había finalizado; pero para nuestra sorpresa y al contrario de lo que cabía esperar, no oímos ninguna explosión, ni nada que nos llevara a pensar que algo catastrófico hubiese podido suceder. Algunas personas fueron saliendo lentamente y con cautela de aquel oscuro lugar hacia el exterior, y volvían afirmando que no había ocurrido nada ahí fuera. Miré a mi alrededor, todas eran caras de sorpresa que mostraban alegría, por seguir aún sanos y salvos. Todos nos abrazamos, unos con los otros, también los militares, antes duros y cumpliendo con su obligación, pero, al fin y al cabo personas de carne y hueso que habían sucumbido ante el miedo de aquella incomprensible vibración, ahora se mostraban felices porque al parecer todo había quedado en un susto.

Entonces, mientras todos se fundían en abrazos y daban muestras de alegría, un joven, que permanecía en silencio y que se encontraba a mi lado, tal vez movido por el oscuro instinto de la curiosidad, se acercó a un pequeño y antiguo televisor que había sobre una mesa y que alguien había apagado minutos antes…

Recuerdo que todos dejamos lo que estábamos haciendo y lo observamos con una mezcla de curioso temor que rápidamente se transformó en sorpresa cuando al encender aquel aparato, apareció ante nosotros la imagen de una conocida chica de las noticias, llorando de alegría por continuar sana y salva. Pero lo más increíble, aquello que verdaderamente nos llamó la atención y llenó de alegría nuestros temerosos espíritus, fue que en esa imagen de televisión no había ni rastro de aquella incomprensible interferencia… como si jamás hubiera existido…

Epílogo

Dos meses más tarde de lo ocurrido, en una casa abandonada cercana a una pequeña población apartada de la ciudad, que según los vecinos llevaba unos diez años abandonada, tres niños, mientras jugaban, encontraron sobre una

mesa una caja negra y metálica con una pequeña luz roja que parpadeaba ligeramente y que estaba conectada a un ordenador portátil que se encontraba encendido y enchufado a un sofisticado sistema de baterías. Justo en el centro de la pantalla se mostraban cuatro dígitos en el siguiente formato: “00:00″ y un poco más abajo escrita la siguiente frase: “Experimento sociológico número uno: finalizado”.

Francisco José Ubau Gutiérrez nació en 1975 y reside en Málaga. Tiene varios relatos presentados a concursos pendientes de resolución; todos encuadrables dentro del género de ciencia ficción y fantasía. Actualmente está terminando de escribir su primera novela.

Axxón 210 - septiembre de 2010
Cuento de autor europeo (Cuento : Fantástico : Ciencia Ficción : Apocalipsis : Experimentos : Computadoras : España : Español).

Todos nosotros, zombies

Luis Saavedra

**CHILE**

Para Hugo Correa.

El Altísimo hacedor de la ciencia ficción chilena.

1.

Camilo Santelices escuchó alguna vez que la vida no era más que una larga preparación para la muerte, pero no fue hasta su sexta marioneta que las palabras retornarían y tendrían un sentido claro y preciso.

La noche de verano era agradable y la música era agradable, y la gente que lo atendía también. La langosta en el plato lucía bien, una clonación perfecta del vivero de San José de Maipo que destacaba contra la sobriedad del blanco perlado de la mesa. La copa de vino —no bebía más que una en cada cena— era caldo de una uva blanca que no existía desde hacía diez años en la cuenca del Gran Santiago, y resplandecía perfecto y traslúcido. Los aromas le llegaron por la conexión de 1Tbit sin bugs de comunicación. Ensayó con la langosta y separó un trozo, lo bañó en la salsa de ciboulette y lo observó intensamente reteniendo en alta definición el detalle. Luego se lo llevó a la boca y la información de la carne magra y blanca invadió sus centros de placer. Puso el servicio en el plato para dedicarle un par de miradas a la mesa meticulosa. Era un tema de blanco espeso y tonos íntimos: una servilleta de tela satinada con un lazo en negro absoluto, cinco cubiertos de plata broncínea y la copa de cristal italiano. El mantel tenía bordadas imperceptibles iniciales que sugerían un abolengo imaginario. Notó el detalle de la iluminación lechosa que lo relajaba y llevaba a un espacio zen que se extendía más allá del ventanal y las defensas del río Mapocho. El murmullo del gentío era un suave reflujo de voces contenidas que caían en un oleaje calmo como un mar interior. La simetría del

conjunto le hablaba de algo más que dinero: allí había prestigio y orgullo, dar la experiencia de su vida a alguien, darle la posibilidad de volver a Borde Río II. Como casi siempre, la textura de la realidad dos-punto-cero era abrumadora.

Cuando se aburrió del mobiliario pasó a las otras mesas. A su izquierda había una pareja con una simple copa de vino cada uno, no hablaban pero tenían una intensa comunicación con la mirada. Las marionetas eran aspectos jóvenes, proporcionados y bellos, que rozaban la perfección. La de él tenía un tic incorporado: un leve temblor en la mano izquierda. Eran las máquinas más avanzadas que había visto porque casi no inspiraban rechazo, y las más caras también. A su derecha había una reunión: la tecnología era más barata, las marionetas eran más burdas y el polímero orgánico era la base del front-end. Aunque no desentonaban con el ambiente, le molestó verlos tan animados, ostentar esa felicidad burguesa era casi una irresponsabilidad en el clima político de esos días. Adosados a las paredes, los mozos también eran usuarios de sus propios alter egos. En un recinto donde la norma era la telepresencia, los empleados tenían que ocupar una habitación contigua y cada noche interactuar a través de las unidades de propiedad del restaurante. En la mesa delante suyo, y sentado de perfil, había un modelo extravagante que parecía un prototipo humanoide. Los rasgos estaban esbozados y abundaba el metal como si fuera una de las primeras unidades que salieran al mercado. Pero no podía ser, ésas no eran siquiera de uso civil sino para trabajos en minería, que no necesitaban de una interfaz empática. El androide estaba frente a un plato de sopa, concentrado, y cuando le miró fingió fascinación por las aguas del río.

Entonces sucedió. Un cocinero salió corriendo por la puerta de servicio gritando, pero antes de entenderle una ráfaga de balas le hizo callar. No hubo sangre, las marionetas no sangraban. Se apagaron las luces y la oscuridad fue completa. Su unidad no tenía ninguna de las tecnologías de defensa de los modelos policiales o militares, así que durante un momento se dejó dominar por el caos. Varios fogonazos seguidos del tableteo le trajeron certeza. Cuando las luces volvieron todavía estaba sentado, paralizado como los otros. Los mozos yacían a los pies de hombres encapuchados, armados con subametralladoras negras. Algunos levantaban el arma para mostrarla al público y otros ya se paseaban por las mesas mirando fijamente. La lucha en la cocina había terminado y empezaba un murmullo histérico, lleno de miedo. La facción armada del movimiento antimarionetas había tomado el salón de Borde Río II.

Aunque no era una verdadera muerte, la transmisión del shock sistémico en

modelos muy baratos también podía ser un shock sensorial para el usuario. El miedo los mordió a todos y muchas unidades se quedaron paralizadas, abandonadas por los usuarios que preferían huir. El resto se quedó porque la curiosidad y el pánico frenaban la huida. Notó que el androide aún seguía allí, que estaba de pie y su lenguaje gestual era distinto de los demás. No parecía tener miedo y miraba prudentemente alrededor.

La puerta de la cocina volvió a batirse y apareció un hombre sin capucha, no una máquina, el pelo blanco, bajo y de ángulos duros, movimientos calculados y ojos azules. Barrió el salón de una sola mirada y luego sacó la hoja de una consigna y una navaja del bolsillo de su chaqueta verde oliva. Se acercó a la mesa más cercana —estaba desocupada— y clavó la hoja. Habló:

—No importa quién soy, lo importante es que esta noche es nuestra noche. Hoy es la revolución del Pueblo y juntos nos tomaremos la ciudad porque la hora final de la dictadura ha llegado. Creemos que las marionetas son una tecnología imperialista que sólo ayuda a crear más pobreza. Ustedes las usan para sus vicios, incluso durante más años de los que les permite la naturaleza, y explotan a la clase obrera, obligándola a jornadas laborales de más de 16 horas. Ustedes son vampiros, viles y corruptos, en una eterna orgía de una juventud que no existe, siempre mintiendo y chupando la sangre de nuestros jóvenes, de nuestro Pueblo.

»Nosotros creemos que la vía democrática está tan controlada por el régimen fascista-capitalista que ya no confiamos en las leyes, impuestas por ustedes mismos. Por eso, ya no hay más diálogo y desde ahora sólo queda la revolución de las armas para derrocar esta dictadura. Somos el Ejército Revolucionario del Verdadero Pueblo y, en estos mismos momentos, estamos saliendo a las calles para dar la batalla final y limpiar nuestra tierra de las marionetas y los dictadores que nos oprimen. Vamos a devolverle la dignidad a nuestro Pueblo. ¡Hasta la victoria!

Se acercó a uno de los hombres encapuchados que tenía una cinta roja en uno de los brazos y le dirigió una frase casi inaudible —”Proceda, Comandante”—, luego salió por donde vino. El encapuchado levantó una mano empuñada y se escucharon los seguros de las armas destrabándose. Las unidades fueron quedándose quietas, el brillo de los ojos se perdió y las cabezas descansaron sobre el pecho. Durante un momento no pasó nada más, como si sólo quisieran asustarlos y luego decir que todo era una broma, pero Camilo escuchó la primera detonación y un cuerpo desplomándose, aunque no vio en dónde.

Era una extraña invitación a bailar, que se te acercara uno de los hombres y

te dijera una palabra para que después una bala rompiera los giróscopos y la marioneta terminara en el piso. Miró a su alrededor buscando alguna señal de resistencia, pero solamente era una sala de muñecos de vitrina. Encontró al androide, desconectado. Se había vuelto a sentar y cuando terminó de comer, su usuario abandonó el salón. Le pareció una notable arrogancia, pero no tenía las agallas para imitarlo. El sonido de los vasos quebrándose y los cubiertos cayendo al suelo era el telón de fondo para el sonido más regular, duro y seco, de las armas.

—Compañero, ya váyase de aquí. Esto no tiene nada que ver con usted. —El hombre le tomó por sorpresa viniendo desde detrás. Era de su misma altura y podía ver directamente en sus ojos. Castaños, con una sombra de duda—. No piense que no le voy a disparar sólo porque se queda ahí. Es mi misión hacerlo. —Entonces retrocedió y alzó el arma—: Voy a contar hasta tres y usted se va a desconectar, ¿sí?

Uno. La boca del arma era una nueva sensación en su vida. Había llegado hasta acá buscando eso: algo de qué acordarse en la muerte, pero esto era aún mucho mejor. Dos. ¿Otro suicidio coleccionable? Aunque técnicamente era un homicidio. Por otro lado, ninguna de sus muertes había sido real. Tres. Escuchó una mesa destrozándose y luego una rápida carrera. Vio al androide pasar a su lado, arrastrándolos a los dos al suelo. Hubo un forcejeo, un par de tiros, pero no alcanzó a definir las consecuencias. Cuando recuperó la orientación, tenía una alerta de daño en una mano —la marioneta había perdido los dedos meñique y del corazón— y era arrastrado por el androide entre las mesas que iban tumbando. Llegaron hasta el gran ventanal y como en un sueño lo atravesaron junto a millones de cristales en una caída de ocho metros hasta el borde del río. No hubo tiempo para quejarse del aterrizaje forzoso, la fortaleza del androide anulaba su voluntad. Consideró desconectarse y dejar que su sexta marioneta se perdiese, pero no tenía tiempo saltando y corriendo automáticamente, sintiendo las balaceras detrás. El androide se metió en la boca de una tubería de desagüe y lo siguió. Una ráfaga arrasó los pasos que habían dejado y luego un tono distinto de tiroteo le respondió. Alguien tenía munición de más calibre. Las sombras de dos patrulleras stealth pasaron zumbando hacia Borde Río II y un momento después escucharon una explosión que sacudió las aguas e iluminó la noche con un gran flash. Alcanzó a ver el perfil contrastado del androide y luego la cálida oscuridad.

—Necesito… desconectarme un rato —fue lo que alcanzó a decir Camilo Santelices.

2.

Se quitó la interfaz de gel y durante un segundo quedaron superpuestas las dos realidades porque el cerebro aún retenía las coordenadas de la experiencia de la marioneta. Era algo que los neurólogos nunca supieron resolver; ese segundo en que uno quedaba expuesto era de puro caos, pero con el tiempo cada usuario adaptaba soluciones particulares. Camilo, por ejemplo, cerraba fuertemente los ojos en la habitación iluminada de azul y dejaba que las impresiones de luz y movimiento se fueran desvaneciendo en sus sentidos.

Ahora demoró un poco más. La desorientación se quedó con él, mientras su sistema eliminaba el exceso de adrenalina. El apagado bip del monitor SAV volvió a él como la mosca odiosa que recordaba. Cuando el mundo paró de dar vueltas, destrabó los seguros de la camilla y se incorporó, enfundó los pies en las zapatillas y se quedó sentado al borde, sacudiéndose la debilidad. Se incorporó y alejó hacia la puerta. Se apoyó sobre la mesa y pasó a llevar las dosis neumáticas de codeína y el retrato en que aparecía junto a su esposa en el antejardín. Había dos mensajes grabados pulsando en la pizarra de la puerta. Se sentía demasiado cansado para escuchar a Antonia, sabía de antemano el tema. Pero en un gesto automático activó el primero con su huella.

Antonia tenía sueño. Era bonita aún después de veinte años de casados. El color pajizo del pelo y los ojos negros le hacían un contraste que siempre le gustó. No había envejecido mucho, algo de arrugas y un poco de ojeras, nada más. Pero en los últimos tres años había adoptado un ceño más severo, lleno de reproches.

“Camilo, es la una de la mañana y todavía no vuelves a la casa. El SiMed recién me despertó y me dijo que llevas conectado cinco horas seguidas y no te ha dado las dosis. Ojalá que te las hayas programado tú solo. Me voy de nuevo a la cama, pero quiero decirte que mañana viene la comisión médica y otra vez vas a estar durmiendo… Ah, llamó la Sonia, quiere saber cómo te ha ido con el nuevo modelo, y que…”

Pulsó el ícono de borrado y desplegó el siguiente mensaje. Sonia Garietta era la ejecutiva de Personae F.A.B., una pequeña empresa alemana que construía marionetas. Su fisonomía demasiado simétrica y la extrañeza que producía en las demás personas dejaba en una niebla su humanidad. Siempre tenía la impresión de que la cara regordeta era un avatar.

“Hola, Camilo, cómo estás. Espero que me tengas buenas noticias del

Parker que te pasé. No te puedes quejar ahora porque es de nuestros modelos más resistentes, lo utilizamos en sectores industriales e incluso puede funcionar bien con campos eléctricos presentes. Espero que esta vez no te ocurra ninguno de esos accidentes raros…”

De nuevo el ícono de borrado. Sonia se mosqueaba, Camilo ya había dejado atrás cinco unidades en reparaciones con diferente nivel de daño. Si supiera que el Parker ahora estaba abandonado en la ribera del Mapocho. Destrabó la cerradura digital y abrió.

Siguió camino hacia la biblioteca y la Casa lo saludó iluminando el pasillo. A la pasada vio en el dormitorio a Antonia que seguía dormida, acostumbrada a su actividad sonámbula. En la sala, ordenó a Casa que encendiera el mural en el mínimo volumen y buscara con el patrón “noticias.explosión.BordeRío”. Las imágenes atacaron las paredes y los lomos de los libros con gentebailando: hombreriendo:CGI:mujeryconsolador:jaguarconmono. El motor de búsqueda terminó sin resultados y luego se dedicó a ver las diferentes vistas de las cámaras ciudadanas, pero tampoco encontró las señales del caos. No era allí donde tenía que encontrar las respuestas. Cambió a la Red y logró alcanzar dos enlaces que hablaban de “accidente” y no de un acto premeditado. Había una hiperreferencia a un movimiento de “fuerzas de seguridad ciudadanas” que iban hacia el sector Oriente de Santiago a servir en diferentes “siniestros”. Demasiadas comillas pusieron una alerta extra a las palabras. Trató de dar un rodeo por diferentes fuentes de datos en el exterior, pero su operador le indicó que estaban inalcanzables en ese momento, que la navegación de dominios se remitía al CL por una bajada de servicios del backbone central.

Se quedó en suspenso durante un rato. Desde hacía años que prefería ser pragmático y llenar los días con un trabajo deslucido en una compañía automotriz, que aseguraba el equilibrio económico para asumir su enfermedad y a la vez una excusa para alejarse de ella. No le quedaba mucho más tiempo, algo sólo para ver a Antonia y a Sonia. El resultado fue que tardó un rato en darse cuenta que algo pasaba y que tenía que ver con el régimen. Lo atacó una inquietud sorda que se instaló en la base de la nuca.

Volvió al cuarto de simulación y a la pasada puso las dosis en el cargador de su brazo derecho. Las programó para que se liberasen cada una hora. La realidad uno-punto-cero era decepcionante, llena de complejidades que se parecían a una de esas maquinarias dibujadas por Da Vinci hechas de cuerdas y poleas. Se recostó y colocó la interfaz sobre los puertos neuronales de la nariz y se dejó llevar al núcleo de experiencia del sistema.

[Bootstrap.V8]

[Reconectando]

[PersonaeOS.Verificando]

[Bienvenido.user.CAM1L0.SANTEL1CES]

Oscuridad. Buscó entre los menús oculares y ajustó el nivel de sensibilidad a la luz hasta divisar el perfil del androide inclinado sobre él.

—¿Qué está haciendo?

El otro se alejó hacia la boca de la alcantarilla.

¯Estaba viendo el daño que tenías. Parece que la mano está muy mal, pero la bala en la pierna entró y salió sin tocar nada. A propósito, me llamo Alfonso Navarrete.

—Yo soy Camilo Santelices. Disculpa que no te dé la mano.

—Eso sonó desconfiado. Considerando la gente que dejamos allá, soy casi tu salvador.

Corrigió el tono.

—¿Y quiénes eran? Hace tiempo que no había oído un tal Ejército del Pueblo.

—La verdad es que sé lo mismo que tú, pero no quiero quedarme aquí. Voy a bajar hacia el Centro, por aquí nunca vi ninguna escalera de servicio. Así que si quieres me acompañas.

No le gustaba la perspectiva de andar solo por una ciudad tomada. Movió la cabeza afirmativamente y el androide le tendió la mano. ¿Cuántos años tenía Alfonso? Por la forma en que había dejado pasar la referencia al Ejército, debía tener menos de cuarenta. En la década en que nació Camilo todavía se hablaba del Golpe Militar. Pero quizás Alfonso era más joven y sólo conocía el estado policial actual.

—¿Puedo preguntarte algo, Camilo? ¿Por qué no te desconectaste cuando podías?

—Creo, yo creo que me paralicé del susto —mintió. El silencio que siguió le hizo sospechar lo poco convincente que había sonado.

—Bueno, vámonos. Ah —le pasó un bulto metálico: era el arma con que le habían apuntado—, no tengo bolsillos para llevarla y la podemos usar en caso extremo.

La textura tenía algo eléctrico y prometedor para él. La miró sin saber qué hacer y luego a Alfonso, pero ya se asomaba a la boca de la tubería. La guardó en la chaqueta. La poca agua que traía el río sonaba como el ruido blanco de una alcantarilla, mientras que bandadas de palomas se alejaban por la caja del río hacia el centro de Santiago. Si miraba hacia atrás podía ver el puente Nueva de Lyon y Borde Río II ardiendo, iluminado por los haces de luz de las patrulleras.

Cruzaron Pedro de Valdivia y luego el puente Pérez Valenzuela. Siempre vigilando los cielos, temiendo que alguien los confundiera con el equipo equivocado. Más patrulleras aéreas cruzaron desde el norte a reunirse en el Barrio Alto con las balizas de emergencia girando. A veces una ráfaga de balas cruzaba el lecho y se tenían que refugiar contra los murallones antiguos que encajonaban el río, intuían que arriba unos y otros se buscaban. El sonido omnipresente de las sirenas de servicios móviles le daba la falsa sensación de una situación controlada: la ciudad presentaba una tensa calma. El parque de imágenes de publicidad que se proyectaban contra los murallones dio paso a los grafittis de piel morena y puños levantados, y después sólo hubo los ideogramas furiosos y territoriales de las tribus. Aparecieron los desagües clandestinos que descargaban toneladas de aguas servidas por noche. En uno, las gaviotas se alineaban a ambos lados de los torrentes grises y grumosos en tranquila armonía. Arriba, al borde de la baranda se asomaron unos rostros y otra vez tuvieron que huir pegados a las murallas. Más allá se cruzaron con perros negros y flacos, con la cabeza siempre en el suelo siguiendo pistas imaginarias, que huían y se detenían con la actitud de los animales siempre carentes que ladran amenazantes pero mueven la cola sumisa. Y con gatos de piel tiñosa que los miraban pasar desde la otra ribera, echados sobre tocones pálidos que el agua trajo en una barriada. Bajo el Puente del Arzobispo, en la ribera sur, un grupo de huachos hurgaba la ropa del cadáver que estaba en la orilla. Uno de los niños los vio y le tocó el hombro al mayor de todos. El chico, muy delgado y moreno, los miró desafiante y luego les lanzó un "¡Qué mirai, cuico culiao!". Se miraron entre ellos y se alejaron a paso lento, sin que les quitaran la vista de encima. Para alguien como Camilo, que sólo se movía entre las fronteras acomodadas de Las Condes y La Reina, el río Mapocho se convirtió en un tajo hecho a través de la ciudad con una navaja de filo oxidado.

—¿Cuánto falta, Alfonso? —preguntó Camilo. El puente Pío Nono estaba a unos pasos.

—Es aquí mismo. Antes era una caleta, pero ahora nadie puede bajar desde que instalaron los sensores en las defensas de arriba.

Santelices miró intrigado la cloaca en la base del puente.

—¿Y entonces?

—Yo trabajé en esta ampliación, hay un acceso de emergencia que sale arriba en la calzada.

—¿Aquí? ¿Se supone que tenemos que entrar?

Miraron hacia la negrura, parecían dos temponautas a punto de atravesar el portal a una época donde lo iban a pasar mal. Justo entonces escucharon los vehículos deteniéndose arriba y las botas y el primer bulto que caía. El chapoteo en medio del río sonó aislado, desconectado de la realidad. Nada de gritos ni forcejeo, el bulto negro y lustroso se iba hacia el mar. Se quedaron mirando, inmóviles, aprendiendo a ser sólo observadores en ese Santiago que no los quería. Vieron caer un segundo bulto, pero ahora en la ribera. El sonido que produjo al estrellarse en las piedras le erizó la nuca a Camilo. Le siguieron otros cuerpos a lo largo del puente, pájaros negros que se desplomaban fulminados en medio de una tormenta, pájaros muertos que se encontraron a bocajarro con una fuerza mayor y despiadada. La lluvia fue amainando y el agua se llevó a la mayoría de ellos. Un instante después, el murmullo de botas y vehículos partía hacia Patronato, nunca nadie musitó una palabra. Santelices se acercó al cuerpo con un temor sagrado que le impidió tocarlo. Estaba atado de pies y manos, y la cabeza venía envuelta en un sudario blanco, de un rojo casi negro allí donde la bala había entrado. En uno de los brazos traía la insignia del…

—¿Ejército Revolucionario del Nuevo Pueblo? —preguntó Alfonso. Camilo se dio la vuelta y afirmó con la cabeza—. Esta noche todos quieren morirse.

Parecía que sí, todos podían optar por una muerte rápida y limpia, menos él.

—Alfonso, ojalá yo pudiera morirme así. —La confesión le sorprendió, aunque el androide conservó un mutismo expectante. Continuó—: Estoy enfermo desde hace como tres años. Ahora es un cáncer terminal. No sabes cuánto miedo he ido acumulando.

La historia de Camilo. Se le ocurrió un día que no podía morirse teniendo miedo, que no podía quedarse esperando que el animal negro que llevaba dentro acabara con él. Como con su padre, una lesión antigua en el pulmón derecho se transformó en una fibrosis, que luego invadió el hígado. Durante un tiempo, lo mantuvo a raya, pero comenzó a perder capacidad aeróbica hasta que adquirió su primera marioneta. Fue cuando conoció a Sonia y Personae F.A.B., que le ofrecieron un renacimiento en su vida a través del dispositivo de presencia remota. Volvió a sentirse bien y lo disfrutó porque otra vez podía sacar a bailar a su Antonia con esa versión ligeramente más

joven, pero definitivamente mejorada. Sólo tenía que luchar contra una cosa: el miedo seguía allí cada vez que volvía de ese otro planeta, cada vez que se quitaba la interfaz. Logró de nuevo controlar su vida pasando más y más tiempo personificado hasta que el miedo traspasó la barrera y ya no tuvo adónde huir. Fue una sensación rara la vez que entró con su alter ego a la habitación donde estaba. Se preguntó si la ruina que yacía sobre la cama era él, y contó las respiraciones y los espasmos minúsculos de la mano, fascinado por la disociación de la escena, hasta que Antonia entró y comprendió que Camilo estaba en shock. Entonces quiso saber cómo era la muerte, quería prepararse, y pensó que las marionetas nunca serían tan útiles para alguien. No fue fácil intervenir el firmware, le dijo el hacker, pero qué le importaba si lo había sido, había pagado para eso.

—¿Crees que me estoy volviendo loco, Alfonso?

—Solamente desesperado, ¿y qué hiciste después?

—El hacker me dijo que había deshabilitado el código que desconecta a los usuarios cuando ocurre un evento traumático, así que tenía el camino libre para suicidarme.

—Y qué descubriste.

Descubrió que la muerte podía ser un asunto rutinario, que era más creativo inventar nuevas formas de morirse. Al principio era reticente a sacrificar una marioneta y aún más fuerte era el sentido de autoconservación, así que los primeros intentos terminaron con piernas o brazos mutilados en el taller de biomecánica. Pero llegó el día en que se estrelló contra un muro y el trauma traspasó su sistema nervioso, y no fue nada de lo que imaginaba. La experiencia sólo duraba un segundo muy intenso y luego el sistema operativo restauraba la realidad uno-punto-cero.

—Aprendí que una muerte simulada no es una muerte. Fueron cinco veces que me estrellé, me caí, me atropellaron, exploté y fui aplastado, y cada vez tenía que inventar una excusa mejor. La Sonia, que es mi ejecutiva, me dijo que me iban a desahuciar si volvía con un rasguño, así que dejé los experimentos. El modelo que tengo ahora es un Parker, se supone que es el más seguro que tienen, y mira cómo está.

—Mmh, te estás complicando por nada, Camilo. Hay otros concesionarios. Mi modelo es japonés: es resistente y no falla.

—Y barato.

—OK, no me preocupé del exterior; es raro, pero no me importaba empatizar con la gente. Tenía más interés en otras funciones.

—Me las imagino. El problema es que el sexo no sirve de nada cuando

estás enfermo, yo no he tenido ganas en meses.

—No soy tan lineal, Camilo. Yo puedo ver las ondas de radio por ejemplo, el cielo se vuelve muy hermoso. Sobre todo esta noche. Hay tanto tráfico de frecuencias allá arriba que sé que está pasando algo grande.

—Mira, Alfonso, respeto tu interés en la tecnología pero mi problema no es usar una marioneta, es que ya estoy cansado de todo esto. Quiero que se termine.

Otra vez el androide se quedó callado. Era tan irritante. Al menos si tuviera una interfaz expresiva podría interpretar esos silencios que siempre le parecían reproches.

—Camilo, ¿fue por eso que te quedaste en BordeRío? ¿Por la bala?

—Sí. —El androide bajó imperceptiblemente los hombros.

Ya no veía más cuerpos en el agua ni escuchaba balas o patrulleras. Todavía estaban presentes los aullidos de perros asustados y las balizas de emergencia, junto al rumor del río, pero sentía una sensación de desconexión porque bajo el puente había una calma engañosa, como cuando se tiene la seguridad de que un huracán no puede volver a pasar dos veces por el mismo lugar. Se volvió hacia el cadáver y se alejó un par de pasos.

—¿Qué habrá sentido en el último momento?

—Veamos. —El androide se acercó y, antes que pudiera detenerlo, le quitó la capucha al cuerpo. Era una mujer joven y morena con el pelo negro pegado a la sien, tenía los ojos y la boca ligeramente abiertos y no veía ningún signo de dolor. La bala había entrado por arriba de la oreja izquierda, dejando un preciso agujero que se había llenado de sangre. Lo que más le estremeció fue que esperaba el rostro de un hombre.

Alfonso se volvió hacia él.

—¿Y si tuvieras la posibilidad de ser inmortal? ¿De eso también te cansarías?

—¿Qué? Qué me quieres decir.

—Eso, si pudieras encontrar la forma de olvidarte del cáncer y continuar con tu vida.

—¿Curarme?

—Yo también me estaba muriendo y también tenía ese mismo miedo. Puedo enseñarte una forma de sobrevivir, pero que no es fácil. Morir, como ella, es lo fácil. —La cara de la mujer era otra extensión del acertijo de la muerte. Camilo no necesitaba más adivinanzas.

—Entonces sí, quiero que me muestres. Estoy listo.

—Entonces, nos vamos, pero primero hagamos algo por ella. El Cementerio General está por donde caminamos, yo la voy a cargar.

—Espero que valga la pena. —Fue lo último que dijo. Un estallido silencioso y blanco se lo tragó.

(singularidad)

La zona en la que entró estuvo buen rato llena de los fantasmas fotocelulares de la realidad dos-punto-cero que terminaron disolviéndose. El black-out también se llevó los indicadores contextuales y menús oculares, y hasta el cursor de comando. Su cerebro se engañó produciendo sonidos e imágenes justo al borde de su campo de experiencia y un sistema de coordenadas arribabajo. Esperó a que se reiniciara el sistema operativo de la marioneta y pensó que tendría ahora sí una razón para quejarse con Sonia, pero la tecnología en ese palacio surrealista no alcanzaba a ser magia. Pasó del asombro a la furia, por la desesperación y el ahogo, y terminó en una angustia expectante. Fue perdiendo la noción más íntima del tiempo y el peso de la oscuridad le oprimió la garganta. Creyó ver algo moviéndose, como una capa más negra sobre otra, escurriéndose demasiado rápido. Algo casi animal que se cruzó una vez más por su campo de visión, y otra vez. Sintió que lo cazaban y su cuerpo fantasma huyó automáticamente. Intentó sólo dos pasos y…

Cayó en un agujero negro que le quitó los sentidos. Fue un puñetazo en el cuerpo calloso de su cerebro que desactivó definitivamente los centros sensoriales en un efecto dominó y lo envió a una eterna caída libre que se parecía a gravedad cero. Las referencias conceptuales se anularon a medida que iba envolviéndose en una madeja de materia oscura. Era una sensación pasmosa e incorpórea de sofocación en la que él mismo era su único punto de referencia. Abrió la “boca” y dejó que la oscuridad lo inundara en reemplazo del aire, sólo obtuvo un cúmulo caótico de pensamientos que relampagueó a través de su ego. El momento del terror —el mismo de cada vez que se desconectaba— no cesó, se prolongó y quiso tener un cuerpo para resistirse. La siguiente fase sensorial fue peor: fue empequeñeciéndose hasta niveles atómicos, en los que continuaba eliminando partes de sí mismo como una astronave en reentrada salvaje. Ya no recordaba y la mayoría de las concepciones egóticas escapaban. Desesperado, buscó un

núcleo de autoafirmación para oponerse a la desintegración y enfocó su voluntad en encender las funciones del sistema: un fruncimiento extremo y metafórico del ceño que le ordenaba al universo volverse homogéneo. Continuó soltando capas y capas de semántica y sintáctica, un camino mamífero-reptiliano-amébico hacia la base cortical de la monstruosa vida. La Vida lo recibió en su seno que parecía una masiva estrella de neutrones. En la presión fantástica inició una tercera fase en la que ya no disminuía, sino que conservaba la misma masa y ocupaba cada vez menos espacio. Sin cognición, se convirtió en un carbón y luego en una unidad de espanto cristalizado: un anti-aleph. El único conocimiento tangible era la no-luz, la única medida y la totalidad del universo. Oleadas de tinieblas se derramaban unas sobre otras como silenciosos mares de cámara lenta hasta que los matices del negro se estabilizaron en una entropía totalitaria. En un segundo de un millón de años fue un capullo pulsátil de cognición en lo más profundo de lo que subyace de la Vida: la no-vida. Al borde de la brecha hacia la negación atisbó el rostro de un dios ausente y un universo que era una cáscara abandonada.

Pero no murió.

Hubo algo distinto a la sombra omnipresente. Una mantarraya imantada, enorme y vacía como la extensión entre la Tierra y Marte, distinta del núcleo de la muerte y que lo eludía. Que cantaba con una dulce canción compuesta de burbujas meméticas y lo llamaba. Luego, otro golpe a su cuerpo calloso. Después de haber olvidado todo sobre la radiación, el foco de luz era un objeto nebuloso y una sensación nueva, de un color indeterminado que lo bañaba. Entró en su ser y comenzó la reconstrucción. Cada fotón era un dato de su antiguo ser que lo traía de vuelta a la integridad para recordar algo esencial: rojo. Luego el flujo de conocimientos se volvió de golpe un paisaje semántico y el punto luminoso el cursor de sistema esperando el ingreso de un comando. Aún veía la oscuridad, pero ahora era de otro tipo, totalmente terrenal. La secuencia de inicialización de la marioneta esperaba una orden suya.

[Bienvenido.user.CAM1L0.SANTEL1CES]

—Estuviste cinco minutos ausente, Camilo. —Alfonso miraba desde el cenit en la luz, ajustó de nuevo el nivel de sensibilidad y la Luna se convirtió en un óvalo gigantesco en el cielo. No se había dado cuenta qué tan grande podía llegar a ser sin la radiación de esa ciudad, que vivía siempre de día. También se dio cuenta de que la realidad dos-punto-cero parecía un poco

más pixelada que lo normal—. Creí que no ibas a volver, pero parece que tu marioneta nueva es tan especial como la mía.

Alfonso le sostenía la cabeza delicadamente. La mano de Camilo aferraba el brazo del androide. Era un contacto cálido y el plexiglás cedía con la presión.

—Yo también tuve mis problemas, pero no alcancé a desconectarme. Parece que los amigos del Ejército Revolucionario en verdad quieren echar abajo…

Algo había cambiado y no era la velocidad de transmisión. Algo en la definición de la realidad, una declaración de certidumbre y la forma en que florecían los eventos, que había traído de la zona irreal.

—Ya sé qué es la muerte.

—… al Gobierno. Si estoy en lo correcto, sufrimos un pulso electromagnético.

¿Algo que buscaba? Se le escapaba, pero estaba más cerca. ¿Por qué no había vuelto a su cuerpo? La marioneta lo había secuestrado para mostrárselo.

—Soy un fantasma, Alfonso.

—Apuesto a que quemaron todo el centro en un radio de diez kilómetros. Los Data Center deben estar fritos. No vi ni una luz en todo Santiago.

¿Era que las cosas habían dejado de ser vacíos?

—YA SÉ QUE ES LA MUERTE.

—Sí, te escuché. Yo también lo sé.

El camino hacia el Cementerio General lo hicieron en lo más cerrado de la noche, justo antes del amanecer. Continuaron por Avenida La Paz y sólo encontraron un par de perros concentrados en seguir un rastro. Luego vinieron las primeras ventanas iluminadas con velas. En la entrada al camposanto alguien comenzó a disparar, lejos. Se detuvieron y escucharon, un rumor de hojas se levantaba y caía, pero no sabían cuál era el origen. O no querían saberlo. Camilo sospechaba que las hojas que se alzaban eran más bien fusiles.

Las puertas dobles estaban abiertas y no había nadie quien las guardara. Enfilaron por la avenida entre el silencio y las siluetas recortadas de los árboles hasta una plazuela. Luego, el androide se internó entre dos mausoleos hasta alcanzar una callejuela sinuosa, flanqueada por lápidas y

cardos. Fue curioso, pero por primera vez se preguntó qué lo llevaba hasta la necrópolis y lo seguía impulsando detrás del androide. ¿La promesa de una cura? Era probable, pero la fuerza gravitacional de agujero negro que emanaba Alfonso lo atraía, incluso cuando lo repelía. Le recordaba la entereza de una vida sin enfermedad. Quería esa fuerza, quería saber cómo volverla a tener.

—Paremos aquí, Camilo. Este lugar siempre me ha gustado.

Había un claro rodeado de árboles que se entrecruzaban las ramas. El viento las movía ligeramente formando un mosaico de gotas lunares que caían a sus pies. Camilo se sentó en la tumba de un tal A.N.C. y no creyó que le importara. El androide recostó el cuerpo en la tierra húmeda.

—¿Crees que es un buen lugar para ella, Alfonso?

—Sí. Mira alrededor, es lo más cercano a una tumba noble que tendrá.

—Entonces, ¿tenemos que cavar?

Rió.

—No, nuestro servicio ya terminó.

—Ahora rezaría si creyera en Dios, pero no puedo —dijo, como disculpándose delante de ella.

—Está bien, yo lo haré.

—No me imaginaba que pudieras hacerlo.

—No, a veces una oración no tiene nada que ver con Dios. También puede servir de despedida.

—A mí me gustaría algo así.

—¿Tú no dejas de pensar en eso, verdad?

—La verdad es que no. Siempre estoy pensando en eso y quiero que se termine de una vez.

—Ojala hubiera una forma tan fácil.

Camilo se inclinó por primera vez sobre el cadáver. Pasó un dedo suavemente por el agujero de bala y luego le cerró los párpados.

—¿Y tú, de qué estabas enfermo?

—Ah, la historia de Alfonso. —El androide hizo una pausa. Se imaginó que en alguna parte de Santiago Alfonso fruncía el ceño tratando de recordar—. Comienza con un accidente hace quince años, cuando tenía veinticuatro. Alfonso tenía mucho dinero como para comprarse una buena vida, llena del cariño de una mujer y suficiente éxito con una empresa de turismo: era heredero de una cadena de hostales. Un día de enero, viniendo en la noche

desde Viña del Mar, tomó una vía con dirección automática y se durmió porque estaba realmente cansado. Como siempre en estos casos, la catástrofe juega a las probabilidades porque Alfonso jamás dejaba que ningún mecanismo tomara las decisiones en su vida. Pero estaba cansado y se recostó sobre el asiento del copiloto y pensó que sólo por esta vez. Fue un mínimo error, pero un gran error. Sólo recuerda un momento muy intenso de dolor y después, nada. A Alfonso lo chocó de frente un auto pequeño, pero que a esa velocidad… Dicen que alguien cruzó las líneas magnéticas de las vías. En este puto país nada funciona. Bueno, Alfonso perdió las piernas y el resto de su cuerpo quedó…

»Alfonso no despertó en un año. Es la peor manera de viajar al futuro.

»No hubo mucha recuperación porque Alfonso no tenía extremidades funcionales y apenas podía vocalizar. Alejandra pasó muchas horas sentada a su lado, tantas que comenzó a desesperar y vino una tarde con un folleto con modelos de marionetas. A él no le gustó a la primera, pero qué podía hacer en tal estado. La primera marioneta que tuvo fue construida a partir de fotografías y videos que había en la casa. Se acostumbró y le gustó, y a eso se le llama un final feliz.

Camilo esperó un momento más, y luego:

—Me estái webeando. Eso no es cierto, nunca hay un final feliz en la vida real.

—Eres un hombre pesimista, impaciente más encima.

—Me estoy muriendo a cada minuto, no me digas que tenga paciencia. ¡Por favor!

—No es fácil. Mira, es cierto, fue un final feliz, pero solo duró tres meses. Alejandra nunca me aceptó en un nuevo cuerpo y se alejó de mí. Y después vino lo peor: comencé a morirme. Me dijeron que estar tanto tiempo conectado me drenaba y apareció un cáncer hepático.

—Bueno, hasta ahí vamos empatados. ¿Y qué sigue?

—Tuve mucho miedo al dolor. Después tuve miedo y dolor. Todos los días. Me quitaron la marioneta y yo lo único que quería era volver, pero no podía mantenerme consciente. Alejandra se lo guardaba todo. Igual hacía un esfuerzo por estar presente, pero yo sabía que iba a explotar. En su lugar me hubiera ido desde el mismo día del accidente. Pero se quedó y no era bueno para ninguno de los dos. —Se detuvo y miró a Camilo inescrutablemente —. Sabes, cuando vi en BordeRío que no te ibas, pensé que eras como yo. Todos abandonaban sus marionetas, pero tú no porque no tenías adónde huir, como yo.

—¿Qué?

—Vamos a lo que te interesa. Hay un especialista en la Clínica Alemana que tiene una mente un poco más abierta que el resto. Está metido con un culto, o algo así, que cree que todos somos poco menos que almas metidas en máquinas y que la máquina siempre es reparable, y que sólo es un transporte. El tipo se llama Daniel Prochnow y usa muchas tecnologías experimentales, muy caras.

—Mira, Alfonso, para mí la plata no es problema y no hay ningún tratamiento fuera de mi alcance.

—No, la plata no es el problema. Yo no te ofrecí una cura, Camilo, y Prochnow no es un médico como lo conocemos… —Otra pausa. Una puta pausa más y se iría—. Así fue nomás: tú no abandonabas tu marioneta y yo pensé que te iban a matar de verdad.

—No sé qué cresta estás tratando de decirme.

—Nada… y todo, es complicado. Sólo se lo puedes decir a alguien que ha pasado por lo mismo. Es algo tan difícil de explicar.

Y entonces tuvo una intuición. De esas que te dicen que las cosas van mal pero no por qué, una sensación particularmente desagradable por lo imprecisa. Levantó ambas manos para calmarle, pero también pareció que se protegía.

—Alfonso, mira, dímelo. Yo voy a entender, te lo juro.

—Lo peor es que ya no puedo responderte. —El androide señaló un punto impreciso a su lado.

No supo buscar al principio, pero luego vio las iniciales ANC. Sintió que algo se vaciaba en su interior como un torrente, que lo abandonaba y dejaba sólo una costra exánime. Había sido la noche más rara de su vida, casi la última. Y Alfonso lo había arrastrado a través de todo.

A.N.C. fue Alfonso Navarrete Castro alguna vez.

—Tu marioneta… no es una marioneta, ¿verdad?

—¿Adónde se va uno en su propio cuerpo?

—¿No hay cura?

Se enfocó en la infinidad de variaciones que hubieran acabado con él de vuelta en la casa, a la certidumbre de su vida. Pero había terminado allí, sin saber volver, y no se refería solamente a Las Condes. Reparó en el peso de la automática en su bolsillo, en lo útil que era ahora. La sacó y apuntó a la cabeza del androide con una determinación que venía de lo que quedaba de su vida uno-punto-cero.

—Camilo. Dame sólo cinco minutos, por favor.

Cinco minutos después, disparó.

3.

Allí no amanecía como en todos lados.

Las ciudades son monstruos que despiertan espantados y agitan las colas y se remueven rápidamente del fondo. Para Santiago, estar despierto era vibrar veintiocho mil veces por segundo desde las cinco de la mañana. Pero el Cementerio General era un lugar debajo del mar protegido por el último hálito de un millón de muertos. La luz ingresaba como un alud perezoso de crema batida y tampoco se colaba totalmente hasta los rincones, sino que se detenía justo allí donde las estatuas de mármol decían que ya iluminaba la *lux aeterna*.

Había gente allá afuera que vivía la existencia a través de las marionetas como en esos videojuegos de carreras de su niñez, en los que había que correr más veloz en cada vuelta para llegar a la meta y que te extendieran la vida. Él mismo era el paradigma de eso, muriendo en dos dimensiones, buscando una cura estúpidamente milagrosa. ¿Sería más fácil si tuviera que enfrentarlo como el resto? La muerte, como siempre, era un laberinto, por muy cerca que se estuviera.

Caminó hacia la salida del Cementerio General que da a Recoleta. Vio un edificio de nichos y se acercó al portal. Adentro, una pasarela en espiral ascendía flanqueada por las puertas tapiadas de las tumbas, que se interrumpía bruscamente contra el techo. El color oficial era un blanco solemne y anestésico que entró directamente hasta el centro de su cerebro. Un canto de pichones se oía suavemente en oleadas que, como los muertos, era intangible allí. *“Alfonso quería tanto vivir, demasiado.”*

Alfonso era un fantasma. Así le decían en ciertos círculos en los que había estado. Un mito urbano de alta tecnología que se negaba a morir y a su manera era una gran tragedia. *“Mírame, estoy vivo, eso es lo que quería Alfonso. Es lo que te ofrezco. Como te dije, no hay un camino fácil.”* ¿Por qué, por qué no? *“No recuerdo nada del principio, pero aprendí a ser él en sus últimos siete meses con ayuda de Prochnow, todas sus virtudes y manías están conmigo. Ahora te toca a ti.”* ¿Morirse y perderlo todo? ¿Morirse con todo el dolor del mundo y dejar que un ente tomara tu lugar?

¿Morirse sabiendo que otro tú, no tú, iba a seguir viviendo? *"¡Ándate a la mierda!"*, y disparó.

Pero Camilo nunca tuvo tantas agallas. Sencillamente nunca fue ese tipo de hombre.

La bala atravesó el pecho por el lado izquierdo, donde no podía hacer tanto daño. Se levantó y miró sin palabras al androide abatido durante ese minuto tan largo. *"No, Camilo, no me mires como si yo lo hubiera matado. Sé quién soy y no hay nada de culpa en mí. No soy Alfonso, soy algo más fuerte, soy su voluntad de estar vivo"*. Sacudió la cabeza y se alejó.

Luego de eso, de alguna manera, el duro cascarón del miedo lo dejó salir y vio todo con tal claridad. Santiago era una ciudad de muertos llena de vivos en nichos con conexiones de 1Tbit, navegando hacia la poshumanidad y la desmaterialización. Todos los muertos como Alfonso seguían caminando, todos los vivos ya estaban muertos. La ciudad era un símbolo matemático cosido con silicio a la costra de la Tierra: un círculo y una línea verticalmente oblicua que lo atravesaba por su centro. El signo de la máxima ausencia humana.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo. La pregunta ascendió por la plataforma y las palabras se descrestaron en los murallones blancos.

Salió a la avenida Recoleta sin ver a nadie. Las líneas de alta tensión no zumbaban porque el dios eléctrico había abandonado la ciudad, había tanto silencio. Caminó siguiendo la línea divisoria de la calle como si fuera una cuerda floja. A un lado del abismo estaba el miedo, al otro, el dolor, en el extremo hacia adelante el vacío. Y entonces recordó la canción cálida en el trance de la muerte. Si había otra respuesta, tendría que pasar sobre su cadáver. Literalmente.

Le hizo gracia. Por primera vez en muchos meses sentía la cabeza despejada, como si fuera una casa destruida por un huracán que ya pasó, al fin libre de tanta violencia y miedo. Dio un paso justo por delante del otro, siguiendo la línea. Siguió así hasta que el modelo Parker se detuvo con un pie en el aire y ya no se movió más.

Luis Saavedra Vargas nació en 1971 en Santiago de Chile. Siempre se interesó en lo fantástico por su estética de colores chillones y luminosos y sus monstruos siempre enfurecidos con buen gusto por las mujeres. Se le conoce mejor como editor del fanzine Fobos y los Púlsares, los libros que recogieron los relatos ganadores del concurso del fanzine, y en esta faceta ha decidido escribir relato largo, pero siempre está la opción del cuento corto, mucho más difícil. Su relato "Ol'fairies Bar" quedó finalista del concurso Domingo Santos 2005, en España, mientras que el segundo fue recopilado en la antología Años-Luz, sobre ciencia ficción chilena. Este relato apareció en la colección Poliedro 3 (2008, Chile), libros

que publica anualmente el Grupo Poliedro, colectivo dedicado a la creación literaria fantástica en Chile.

Hemos publicado en Axxón: EL PAYASO DE PORCELANA (140), EL RÍO DEL MUNDO (158), OL' FAIRIES BAR (162), LA CRÍPTICA CIENCIA FICCIÓN (ensayo) (171), EN EL MAR DE ÁRBOLES (201), VIAJERO INCANDESCENTE (203), BRINCADOR EN EL JARDÍN DE MUNDOS (207)

Axxón 210 - septiembre de 2010
Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Ciencia ficción : Realidad virtual : Androides : Chile : Chileno).

Warreh Spawn

Magnus Dagon

**ESPAÑA**

I've forged the weapons of the sinners

I've died eight hours every night

I've built the path of the fire

I've found the chasm of the truth

I've ruled the kingdom of ruthlessness

I've led the harvester of light

Warreh Spawn. The Omega Nightmare.

La música enlatada dejó de sonar y la muchedumbre comenzó a agolparse en torno al escenario. Sin especial prisa, caminé en la misma dirección que ellos para buscar un lugar donde tener buena visibilidad. No tan cerca como para que me aplastaran los de la zona posterior y algún cretino aprovechara para que se le fuera la mano, pero tampoco tan lejos como para ver a unos puntitos cantar y tocar la guitarra.

La música empezó a sonar por los altavoces con mayor volumen, indicando que el espectáculo ya estaba a punto de comenzar. Todo el mundo estaba pletórico, porque sentían que estaban a punto de ver un concierto que nunca

serían capaces de olvidar.

Y así iba a ser, en efecto. No como ellos habían imaginado, pero así iba a ser. En realidad yo era la única que estaba en aquel momento segura de lo que iba a pasar, y por eso me mostraba más nerviosa que nadie, cogiendo el colgante con la mano derecha, como si fuera un crucifijo. Esto va por ti, Sergio, no hacía más que pensar para intentar calmarme. Esta será mi venganza.

Pero me estoy precipitando. Ya estoy contando la historia demasiado deprisa. Y en realidad no entiendo bien por qué lo estoy haciendo, ya que sé que es una historia que nadie va a poder leer jamás. Tal vez necesite contármela a mí misma, comprender que todo lo que ocurrió, ocurrió de verdad. Tal vez lo único que necesite sea desahogarme y ésta sea la única manera de hacerlo, ya que por desgracia no puedo ir a un psicólogo a contar nada de lo que sé.

En realidad no debería ni siquiera estar escribiendo estas palabras. Ya sólo el mero hecho de que lo haga nos está poniendo en peligro a todos. Imagino que sencillamente es superior a mis fuerzas. Al fin y al cabo, estudio periodismo. Esto es lo que me enseñan a hacer, contar las cosas que descubro, sobre todo si poseo información que nadie más posee.

Y lo más divertido es que en realidad no sé muy bien por dónde debería empezar. En qué momento poner el inicio de la historia para contarla de la manera más sencilla posible. El problema es que soy parte de ella, y por ese motivo no podré contarla con objetividad.

Si lo pienso bien, creo que todo empezó con el colgante.

Yo y mi empeño por la cultura egipcia. Se me metió entre ceja y ceja que quería un colgante con la forma de un ankh, un símbolo de faraones que representa a los muertos y que era usado por gran cantidad de aficionados a la música gótica y siniestra. La ocasión vino cuando una exposición temporal llegó a la ciudad de Madrid, cerca de la Puerta de Europa. A la salida vendían montones de regalos, cada cual más feo y absurdo que el anterior, como lapiceros con dibujos de Horus o pisapapeles con forma de pirámide. Pero entre toda aquella maraña de artefactos había una modesta sección de bisutería, y en ella vendían pequeños colgantes con la forma de un ankh, hechos en plata. Pregunté por el precio, temiéndome que costarían un dineral, pero para mi sorpresa, apenas ascendía a cuatro euros. Compré tres unidades y desde entonces se convirtió en mi colgante favorito.

A veces me pregunto si a Sergio no le hubiera ido mejor si yo nunca hubiera comprado ese colgante. Pero eso, ahora, ya no tiene remedio.

Lo cierto es que fue gracias a ese colgante que le conocí. Estaba de marcha

con unas amigas por los bajos de Moncloa y en uno de tantos bares heavies de por allí, cuyo nombre no recuerdo porque tal vez ni siquiera llegué a fijarme entonces, él estaba con un par de amigos que estaban a punto de marcharse. Yo ni me había fijado en él y todo eso lo sé porque Sergio me lo contó mucho más tarde. Al ver mi colgante, se acercó y aún recuerdo lo que me dijo.

—¿Eres la Muerte?

Le miré sorprendida, sin saber qué contestar. Pero al poco rato comprendí por qué lo decía. A mí también me gustaba Neil Gaiman.

—No —me limité a contestar, mientras mis amigas se alejaron discretamente.

—Me alegro, porque eso quiere decir que mañana podría volver a verte.

El concepto de Neil Gaiman de la Muerte es que cada cien años, y durante un solo día, puede tomar forma mortal y pasear entre nosotros. Vale, no es la mejor frase para ligar con una chica. Pero al fin y al cabo tampoco fue un mal tema de conversación. A mí y a muchas de mis amigas nos encanta el rollo gótico, como a muchas otras chicas. No hay más que ir una noche por el centro de la ciudad y ponerse a contar los bolsos con bordados de Pesadilla Antes de Navidad.

Sergio estuvo la mayor parte de la noche con nosotras, y volvimos a verle la semana siguiente. Después de eso quedamos solos por primera vez, y no hace falta que cuente lo que ocurrió en días posteriores. No es, por otro lado, algo que necesite contar para desahogarme puesto que nunca lo olvidaré.

Tiene gracia. Ahora pienso que tal vez yo sí que fui la muerte para él.

Sergio y yo teníamos bastantes gustos comunes, no todos por supuesto (odiaba el queso, alimento que a mí me encanta), y uno de los más importantes era la música. Al fin y al cabo no habíamos coincidido en el mismo local por mera casualidad. Cuando mis padres no estaban en casa solíamos ir allí y pasarnos horas enteras escuchando discos y charlando, y había veces en que llegábamos a enrollarnos con la música puesta, ya fuera al ritmo de “Nothing Else Matters” o al de “Enter”. A veces el vecino de enfrente, que era un poco quisquilloso, golpeaba la pared para que bajáramos el volumen de la música, pero solían ser incidentes aislados sin mayor importancia.

Solíamos dejarnos los discos por decenas, aunque luego tardábamos un montón de tiempo en devolvérnoslos. Un poco acabamos por considerar que los discos de uno eran los del otro y viceversa. Gracias a Sergio

escuché por primera vez a Ayreon o Porcupine Tree, y al mismo tiempo gracias a mí él escuchó a The Gathering, Ten o Nightwish.

Más o menos fue por aquel entonces cuando descubrí a Soundscream.

Como la mayoría de los buenos grupos heavies, Soundscream era de Europa del Este, en concreto de Finlandia. Llevaban bastantes años tocando, pero se habían hecho famosos a partir de su trabajo más reciente, *Destiny Oblivion*. Tenían un estilo bastante peculiar, que mezclaba el heavy sinfónico típico de bandas como Dream Theater o Spock's Beard, demasiado densas para mi gusto, con un toque muy personal y melódico, más propio de mis grupos favoritos. Eran seis miembros en total, de los que dos tocaban la guitarra eléctrica, uno la batería, uno los teclados y dos cantaban a dúo todas las canciones, algo ciertamente peculiar.

Le pasé a Sergio el disco y no tuvo que escucharlo mucho para darse cuenta de que aquel grupo era muy bueno, y que no tardarían en cosechar gran éxito, cosa que no se hizo esperar. Aunque su anterior trabajo tenía varios singles que tuvieron cierta modesta acogida y los fans empezaron a escuchar con calma sus trabajos anteriores, de los que se rescataban varias canciones destacadas, no fue hasta su siguiente trabajo, *Monster on the Prowl*, editado un año después del anterior, que alcanzaron por fin fama mundial, sobre todo gracias a la canción "Rising" y la que daba nombre al disco.

Sergio y yo nos hicimos fans incondicionales del grupo. Nos compramos camisetas suyas que, además, se revalorizaron poco tiempo después debido a que su logotipo, dos eses entrelazadas, levantó mucha polémica porque se empezó a comentar que era una apología del nazismo. Ya se sabe, esa clase de estupideces que se dicen, como cuando se retiró la portada inicial del *Nine Lives* de Aerosmith porque los dibujos que aparecían en ella eran ofensivos para muchos hindúes. El tipo de asuntos que ayudan aún más a mejorar las ventas del grupo, como bien saben en la industria discográfica.

Con el reconocimiento mundial empezaron las giras, y Sergio y yo estuvimos en la primera de ellas, aclamada en todas las revistas y en Internet y de la que además sacaron un doble álbum en directo, aunque yo ya había escuchado la mayoría de las canciones en un bootleg que había conseguido a través del Emule, donde además, si uno se fijaba bien, podía escucharse, entre la estruendosa voz del público —lo malo de las grabaciones clandestinas es su escasa calidad— la voz de Sergio y la mía, pletóricos de emoción. Después de aquello tuvieron una segunda gira al año siguiente, aun a pesar de no hacer sacado ningún nuevo trabajo, y luego, con el lanzamiento de su nuevo disco, *Deception Ghost*, hicieron una nueva

gira, pero en esa ocasión solamente por Europa, para disgusto de los fans americanos, su segundo gran foco de éxito.

En aquel momento estaba muy lejos de saber que ese disco sería, de hecho, el último de Soundscream, y aquella gira la última que llevarían a cabo. Pero no porque se separaran, ni porque cambiaran de cantante. El motivo fue aún más extraño, y a veces pienso en él como en el final de los tiempos felices y el comienzo de mi infierno particular.

Cuando ocurrió estaba en el tercer año de periodismo, y Sergio en su penúltimo año de matemáticas. Una noche lluviosa, mientras el grupo estaba grabando los temas de su nuevo trabajo de estudio, el cual nunca llegó a editarse, hubo un accidente en la sala de grabación. Nadie sabe muy bien qué es lo que ocurrió, pero parece que la mesa de mezclas tuvo algo que ver, o tal vez fue la maraña de cables que estaba desperdigada por todas partes como la hierba de una selva tropical. El caso es que comenzó un incendio que no tardó en extenderse a toda velocidad, y que acabó por propagarse a todo el edificio. Murieron un total de veinticinco personas, casi todas asfixiadas, encerradas dentro del estudio, entre ellas el productor, el encargado de sonido y muchos otros técnicos. Murió también Henri Häyrynen, uno de los dos cantantes del grupo. Las llamas se cebaron con él y quedó completamente irreconocible.

El resto de los miembros del grupo, a pesar de tener mejor suerte que su compañero, tampoco salieron ilesos de la situación. Sufrieron gran cantidad de quemaduras de segundo grado, por lo que estuvieron hospitalizados durante semanas mientras se curaban. Las quemaduras les habían dejado desagradables cicatrices, y en la mayoría de los casos habían desfigurado también sus rostros.

Aquel fue el día que nació Warreh Spawn.

No tardaron en anunciarlo en cuanto salieron del hospital por su propio pie. Ya no habría más discos de Soundscream. Aunque nunca lo dijeron explícitamente, todos los fans supusieron que la causa era la muerte de su compañero, al que consideraban un miembro insustituible del grupo. Muchos se quejaron por la decisión, argumentando que Queen siguió llamándose así a pesar de la muerte de Freddie Mercury, y que en White Lion sólo quedaba Mike Tramp, el cantante, como parte de la formación original.

Ahora, sin embargo, dudo que fueran esos los verdaderos motivos. Dudo, incluso, que no se alegraran de la muerte de su compañero.

Pero eso no quería decir que abandonaran el mundo de la música, ni mucho menos. Anunciaron a bombo y platillo que pronto sacarían un disco bajo el

nuevo nombre de Warreh Spawn. Cuando les preguntaron en una entrevista a qué se debía la elección del nuevo nombre, el que ya era su único cantante, Allan Forsström, se limitó a contestar que se trataba de toda una iconografía que no tardaríamos en conocer.

Poco después apareció el primer nuevo single de Warreh Spawn. Había mucha expectación, sobre todo porque muchos fans de Soundscream tenían la esperanza de que se tratara de alguna canción de la formación anterior reciclada para el nuevo grupo. La decepción, sin embargo, fue inicialmente mayúscula porque se veía a las claras que el nuevo sonido poco tenía que ver con el que habían practicado hasta aquel entonces. Aún hoy en día las canciones inéditas del disco de Soundscream que no vio la luz siguen siendo eso, inéditas. De vez en cuando aparece algún listo por Internet diciendo que tiene las maquetas originales, pero no tarda en comprobarse que no es más que un bulo y se trata de material sobradamente conocido.

De todos modos antes dije que la decepción fue inicialmente mayúscula, y sólo inicialmente, porque el nuevo estilo de Warreh Spawn comenzó a ganar muchos adeptos. Yo no fui una de ellos, ya que no me gustaba el giro que había dado su música, pero Sergio se interesó por ellos aún más de lo que se había interesado por Soundscream. Comenzó a coleccionar grabaciones piratas y ver todas las entrevistas que podía, entrevistas a cada cual más extraña que la anterior. En una de ellas, por ejemplo, preguntaron a Allan Forsström por el accidente y cómo se sintió, y él, con su nueva voz, que se había convertido en mucho más grave a causa del incendio, y su mirada quemada, dijo que "en realidad, sentí frío, mucho frío. Pero él nos salvó".

Aun así, debo admitir que ese rollo siniestro no hizo más que aumentar sus ventas hasta límites insospechados, y eso sólo con un par de canciones y otros tantos covers a la venta en el mercado. Su estilo era extremadamente emocional, con contrastes entre agresividad y melancolía muy acusados, mucho más que los de grupos como Opeth o Nine Inch Nails. Su dedicación a cada canción era, en cierto modo, patológica. Nunca en la vida he escuchado a alguien desgarrar tanta rabia y tristeza, ni siquiera a Kurt Cobain en sus últimas canciones, ya cerca de suicidarse. Y no sólo al cantante me refiero, también a los guitarristas —que lejos de perder técnica debido a las quemaduras habían mejorado considerablemente—, a lo teclados e incluso al batería, el instrumento impersonal por excelencia.

Sergio empezó a obsesionarse seriamente con ellos. No hacía más que escuchar las escasas canciones que había en el mercado una y otra vez. Decía que no seguían las normas armónicas del sonido, que de hecho era como si se burlaran de esas normas para engendrar emotividad por medio

de la carencia de ritmo. En aquel momento tampoco le hice mucho caso, pero era consciente de que sabía lo que se decía. Al fin y al cabo, fue él quien me hizo apreciar por primera vez los extraños acordes de Radiohead.

Un día, de hecho, se presentó en casa con uno de los singles y me dijo que lo pasara a formato mp3 para que lo escucháramos en el Winamp, un programa de ordenador para archivos de audio. Dijo que me fijara en el ecualizador, esas barras que suben y bajan al ritmo de los graves y agudos, y lo que vi me dejó muy inquieta. Las barras se movían de una manera que no sé explicar, pero sé que no había nada canónico en ellas, era como si se movieran de manera caótica, no ordenada. Tampoco lo sé explicar mucho mejor que esto, Sergio me solía hablar a menudo de la teoría del caos y de los armónicos pero no cogía mucho más que las ideas básicas.

De todos modos, lo que más me inquietaba de Warreh Spawn eran sus diseños de portada.

En la vida había visto dibujos tan perturbadores como aquellos, y soy una admiradora declarada de H. R. Giger. Transmitían una sensación extraña, preocupante, más aún cuando supe que los dibujos habían sido sugeridos por los miembros del propio grupo. Como no tardé en comprobar por mí misma, había una recurrente obsesión por el número cinco en toda aquella maraña iconoclasta, y no sólo en los dibujos, también en la duración de las canciones, siempre múltiplo de cinco, y en el recurrente uso de un emblema que consistía en cinco puntos negros unidos entre sí en forma de x, uno en el medio y los demás a los lados. En páginas interiores del booklet del single —algo bastante insólito para tratarse de una simple canción— decían que se debía a que el cinco era el número de Warreh, y también la manera más sencilla de acudir a él.

Yo aún seguía preguntándome quién o qué era Warreh cuando leí aquello, pero no tardé en averiguarlo con la portada de su primer disco, uno de los dibujos más perturbadores que he visto jamás.

En él aparecían cinco hombres, por llamarlos de alguna manera, aunque sería más correcto decir que eran unos engendros humanoides. Su piel era repugnante, asquerosa y llena de protuberancias, y me recordaba vagamente a los monstruos de Silent Hill. Los pies y las manos eran amorfos, aunque parecían capaces de sostener objetos, y en el dibujo, de hecho, cada uno de ellos llevaba un instrumento, los mismos que el grupo: dos guitarras, un teclado, una batería y un micro. En el rostro tenían una boca, todos la misma, como una especie de cepo de carne y músculo. Carecían por completo de pelo y, aparte de la boca, su único rasgo facial era un agujero en medio de la frente, del tamaño de una pelota de ping pong, agrietado e

irregular por los bordes, y que no dejaba ver más que oscuridad a su través.

Sin embargo ese no fue el dibujo que más me asustó, ya que al fin y al cabo los instrumentos hacían mucho por desvanecer aquella sensación estresante. Fue uno que había en las páginas interiores el que hizo que me estremeciera de verdad. Se trataba de una variante del anterior más sofisticada. En él aparecían las mismas cinco criaturas, y en la misma posición, pero ya no llevaban instrumento alguno. En lugar de manos, por otro lado, cada una de ellas tenía extraños apéndices, que no tardé en reconocer como lo que el grupo definía como "armas de la naturaleza". Eran, sin embargo, evocaciones a artrópodos, insectos y otra clase de animales para nada similares a los mamíferos. Había pinzas de cangrejo, colas de escorpión, patas de mantis, comillos de araña y trompas de mosquito, y aunque en otros dibujos esa combinación cambiaba o variaba de animales, la de esa ilustración en concreto me resultó la más extraña y, también, la única que logró provocarme un escalofrío, como si sintiera que aquella fuera la de verdad y las otras las de mentira, fuera lo que fuera la verdad y la mentira en aquel momento.

El otro detalle de novedad que me asustó del dibujo fue que los agujeros de la frente ya no estaban vacíos. Del que llevaba un micro en la portada salían cuatro cordones umbilicales, y desembocaban en el agujero de los otros cuatro seres, quedando así todos unidos con todos. Pero no tenía la sensación de tener ante mí a cinco seres distintos. Tenía, más bien, la sensación de estar viendo a un solo ser. No sé explicarlo mejor, pero sé que no soy la única que lo sintió así. Sergio también opinaba lo mismo que yo, y el propio grupo decía que ese dibujo era la imagen de Warreh, el Guerrero. En una entrevista les preguntaron de dónde habían sacado la idea de toda aquella escenografía, y ellos dijeron que todo estuvo hecho desde el principio. Que le vieron en el incendio, luego en sueños. Más tarde en pesadillas. Y por último, mencionaron varias páginas web donde oyeron hablar de él, en especial sessenkrad.com, página que ya me había llamado la atención al verla en los agradecimientos de las páginas finales del libreto. Sin embargo, por mucho que busqué, y que buscó Sergio, nunca llegamos a encontrar esa página, aunque estuviéramos tras ella por motivos distintos. Como con todo, había gente en los foros de música heavy que decía haberla visitado, pero uno nunca puede fiarse de lo que lee en Internet.

En cuanto al disco en sí, su título no daba mucho pie a la originalidad, puesto que tenía el mismo nombre que el del grupo. La primera sorpresa vino, sin embargo, cuando se comprobó que ninguna de las canciones anteriormente publicadas aparecía en el mismo, y estaba formado enteramente por temas nuevos, quince para ser exactos. Las canciones

seguían en la misma línea de los singles, cosa que era de esperar, y aunque no me gustaban debía admitir que había gran calidad en ellas, mucha más de la que hubiera esperado de un grupo que sólo quería transmitir odio y desesperación a partes iguales.

De hecho, aún hoy en día me planteo por qué exactamente no me gustaban. Pero no tardo en llegar a la conclusión de que no merece la pena que me lo plantee. Tal vez tenía la suerte de ser más resistente a esa música. Puede que haya algo muerto en mi interior que me impida conectar con ella. En cualquier caso, es la confirmación indiscutible de que soy rara.

Digo que tenía suerte de ser resistente a esa música porque a medida que los meses pasaban y Sergio escuchaba una y otra vez aquel disco endemoniado, empezó a caer en una honda depresión. Se concentró menos en sus estudios, empezó a salir cada vez menos, y poco a poco fui comprobando que se desvanecía de su interior el hombre del que me enamoré en aquel local de los bajos de Moncloa.

En cuanto vi lo que estaba ocurriendo traté de hablar con él, de no hacer oídos sordos. Pero era demasiado tarde. Era como si le estuvieran robando la ilusión, la esperanza o lo que sea que hace a los humanos ser como somos. Su comportamiento podía deberse a muchos motivos, eso es cierto, pero sabía que se debía a ellos. A Warreh Spawn.

Y lo sabía por los otros casos que había escuchado en Internet.

La música de Warreh Spawn ejercía un efecto negativo en muchas personas. Convertía en grises sus vidas, les arrebataba la luz interior. Y no de manera natural. Hay muchas canciones, muchos grupos, que producen en mí una gran sensación de tristeza y desolación. Nada me pone tan triste como escuchar "Restless" de Within Temptation o "Falling Again" de Lacuna Coil, pero es una tristeza que evidencia que por dentro estoy cargada de emociones, que necesito en ese momento que me abracen o que me consuelen. La tristeza que produce Warreh Spawn, por llamarla de alguna manera, es una tristeza maligna, enfermiza. Que sólo busca el dolor por el dolor.

Es por eso que un buen día comprendí que Sergio estaba muerto, y que de hecho su muerte se había producido mucho tiempo atrás. Pero lo peor de todo, lo más terrible de todo, fue cuando comprendí que era yo quien le había matado. Yo le dejé discos de Soundscream, yo le animé a escucharlos. Yo le presenté al Diablo.

Hola, ¿eres la Muerte? Tal vez lo fuera.

Por eso, una vez que dejé de ver a Sergio definitivamente, o quizás él dejó de verme a mí y al resto del mundo, no lo sé bien, me dediqué en cuerpo y

alma a investigar más sobre Warreh Spawn, pero no como una aficionada a la música, sino como la aspirante a periodista que era. La posibilidad de que le pasara a más personas lo que le había pasado a Sergio me aterraba, sobre todo cuando escuché que Finlandia estaba planteándose llevarles a Eurovisión, en un intento de repetir el éxito alcanzado con Lordi.

No fue mucho lo que pude descubrir, pero sí que me resultó sospechoso. Al parecer todos los familiares de los miembros del grupo habían sido hospitalizados por depresiones severas, y algunos de ellos habían intentado suicidarse, como la mujer de Janne Ahokas, el batería. Muchos fans atribuían esos sucesos tanto al desgraciado incendio y las consecuencias psicológicas que trajo para ellos como a la creciente presión de la fama, pero yo no lo creía ni lo creo así. Esos incidentes también estaban en el pasado de muchos de ellos, especialmente en el de Allan Forsström, cuyo padre intentó matar a su madre y después suicidarse, pero fue detenido por su propio hijo.

Una investigación más exhaustiva en el pasado de los miembros del grupo dio lugar a una coincidencia que no dejó de resultarme extraña: muchos de esos episodios coincidieron con los esfuerzos musicales por separado de los miembros de Warreh Spawn. El comportamiento agresivo del padre de Allan Forsström comenzó al tiempo que él montaba su primera banda, Legend. Faiz Erola, uno de los guitarristas, se divorció al poco de ingresar en Soundscream. Parecía como si sólo fueran capaces de arruinar la vida de los demás a través de la música, y que después del accidente esa capacidad se viera agravada.

Sea como fuere, me decía una y otra vez, tenía que detenerles. A costa de lo que fuera. Pero la ocasión no llegaba.

Hasta que apareció el Lorca Rock.

El Lorca Rock, que se celebra en verano todos los años, en la ciudad de Lorca, en Murcia, es uno de los festivales de música heavy más importantes del país. Ese año los cabezas de cartel serían Apocalyptica, Helloween y Warreh Spawn. De hecho, éstos cerrarían el festival, un honor más que considerable teniendo en cuenta que sólo tenían un disco editado, aunque como siempre, todo el mundo tenía la falsa esperanza de que, faltos de repertorio, tocarían canciones de Soundscream.

Compré una entrada con meses de antelación, un billete de tren y esperé pacientemente a que llegara mi momento.

El viaje hasta allí fue sencillo, aunque no me había sentido tan sola en toda mi vida. Siempre iba con Sergio a todos los conciertos y festivales, y la sensación de estar allí sin nadie, sólo con mi tienda, y mi mochila,

acampada junto a cientos de personas en el recinto cercano al escenario, fue como una losa que cayó sobre mi autoestima. Pero tenía que sobreponerme, puesto que tenía una misión que cumplir.

El primero de los dos días del festival me limité a disfrutar de los conciertos como una espectadora más, escuchando la furia vikinga de Amon Amarth y sobre todo las increíbles canciones melancólicas de Apocalyptica. Pero por muy tristes que fueran, por mucho que desgarraran mi corazón, sobre todo por recordarme a Sergio con temas como "Farewell" o "Bittersweet", seguía siendo una sensación de vitalidad la que me recorría por dentro, no el vacío del alma que suponía escuchar a Warreh Spawn.

Aquella noche, dentro de la tienda, tumbada sobre la esterilla y el saco, no pegué ojo, aunque tampoco hubiera sido fácil conseguirlo con la fiesta que había montada en el exterior. Al día siguiente me levanté pronto y fui a las duchas, si es que se podía llamar así a unas cañerías incrustadas en la pared de las que salía agua. Me duché desnuda, aprovechando que estaba sola, y me limité a estar tumbada el resto de la mañana. Cuando llegaron las tres y media, hora a la que empezaban los conciertos, empecé a poner en marcha el plan.

Ignorando todos los conciertos anteriores —cosa que me dolía como una puñalada en el corazón— me limité a rondar por la zona vip, intentando ver cómo se movían los artistas por allí. No tardé en localizar el almacén de las bebidas, y junto a ellas, el agua con limón. Antes de ir al festival había hecho mis deberes como periodista, y sabía que Allan Forsström siempre pedía agua con limón para los conciertos, al menos cuando era uno de los dos vocalistas de Soundscream. Parecía que había cosas que no cambiaban.

Después de eso colarme temporalmente no fue demasiado difícil. Me gané al gorila que vigilaba la puerta diciendo que sólo quería ver esa parte del escenario, no hablar con nadie, para comentarlo en mi blog. Eso unido a mi atuendo, lo más escaso posible, y a mi camiseta —"no soy virgen, pero hago milagros"— me abrieron todas las puertas que necesité en aquel momento.

La siguiente parte fue un poco más delicada. Tuve que esperar al momento justo en que nadie me estuviera vigilando, aunque sólo fuera cuestión de segundos. Para mi fortuna, como sospechaba, el envase coincidía con el del resto del recinto, o si no hacer el cambiazo hubiera sido un poco más complicado.

Me limité a coger el agua con limón y poner en su lugar la botella que llevaba, igual en todo salvo en que estaba repleta de lejía.

Luego salí de allí y me limité a disfrutar del resto del festival, puesto que

aún quedaban por actuar los Heaven Denied, que habían vuelto a reunirse de nuevo con Mindself, su primer guitarrista, después de años separados.

Finalmente llegó la madrugada, y la actuación de Warreh Spawn estaba ya pronta a comenzar. La gente se agolpó frente al escenario, y agarré el colgante con la mano derecha. Lo que estaba a punto de suceder sería algo difícil de olvidar. No sabía si la lejía mataría al vocalista del grupo, pero esperaba que por lo menos arruinara su voz para siempre. En todo caso, era muy posible que me acabaran descubriendo, no en aquel momento pero seguro que más tarde, cuando ataran cabos.

El grupo se empezó a hacer de rogar, cosa extraña en un festival, donde todos los grupos deben ser muy puntuales para evitar acumulación de retrasos, y la gente comenzó a corear su nombre. Aun así, sin embargo, seguían sin aparecer.

Aquello no era exactamente lo que esperaba que sucediera. ¿Echaría un trago el cantante antes de empezar?

Finalmente apareció uno de los organizadores del festival sobre el escenario. La gente comenzó a abuchear, pero aun así se explicó. El grupo se había encerrado en su camerino y no lograban hacerles salir por lo que era posible que la actuación tuviera que suspenderse.

Por supuesto, nadie abandonó el recinto. Siempre cabía la posibilidad de que empezaran tarde, ya que eran los últimos en tocar.

Al cabo de una hora, el mismo tipo de antes volvió a coger el micro. Había llamado a los bomberos del pueblo para que echaran la puerta abajo.

Cuando los bomberos llegaron y cumplieron con su objetivo, a quien hubo que llamar fue a la policía.

Todos los miembros de grupo estaban muertos. No hacía falta un análisis muy exhaustivo para comprender que se habían suicidado en masa. Pero esto, claro, no lo supe hasta el día siguiente, cuando regresé a Madrid. En aquel entonces se limitaron a decirnos que el grupo estaba indispuesto, y por eso, me pasé toda la noche preocupada, pensando que mi plan había tenido éxito pero que no tardarían en buscarme y apuntarme con el dedo como culpable. Ahora pienso que posiblemente nadie nunca bebió siquiera de aquella botella.

De ese modo fue como la carrera musical de Warreh Spawn tocó a su fin, pero no su popularidad. Igual que le pasó a Nirvana o a Sex Pistols, las ventas del disco de Warreh Spawn se dispararon y no tardó en ser considerado una obra maestra del género.

Al fin parecía que todo había terminado. Al menos, Warreh Spawn no

podría expandir más su maligna semilla.

Pero no contaba con una cosa.

No contaba con la carta.

Una carta de suicidio que se encontró junto a los cuerpos y que parecía haber sido redactada por Allan Forsström pero firmada por todos en conjunto. Estaba escrita en finlandés, y desde que se hizo pública pasó a engrosar toda la iconografía del grupo.

Soundscream

La esperanza es un lujo que los seres humanos no podemos permitirnos. Nubla nuestra capacidad, nuestro potencial. Sólo las mentes enfermas pueden destacar sobre el resto. El precio de ello es la autodestrucción.

[…]

Los sueños, sin embargo, son la clave. En los sueños ellos nos guían, nos enseñan el camino, del mismo modo que él nos lo enseñó. Los sueños son una parte esencial de la naturaleza humana. Son reveladores, fascinantes. Si conociéramos vuestros sueños, podríamos destruir vuestra alma en cuestión de segundos.

[…]

No lloréis por nosotros. En vez de eso, escuchad nuestro disco. Es nuestra influencia sobre vosotros la que nos hace inmortales.

Aunque sólo recuerdo algunos párrafos, como los que están escritos arriba, la sensación general que me produjo leer la carta, no mucho más larga, fue angustiosa. No por las palabras, ni por lo que decían, sino por dónde lo decían. Eran frases muy extrañas para encontrarse en una carta de suicidio. Aparte de eso, el hecho de que la carta tuviera un título me resultaba aún más extraño, y para colmo, el título era el nombre de su anterior grupo, como si estuvieran llevando a cabo una broma macabra y póstuma.

Hubo mucho debate en Internet, por supuesto. Todo el mundo buscaba el significado de esas palabras, lo que querían decir, y eso me asustaba. Pero lo que más me asustó fue el día que comprendí qué era lo que significaban

en realidad.

Porque todos los fans buscaban significado en las palabras, pero no comprendían a lo que se estaban enfrentando. No comprendían que el verdadero lenguaje de Warreh Spawn estaba en la música.

Aún sigo sin comprender bien cómo lo deduje. Supongo que fue la idea apropiada en el momento apropiado. Ahora daría cualquier cosa por olvidarlo.

Cogí el texto original de la carta, escrito en finlandés, y lo pegué en un documento de Word. Cerré el documento y lo miré un buen rato: *Nuevo documento de texto.doc*, ponía. Decidí ponerle nombre: *Soundscream.doc*, y creo que fue en ese momento cuando tuve la idea. Cambié la extensión del archivo: *Soundscream.mp3*.

Una canción.

O no, traté de razonar. No tenía por qué sonar de ninguna de las maneras. De hecho, lo más probable sería que no sonaría en absoluto.

Pero cuando comprobé el tamaño del archivo y pude ver que era de varias megas, más de lo que hubiera considerado lógico, un escalofrío recorrió mi espalda.

Por un momento me quedé quieta, muerta de miedo, mirando el archivo de música recién creado, como si pudiera cobrar vida y atacarme en cualquier momento. A pesar de estar sola, agarré los auriculares y me los puse, y cuando estaba a punto de abrir el archivo y escuchar la canción, me detuve. No tenía el valor para hacerlo.

Pero mi curiosidad era demasiado fuerte como para detenerme en ese punto.

Me puse los auriculares desenchufados, de modo que no escuchaba nada ni a nadie, y puse en marcha la canción, bajando ligeramente el volumen.

Lo primero que pude ver era que realmente algo estaba sonando, o al menos, como poco, un silencio que duraría exactamente cinco minutos.

Lo siguiente que llamó mi atención fueron las formas que realizaba el ecualizador, formas extrañas que traían vagas imágenes a mi mente, sobre todo por el hecho de asemejar una silueta vagamente parecida a una cabeza con un agujero en medio.

Al mismo tiempo, el sol se ocultó. A toda velocidad, a pesar de estar en pleno verano y estar cercano el mediodía. A pesar de que apenas había nubes en el cielo. Y puede que no tuviera que ver con nada de lo anterior, pero ese acontecimiento estará indisociablemente unido a los anteriores en

mis recuerdos.

La canción terminó, y me quité los auriculares. El siguiente paso fue eliminarla de mi ordenador, hacer como que nunca había existido.

Fue por la tarde cuando me enteré del suicidio de mi vecino de al lado, el mismo al que —alguna vez— solía molestar la música. Al parecer, se había abierto la cabeza contra la misma pared que solía golpear cuando Sergio y yo le molestábamos.

Desde entonces he tratado de olvidar todo lo sucedido, pero no soy capaz de hacerlo y a veces cometo el error de recordarlo de manera consciente, como en este momento, con esta historia que invariablemente tendrá que acabar eliminada, por el bien de todos nosotros. Porque en una nota de suicidio que ha sido estampada en millones de camisetas y reproducida en miles de páginas web, que ha sido transcrita en carpetas y apuntes de estudiantes aburridos, e incluso recitada en voz alta por los fans más declarados, yace el arma capaz de aniquilar a la humanidad. Sólo es cuestión de tiempo, y algún día alguien tendrá la misma idea que yo, alguien abrirá la puerta al horror que Warreh Spawn conoció de primera mano, y entonces será el fin de todo y de todos.

Algún día.

Magnus Dagon es un seudónimo de Miguel Ángel López Muñoz. Nacido en Madrid en 1981. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta, publicada después bajo el sello de Ediciones B. Ese año fue finalista también del Premio Andrómeda, al año siguiente del Premio Pablo Rido y en el 2009 ganador del IX Certamen de Narrativa Corta Villa de Torrecampo. Ha publicado relatos en numerosas publicaciones digitales y de papel. Es miembro de la asociación Nocte de escritores de terror. En abril de 2010 salió a la venta su primer libro, "Los Siete Secretos del Mundo Olvidado", con la editorial Grupo Ajec. Es cantante y letrista del grupo musical Balamb Garden, que se puede escuchar AQUÍ.

Hemos publicado en Axxón: EL LÁNTURA (167), EL BRILLO DEL MAL (168), EL IMPERIO CAOS (173), NUEVO COMIENZO (174), COCHES AZULES (197), LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS PERDIDOS: LOS HOLOGRAMAS (199), EL JUGADOR (207), BEYOND (209)

Axxón 210 - septiembre de 2010
Cuento de autor europeo (Cuento : Fantástico : Terror : Ser fantástico : Música : España : Español).

Un hombre afortunado

Kalton Bruhl

**HONDURAS**

La aguja en el medidor de combustible indicaba insistentemente que el tanque de la camioneta se encontraba vacío, cuando John Nelson encontró una estación de gasolina.

Se estacionó junto a uno de los surtidores y miró su reloj; era un poco más de la medianoche. Bostezó, mientras se frotaba los ojos, y bajó del coche. Miró a su alrededor; la estación se encontraba vacía, a excepción de un auto negro, todavía más desvencijado que el suyo, aparcado frente a la tienda de conveniencia.

Marcó dieciséis dólares y colocó la manguera en el depósito de combustible. Puso ambas manos a la altura de sus riñones y arqueó la espalda, llevando la cabeza hacia atrás.

Estaba agotado después de conducir la mayor parte del día. También estaba hambriento. No había probado bocado desde esa misma mañana al abandonar el pueblo de Bradford. Podría haberse detenido en cualquiera de los restaurantes situados a los lados de la carretera; pero algo en su interior lo obligaba a mantener el pie sobre el acelerador.

Nadie lo perseguía y aún así, no lograba contener el impulso de seguir huyendo. Nadie lo había culpado por la muerte del señor Brannon. El dictamen médico no dejaba dudas, se había tratado de un infarto; sin embargo, no lograba reprimir el sentimiento de culpa.

Mark Brannon, a pesar de sus más de setenta años, se conservaba bastante bien, por lo que resultaba incomprensible que se hubiera desplomado al atender la puerta de su vivienda.

John Nelson recordó que ese día se encontraba en la cocina, enfrascado en una desigual lucha contra una fuga en la tubería del fregadero. Al escuchar el timbre se dispuso a levantarse, pero el anciano lo detuvo con una sonrisa y un gesto de la mano. Él le devolvió la sonrisa y suspiró algo abatido, golpeándose la palma de la mano con la llave ajustable, ya que después de una hora lo único que había logrado era que un simple goteo se transformara en un constante hilo de agua que amenazaba con anegar la cocina.

No estaba nada mal, pensó entonces. A cambio de unas cuantas reparaciones menores en el interior de la casa, algunas manos de pintura a la cerca y las visitas a la tienda por provisiones y revistas, recibía una cama en el garaje, tres comidas calientes y algunos dólares al final de cada semana.

Por otra parte el señor Brannon era un buen hombre. Lo había demostrado brindándole abrigo a un desconocido. Además, ya había transcurrido un mes sin que sucediera algo malo. Quizás su suerte por fin empezaba a cambiar.

La sonrisa de agradecimiento y de alivio, que comenzaba a dibujarse en sus labios, se congeló de pronto al oír un golpe seco.

Se incorporó de un salto y corrió hacia la sala. El señor Brannon se encontraba tendido en el suelo, junto a la puerta abierta. Nelson se arrodilló a su lado y colocó el oído sobre su pecho. No escuchó nada, ni siquiera un débil latido. Salió al patio y se apresuró a llegar a la cerca. Miró en todas direcciones, sujetándose el cabello en un gesto de impotencia, pero la calle estaba completamente vacía

Regresó a la casa y se sentó en el suelo, recostándose contra la pared. Cerró los ojos, apretándolos con fuerza y comenzó a golpetear la pared con la cabeza. Se incorporó con desgano y maldijo su suerte, mientras discaba el número de emergencias.

Cuando John Nelson dejó atrás sus recuerdos y abrió la puerta de la tienda, lo primero que vio fue a un tipo apuntándole con un revólver al encargado, quien se apresuraba a llenar una bolsa de papel con el efectivo de la caja registradora.

“No puede ser”, dijo para sus adentros y avanzó despacio, con las manos en alto, justo como acababan de ordenárselo.

El sujeto se acercó, le colocó el arma bajo la barbilla y se dispuso a vaciarle los bolsillos. Nelson observó preocupado las gruesas gotas de sudor que resbalaban por el rostro del tipo y pensó que con un arma cargada y una mano nerviosa no se obtenía una mezcla demasiado segura.

El encargado, aprovechando la distracción comenzó a buscar algo bajo el mostrador; algo que cayó al suelo con un sonido metálico. El tipo giró con brusquedad y empezó a disparar.

Nelson vio cómo el pobre chico se deslizaba despacio, con la boca abierta y una mirada desconcertada, dejando un rastro irregular de sangre en la pared.

El hombre se volvió y caminó con aire decidido. Nelson sintió el frío del metal contra su frente.

“Dios mío”, imploró mordiéndose el labio y tratando de recordar cuántos disparos había escuchado. Cerró los ojos con fuerza y tensó todo el cuerpo. Escuchó un clic y frunció el ceño extrañado. Cuando escuchó el segundo clic, encontró el valor suficiente para volver a mirar.

El tipo ya corría hacia la puerta con la bolsa en la mano.

Nelson suspiró aliviado. Se humedeció los labios resecos al tiempo que se dirigía al mostrador. Se apoyó en el borde, parándose de puntillas y supo que no era necesario tomarle el pulso al encargado. Era obvio que estaba muerto.

De pronto levantó la vista, escrutando frenético las esquinas del establecimiento. Se detuvo, tranquilizado al descubrir la cámara de vigilancia. Se paró bajo ella y vio, ya con más calma, que el indicador de grabación se hallaba encendido.

Tomó el teléfono y llamó a la policía.

Mientras aguardaba, pensó que no había existido casi ningún momento en su vida que no estuviera acompañado por una desgracia. No había conocido a sus padres, aunque, ateniéndose a su suerte, quizás ya se encontraran muertos.

Apenas recordaba el primer orfanato. Las imágenes eran confusas en su memoria: fuego, humo, gritos y una voz, una débil voz de mujer que lo llamaba, que lo invitaba a caminar hacia las llamas.

Años después había leído en una biblioteca los diarios de la época. La mayoría de los niños había muerto, calcinados o asfixiados por el humo. Él, de alguna forma, había sobrevivido.

Los siguientes años los había alternado entre hogares adoptivos y funerales; nuevos orfelinatos y salas de hospital. Escapó definitivamente a los dieciséis años y desde entonces, salvo breves intervalos de trabajo en granjas o pequeñas ciudades, había pasado la mayor parte del tiempo en las carreteras.

Ahora se acercaba su cumpleaños número cuarenta y la certeza de su soledad le hizo encogerse de hombros, como si se preparara para recibir una carga demasiado pesada.

Nunca se había casado y procuraba no entablar ninguna relación, ya que

estaba convencido que de hacerlo no tendría un solo instante de paz, pensando que de un momento a otro sonaría el teléfono o alguien llamaría a la puerta llevándole las malas noticias. O, tal vez, al volver una tarde a casa, la encontraría atestada de policías y cercada por una cinta amarilla.

Media hora después llegaron dos patrullas. Cuatro policías, tres de ellos uniformados y el otro vestido de civil, irrumpieron en la tienda, con las armas desenfundadas y ordenándole que se tirara al suelo, con las manos entrelazadas en la nuca. Uno de los oficiales comenzó a registrarlo, mientras el que estaba vestido de civil le leía sus derechos.

—Soy inocente —trató de explicarles—. Sólo deben revisar la cámara de vigilancia.

Uno de ellos se dirigió a la trastienda y regresó minutos después, con una videocinta en las manos.

—Creo que dice la verdad —le informó al Sargento Cole, que ya había tenido tiempo de presentarse.

—Debe comprender —se disculpó éste, quitándole las esposas—, sólo cumplimos con nuestro trabajo.

Luego miró hacia el suelo y se pellizcó la nariz.

—Como sabrá —añadió, acariciándose el mentón—, debe acompañarnos a la comisaría.

—Claro, no hay problema —contestó Nelson con un tono resignado y siguió a uno de los policías.

Ya afuera de la tienda el agente abrió la portezuela y Nelson subió al asiento trasero de la patrulla. De pronto sintió un ligero cosquilleo en la nuca. Volteó la cabeza y vio a una mujer de pie junto a uno de las bombas de combustible. Tuvo de inmediato la impresión de haberla visto antes, pero no logró precisar cuándo o dónde.

Se preguntó qué haría allí. Quizás se trataba de una policía, pero descartó la idea al reparar en su ropa. Las mujeres policías no realizaban sus rondas con un vestido negro. Quizá sólo se trataba de una persona común y corriente, que se había detenido a llenar el tanque, en la estación equivocada.

La mujer seguía mirándolo, con una expresión de frustración. Nelson le sonrió con timidez intentando ser amable. Ella le respondió frunciendo el ceño. Nelson empezó a sentirse incómodo y suspiró aliviado cuando la

patrulla se puso en marcha.

Se arrellanó en el asiento, haciendo a un lado la imagen de la mujer y trató de aclarar sus pensamientos. Allí estaba otra vez, dirigiéndose a una comisaría. Luego vendrían los interrogatorios, la descripción del sospechoso y las innumerables fotografías intentando identificarlo.

Después saldría a la calle, a enfrentarse de nuevo con su realidad. Volvería a caminar temeroso, siempre viendo sobre su hombro, sin lograr reprimir la certeza de que alguien lo seguía, alguien que jamás se cansaba, alguien que estaba cada vez más cerca.

Estaba seguro de que era el hombre más desafortunado sobre la tierra y se preguntó, si sería posible, que su suerte cambiara algún día.

"Tal vez mañana todo sea diferente", se dijo, sin ninguna convicción y comenzó a reírse de sí mismo, mientras el policía que viajaba a su lado lo miraba extrañado.

La mujer, todavía en el mismo lugar de la estación, entrecerró los ojos, frunció los labios y apretó los puños. No podía negar que John Nelson era un verdadero dolor de cabeza, la única mancha en un historial repleto de éxitos.

Allí estaba ella, que había cortado durante milenios los hilos que determinaban la existencia de cada hombre, de nuevo con la vida equivocada entre las manos.

No se explicaba, cómo era posible que siempre sucediera algo que arruinara sus planes.

Permaneció inmóvil todavía unos segundos, observando con una media sonrisa, cómo las luces del auto que conducía a John Nelson, a quien ella consideraba el hombre más afortunado sobre la Tierra, se perdían por la carretera.

Kalton Bruhl es abogado y nació en Tegucigalpa, Honduras, en 1976. Obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento auspiciado por el Grupo Ideas de Honduras en 1994. En 1995 obtuvo el tercer lugar en el mismo concurso. Fue finalista del premio Ángel Miguel Pozanco, España, 2004; finalista en el primer concurso de cuentos de la Revista Altura, España, 2005; finalista en el II Premio de relatos Axxón, Argentina, 2009; finalista en el concurso de cuentos de terror, ediciones Fergutson, España, 2009. Hemos publicado en Axxón: El muro (200) y Frágil (201).**Obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento auspiciado por el Grupo Ideas de Honduras en 1994. En 1995 obtuvo el tercer lugar en el mismo concurso. Fue finalista del premio Ángel Miguel Pozanco, España, 2004; finalista en el primer concurso de cuentos de la Revista Altura, España, 2005; finalista en el II**

Premio de relatos Axxón, Argentina, 2009; finalista en el concurso de cuentos de terror, ediciones Fergutson, España, 2009.

Axxón 210 - septiembre de 2010
Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Fantasía : Muerte : Honduras : Hondureño).

Editorial - Axxón 210



Todos, cuando somos jóvenes nos sentimos fuertes, atrevidos, potentes, inmortales.

Podemos llegar a creer que estamos rodeados de una esfera mágica que también llega a los que nos rodean, y que los hace intocables a ellos del mismo modo que a nosotros.

La vivencia de alguien ya mayor es diferente. Se van yendo seres queridos, y se van mermando nuestras fuerzas. No todo es tan fácil, y el cuerpo ya no nos responde igual. Muchas cosas que soñábamos, y que estábamos seguros de lograr, se nos han escapado.

Lo bueno, quizás una de las pocas cosas que nos aporta el envejecer, es que la experiencia nos permite pensar las cosas con menos apresuramiento, quizás porque somos más lentos, o tal vez porque tenemos más cosas para poner en la balanza. Lo que encarábamos con furor, lo enfrentamos con tranquilidad, aceptando.

No somos lo que éramos, esto es lo más importante.

Para esta fecha, la del cumpleaños de la revista, contabilizo tres estados de ánimo diferentes según la época. Al principio bullían las ideas, organizábamos fiestas, agasajos, sorpresas, y nos agotábamos preparándolos y ejecutándolos. Luego algunas personas más jóvenes organizaron las reuniones, y nosotros —Gladys y yo— sólo íbamos a disfrutarlas.

¿Qué pasa ahora por nuestras mentes? Bien, un poco de tristeza. Es

como cuando los hijos crecen y se van de casa, y están tan ocupados que no tienen tiempo de visitarnos. Un brindis en soledad, un recorrido por los buenos momentos, y a descansar.

La revista, de todos modos, tuvo su fiesta. Dentro de cada persona cansada siempre vive esa otra joven, la que quiso llegar a la estratósfera pero apenas ha rozado la base de las nubes… y sin embargo aún sueña. Esta persona, ante todo, piensa que el mundo sigue rodando, y que hay otros que vienen atrás. Nos debemos a los que son jóvenes y tienen esperanzas, y nos aportan sus esfuerzos. En ellos, en sus trabajos, está el festejo de este número de la revista.

El número 210 estuvo lleno de regalos. Espero que hayan disfrutado de la fiesta.

Eduardo J. Carletti, septiembre de 2010

Mensajes al Editor: ecarletti@axxon.com.ar

AXXÓN





Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**